



MARIO MENDOZA

LA IMPORTANCIA
DE MORIR
a tiempo



Lectulandia

Mario Mendoza ha recorrido los recovecos del cuerpo y el alma, y ha encontrado que en lo inusual, en lo fuera de serie, se esconden las respuestas del misterio de estar vivos. En una narración vibrante y llena de fuerza, «La importancia de morir a tiempo» se constituye en un diccionario de rarezas que parece darle sentido a la vida.

Relatos en los que aparecen Agatha Christi, Bruce Lee o Neil Armstrong, u otros en los que se habla de ciudades subterráneas y mundos desconocidos, hacen de este libro una lectura cautivante y estremecedora.

Mario Mendoza

La importancia de morir a tiempo

ePub r1.0

Titivillus 29.03.2020

Mario Mendoza, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

La importancia de morir a tiempo

1. Desplazamientos de lo real

Síndrome de París

Wild Man

Síndrome de Diógenes

Paramnesia reduplicativa

Síndrome de Fregoli

Síndrome de Jerusalén

Síndrome de Jesús

Desorden de identidad de la integridad corporal

Síndrome de Münchausen

Síndrome de Koro o Pene menguante

El deseo y la repulsión

La adicción a sufrir

La más turbada

Toc, toc

Borderlines

Síndrome de Noé

Mutismo selectivo

La melancolía

Alonso Quijano

Antropofobia

2. Los laberintos de la soledad

Un verdugo en Harrisonburg

Tintín en cuidados intensivos

El repartidor de basura

Cinco de la mañana

Pinocho

Yo no ocupo mucho espacio

La estepa

El vendedor de telas

Eso es normal

La alegría de la vida

El pingüino de Herzog
El conductor
El pájaro y el niño
El filo de la navaja

3. La importancia de morir

Monstruos
Este momento no existe
John
Bruce
Marionetas
El jefe
Manuela
El vendedor de fruta
Sergio
La mansión Collyer
Bareback
Hornos
Apología de la muerte súbita
Roa
Un maravilloso anciano gringo
La importancia de morir
Me he transformado en la muerte
La última cena

4. Dimensiones desconocidas

Instrucciones para crear un zombi
El profeta durmiente
Teresa Neele
María Orsic
El hombre de la calle
Las puertas
La aurora dorada
El más allá
El pensamiento se hace cuerpo
Matemáticas y dioses
Blues
La casa en la playa
Voces
Botella al mar
El vidente
Demonios

Agartha
Derinkuyu
El eterno retorno
Erks
Viaje al fondo de la tierra
Xul, Moscú, Denver
La nueva arca de Noé

5. Los confusos rostros de Dios

El lama que leía a Tintín
El niño Fidencio
El maestro Sufi
El apóstol
Pitonisas
Estigmas
El templo del pueblo
Monte Carmelo
Dios es zurdo
El príncipe despierto
Jesús en la oscuridad

6. El cuerpo tras las rejas

Lecumberri
El esclavo de Argel
El tren de Finlandia
Una torta de berenjena
El desobediente
Edipo marxista
Mascaró
El Che
Antes que anochezca
Doctor muerte

7. La máquina corporal

Superhéroes 1
Superhéroes 2
Súper Cívico
Isabelle Caro
Crononautas
Paseo en bicicleta
La distancia del psiconauta
Dimensiones botánicas

Aimee Mullins
El poeta químico
Los ojos
Gabrielle Andersen
Derek Redmond
Rap
La enfermedad

8. El placer de la aventura

Extraviado
Crusoe
Diamantes
Okupas
Freegans
Tánger
Molokái
Mariposa
Hacia rutas salvajes
El llamado

9. Los espejos del amor

Síndrome de Clerambault
Lejos de casa
Un privilegio miserable
Ciberamante
Li-Wan
Aiko
Real Dolls
En el desierto

10. Alguien nos mira desde las estrellas

Ganímedes
La fórmula de Drake
Voyager 1 y 2
Jesús en Marte
La comunión en la Luna
José de Aragón
Proyecto Camelot
Proyecto Serpo o Caballero de cristal
Altair
Exopolítica
El vendedor de periódicos

Confesión

El mural

Agradecimientos

Sobre el autor

«El peligro está allí donde está el cuerpo».

ÁLVARO MUTIS

1. DESPLAZAMIENTOS DE LO REAL

SÍNDROME DE PARÍS

Me encanta esta enfermedad, es magnífica. El primero en diagnosticar tal síndrome fue el psiquiatra Hiroaki Ota. Los afectados son, en su gran mayoría, turistas japoneses. La cuestión es la siguiente: hay una París idealizada por el cine, por la literatura, por el arte. Todos hemos oído hablar del Sena, de los Campos Elíseos, del Barrio Latino, de la catedral de Notre Dame. Al ser el arquetipo de ciudad occidental desde el siglo XIX hasta buena parte del siglo XX, los artistas de todas las latitudes han sentido el deber de ir a París a recibir su influencia de manera directa. En el caso de los escritores, es un peregrinaje casi obligatorio.

Entonces, el turista se empapa de la cultura parisina antes de su viaje, lee, investiga, revisa los horarios del Louvre miles de veces, estudia los restaurantes y las galerías, aprende algunas palabras en francés, descubre dónde son más baratos los *souvenirs*. Buena parte de los pacientes son mujeres que bordean los treinta años y que consideran a París la ciudad romántica por excelencia, la capital del amor. Y cuando esos turistas arriban por fin a su ciudad anhelada y soñada, los recibe un taxista argelino que los mira con recelo, llegan a un barrio donde los africanos cantan sus arengas en las esquinas, les roban el reloj y algunos euros al segundo día, los increpan y se burlan de ellos cuando intentan practicar su francés de manual, y al final pasan los hinchas de fútbol del domingo y los empujan y les pegan algún sopapo. Entonces el turista no aguanta la desilusión, entra en una crisis nerviosa, se deprime brutalmente y termina acercándose a su embajada, hecho polvo, a pedir ayuda. Esa es la razón por la cual la embajada de Japón en la Ciudad Luz tiene una línea habilitada veinticuatro horas para atender a sus ciudadanos afectados por el síndrome de París.

WILD MAN

El síndrome del Hombre Salvaje les sucede casi siempre a individuos que están en la franja de treinta a treinta y cinco años. Los casos estudiados se han presentado en ciertas islas de los mares del Sur, en Papúa Nueva Guinea; sin embargo, ya hay noticias de casos semejantes en hombres que viven en grandes ciudades o que han estado bajo presión en fábricas o industrias automotrices donde trabajan durante jornadas extenuantes.

Primero empiezan a hablar en forma extraña, a mezclar vocablos desconocidos, a emitir sonidos guturales que recuerdan animales salvajes. Luego dejan de bañarse, no se peinan, no se afeitan, no se cortan las uñas, comen con las manos, beben directamente de las botellas o de los cartones sin servirse en un vaso, eructan y se tiran pedos en público, no se lavan la boca, la dentadura empieza a volverse amarillenta y el aliento apesta, se orinan y defecan en lugares públicos (y, por supuesto, no se limpian después), escupen donde sea, gruñen, maldicen y se mas turban compulsivamente. Al final, se van un día de la casa en busca de un bosque o de la selva. No se sabe qué pasa en este periodo porque nadie ha sido testigo de ello hasta ahora. Se presume que viven como animales, que cazan su comida, que duermen a la intemperie, que comen plantas y frutos silvestres.

No hay que confundir este síndrome con la psicosis de Windigo, que se presenta en algunas culturas amerindias, la cual consiste en ciertos espíritus que están en la naturaleza y que envían mensajes para que el sujeto se interne en los bosques o en la selva para siempre. El individuo acude al llamado y desaparece sin dejar rastro.

De la misma manera inexplicable como comenzó, el síndrome del Hombre Salvaje desaparece. El sujeto sale un buen día del bosque o de la selva, desaliñado, mugriento, inmundo, barbado, y busca su casa, se baña, se afeita, bebe algo caliente y se acuesta a descansar durante días enteros para recuperarse.

Me pregunto si los años de Rimbaud traficando en los desiertos africanos, o el tiempo de Gauguin entre los maoríes, se podrán considerar una variante de esta fuerza centrífuga.

SÍNDROME DE DIÓGENES

Su nombre es incorrecto, pues no le hace homenaje al filósofo griego. Este trastorno debería llamarse el síndrome de la Soledad. Se trata de personas que lentamente van quedando aisladas en su casa, incomunicadas, cuyas familias se han ido o casi no las llaman, sin amigos, que pasan horas y horas en silencio, y que en consecuencia bajan la guardia y pierden todo estímulo para seguir con vida. No se suicidan porque sus escrúpulos religiosos o su temperamento no encajan con un final tan violento. Empiezan a descuidarse en su higiene y en sus costumbres, no lavan los platos, no limpian la casa, comen cualquier cosa y dejan por ahí los desperdicios, ven televisión días enteros y comienzan a convivir con cucarachas, moscas, ratones y alimañas de todo tipo. Algunos de ellos se vuelven recolectores y acumulan objetos de manera inexplicable: juguetes, porcelanas, ropa, cubiertos, electrodomésticos, comida...

Por lo general, la voz de alarma la dan los vecinos, que empiezan a verse afectados por los olores, por los roedores o los insectos. Es muy difícil de tratar porque la persona no puede ir a un hospital psiquiátrico, ya que su mente se encuentra en perfecto estado. Entonces regresan a su casa y la soledad vuelve, los alcanza y los destroza una y otra vez.

PARAMNESIA REDUPLICATIVA

El primero en utilizar el término fue el neurólogo Arnold Pick. Es un delirio fascinante de orden espacial. El paciente Smith, por ejemplo, está en un hospital de Chicago después de sufrir algún accidente, y el doctor le pregunta su nombre, si trabaja, si es casado o soltero, si tiene hijos, cuántos años tiene y que por favor recite su número de identificación. El paciente responde a todos los interrogantes a la perfección, sin equivocarse y sin titubear. Se supone entonces que el señor Smith está bien de salud y que las lesiones cerebrales no fueron de gravedad. Hasta que el médico le pregunta:

—Y sabe dónde se encuentra, ¿verdad?

—Sí, claro, estoy en el Memorial Hospital, en el centro de Bangkok — afirma el señor Smith con seguridad.

Y es cuando se detecta el síndrome. No se sabe muy bien cómo sucede la duplicación, pero el cerebro, como si fuera un espejo virtual, crea una segunda ciudad donde está internado ahora el señor Smith. Incluso cuando le abren las cortinas para que pueda cerciorarse de que se halla en Chicago, él continúa viendo las edificaciones de Bangkok y está seguro de encontrarse en Tailandia. ¿Cómo argumenta o explica el señor Smith una cosa semejante? Imposible, no puede, no sabe cómo ocurre eso, pero cree que está en Asia y no en Norteamérica.

Es maravilloso saber que en el fondo del cerebro se esconde una fuerza capaz de crear un entorno completamente nuevo. Hay casos de pacientes que piensan que están en Tombuctú o en Katmandú, ciudades exóticas, con cierto aire de misterio y aventura, como si el cerebro, cansado de tanta rutina, de tanta costumbre, de tanta cotidianidad banal e insulsa, decidiera él mismo emprender la fuga y vivir lejos, en otro pueblo, entre gente que habla lenguas ininteligibles, junto a templos budistas o musulmanes. Extraordinario. El cuerpo sigue atrapado en una oficina miserable de Chicago, en una notaría de Bogotá o Lima, pero la mente no, la mente se levanta cada mañana y está en Nueva Delhi o El Cairo. Y es en este punto en que a mí ciertos delirios se me parecen tanto a la poesía...

SÍNDROME DE FREGOLI

Es frecuente entre gente atrapada en cierto tipo de relaciones sentimentales obsesivas y muy dependientes. Cuando el vínculo se termina, la persona siente que no va a poder seguir adelante, que no lo va a lograr, que su fuerza es insuficiente para procesar debidamente la separación. Y entonces su cerebro activa un mecanismo extraño e ingresa en lo patológico: empieza a ver al amado o a la amada en todas partes, en la camarera del restaurante, en el taxista que acaba de pasar, en los vecinos que se mudaron a la casa de al lado. Es un trastorno en el que el paciente ve a la misma persona camuflada en otras, disfrazada, actuando, asumiendo el rol del ser amado.

Me pregunto si los novelistas no sufrimos de esta enfermedad, pues eso es justamente lo que nos sucede con los personajes: los vemos en todas partes, nos hablan, nos señalan lugares y situaciones, nos visitan en sueños y tenemos que levantarnos a la madrugada a escucharlos, nos vigilan, nos persiguen, se imponen. Hasta que ya no podemos más y tenemos que escribirlos para que nos dejen en paz, para curarnos de ellos, para no terminar reclusos en un clínica de reposo con la cabeza atiborrada de calmantes y somníferos.

SÍNDROME DE JERUSALÉN

Fui testigo directo de este síndrome hace muchos años. Armando, mi compañero de habitación en el Hotel Faisal, en Jerusalén, era un ecuatoriano joven que acababa de llegar a Israel. No recuerdo su apellido. Era bajito, muy amable, tímido, de maneras aristocráticas. Lo primero que lo sorprendió fue el llamado a la oración que lo despertó a la madrugada desde la mezquita del Domo de la Roca. Se emocionó mucho y no se pudo volver a dormir. Ese día no desayunó y se despidió diciendo que quería estar solo, que iba a echar un primer vistazo a la ciudad antigua. Me pareció normal que deseara empaparse de la historia y de la atmósfera bíblica de Jerusalén.

En los días siguientes, Armando se fue aislando cada vez más, se hizo a un lado, no comía con los otros residentes del hotel, rehuía cualquier invitación a compartir una cerveza, no quería charlar ni hacer bromas. Salía a la madrugada y se la pasaba por ahí vagabundeando, metido en los templos y las iglesias durante horas, comiendo frugalmente y bebiendo sólo agua. Se compró una Biblia y en las noches leía hasta muy tarde pasajes del Nuevo Testamento, y empezó a usar unas camisas blancas y largas que le daban un aire de seminarista atribulado.

Finalmente, se desencadenó la crisis. Armando se arrodilló una tarde frente al Santo Sepulcro y comenzó a llorar, a anunciar el fin de los tiempos, la segunda llegada de Nuestro Señor Jesucristo. Hablaba del Maestro como si él fuera uno de sus doce discípulos. La policía intervino, lo detuvo y lo llevó a una zona de atención médica para turistas. Lo último que supe fue que las autoridades lo habían acompañado hasta el aeropuerto de Tel Aviv y que había regresado a su país sedado y con la mirada extraviada, como un deprimido zombi tercermundista.

Muchos peregrinos de comunidades cristianas se han visto afectados por este trastorno mental. Aseguran que escucharon la voz de Dios, que Jesús se les apareció en el cuarto del hotel o que se curaron de una enfermedad gracias a un milagro divino. Otros han llegado a afirmar que son ellos mismos la reencarnación de Cristo y que de ahora en adelante se dedicarán a predicar y a preparar al mundo para el desenlace final.

El síndrome de Jerusalén también suele darles a individuos de religión judía. En el Muro de los Lamentos, impregnado por la fuerza de la fe, del sufrimiento y de las oraciones de la multitud que tiene a su lado, el afectado

no puede más e ingresa en otra realidad, donde Dios lo está esperando con beneplácito.

Es una bella patología, qué duda cabe.

SÍNDROME DE JESÚS

Un día de 1999, en Nueva York, un grupo de amigos charlaba animadamente sobre la vida de Jesús, cuando de repente uno de ellos salió a la Calle 8 con Broadway, en Manhattan, le entregó un billete de cien dólares a un mendigo y desapareció.

Una semana después se enteraron de lo que había sucedido. El joven se puso una túnica blanca, tomó un vuelo para Miami, se hospedó en una suite de lujo en un hotel cinco estrellas haciendo uso de una tarjeta de crédito familiar, y empezó a invitar al hotel a mendigos e indigentes que se iba tropezando por las calles de la ciudad. Estaba, quizás, reuniendo a los doce apóstoles.

Una noche cualquiera, caminando descalzo por la ciudad, ingresó en un bar de *striptease* y se disgustó mucho por el ambiente disoluto que reinaba en el lugar. Increpó a los empleados y a los dueños, y se armó un zafarrancho de gran envergadura. La escena evoca, por supuesto, el pasaje de Jesús expulsando a los mercaderes del templo.

Las autoridades llegaron y finalmente el joven terminó en una clínica psiquiátrica, con la supervisión de especialistas y protegido por su familia. El diagnóstico: síndrome de Jesús.

Ahora está completamente recuperado y lleva una vida normal. No obstante, me gustaría preguntarle si no hay tardes lluviosas o noches de insomnio en las cuales extraña esos momentos magníficos encarnando al Hijo del carpintero, si no le hacen falta sus discípulos, si no quisiera morir crucificado y no de cáncer de próstata o arrollado por un carro...

DESORDEN DE IDENTIDAD DE LA INTEGRIDAD CORPORAL

Los médicos aún no saben muy bien cómo explicar este desorden mental. La persona siente la necesidad compulsiva de resquebrajar la integridad del cuerpo, su perfección, su geometría, su equilibrio casi divino, inhumano. El famoso dibujo de Leonardo da Vinci, esa máquina creada por Dios que parece trazada por un matemático, esa sección áurea que cruza nuestros músculos, nuestros tendones y nuestros huesos, es insufrible para el paciente, que empieza a sentir dentro de su psique que no quiere, que no desea, que no siente esa perfección, esa regularidad en su interior.

Y entonces uno o más de sus miembros se desconecta del cerebro y desaparece. El sujeto no lo considera propio, no lo percibe, no lo registra mentalmente.

A partir de este momento, el individuo comienza a soñar con ser amputado, cercenado, mutilado. Pasa días y días cojeando, fabula una y otra vez que está paralítico, se pone el brazo en cabestrillo y se mira al espejo con felicidad. Consigue como puede muletas, bastones o sillas de ruedas, y es feliz en la soledad de su casa cuando logra usarlos y practicar con ellos.

Suele suceder también que al fantasear con destruir la integridad corporal, el individuo desee la ceguera, la sordera o la mudez. Camina por el cuarto con los ojos cerrados y practica por toda la casa para irse acostumbrando a la oscuridad, o no habla durante días o se tapa los oídos para sentir cómo es el silencio implacable de los sordos.

Como ningún médico acepta amputar a estos individuos, entonces ellos mismos terminan pinchándose, cortándose o masacrándose hasta lograr su cometido. Muchos han introducido la pierna en hielo durante horas o han conseguido infectarse hasta sufrir gangrenas irreversibles que obligan a los doctores a mutilarlos justo por donde ellos ordenan. Otros se han sentado en los rieles del ferrocarril y esperan hasta que el tren pase y les corte una o ambas piernas a la altura que ellos desean. Siempre tienen todo listo para dirigirse al hospital cuanto antes y no morir, pues ese no es el objetivo. No son suicidas.

Hay que tener cuidado porque no se trata del hecho de sentirse víctima o de llamar la atención. Ese síndrome lo veremos enseguida. Es un problema de geometría, relacionado con la organicidad, la diligencia y la laboriosidad del cuerpo. La persona necesita romper, herir, lesionar por algún lado esa

regularidad, esa finura, esa precisión de relojería de la corporeidad inmaculada.

Tampoco hay que confundir este trastorno con la acrotomofilia, que es la atracción sexual que sienten algunas personas por aquellos que están amputados. Aunque hay relaciones e interdependencias entre los dos trastornos, son diferentes. En la comunidad de los que padecen este desorden a los acrotomófilos los llaman «devotos», calificativo que siempre me ha parecido muy bello porque ingresa en la religión, en el culto, y ubica entonces al amputado en un altar, como un dios misterioso, como una fuerza brutal y despiadada de la naturaleza que nos lanza hacia lo desconocido, hacia los amputados como deidades sacramentales que nos conducen al éxtasis mediante su sexo bestial y sagrado, que nos transporta a través del placer a universos donde rigen la entropía, la catástrofe y el caos.

SÍNDROME DE MÜNCHAUSEN

Es la necesidad de estar enfermo para atraer la atención sobre sí, los cuidados, la compasión de los otros. No es una hipocondría porque no se padece realmente la enfermedad, ni tampoco una acción teatral para conseguir otros beneficios (una herencia, por ejemplo, o no cumplir una condena en prisión), pues lo único que busca el individuo que padece este síndrome es atención, que los demás giren en torno a él, que los familiares y los amigos estén pendientes, que llamen, que lo visiten con regularidad. Detrás de este síndrome suelen estar personas abandonadas que pasaron mucho tiempo solas en la infancia, niños a los cuales nunca les celebraron su cumpleaños, que jamás recibieron un regalo el día de Navidad, que nadie recogió a la salida del colegio. Entonces, al llegar a la adultez, creen que las enfermedades compensan esa carencia y logran lo que en la infancia fue imposible: ser atendidos, ser amados, ser consentidos.

Este trastorno tiene una variante aterradora, el síndrome de Münchausen por poderes, que significa fingir enfermedades no para sí mismo, sino para alguien que está bajo nuestra protección: un hijo, un sobrino, un pequeño al que hemos adoptado. Por lo general, es una enfermedad que sufren las madres. Inventan enfermedades para sus hijos, lloran, se sacrifican, pasan largas horas en los hospitales exigiéndole al personal médico que por favor atienda a sus chiquitos, que no los vayan a dejar morir, que investiguen bien, que descubran cuál es la dolencia que los está matando. Ha habido madres que cambian los exámenes médicos, que manchan las muestras con orina o con materias fecales con tal de alarmar a los médicos y de lograr que el infierno continúe. Para las enfermeras y los doctores, estas madres son mujeres abnegadas que están entregadas por completo a sus hijos, que los adoran, que no se separan de ellos y que los cuidan de manera admirable. Por eso es tan difícil detectarlas y diagnosticarlas.

El problema es cuando esos niños crecen y descubren que sus madres abusaron de ellos en una forma cruel y despiadada. A algunos incluso los han operado y llevan consigo cicatrices y marcas imborrables de por vida. Y es duro aceptar que detrás de esa aparente infancia plagada de dolencias e infecciones se escondía una madre trastornada mentalmente, de quien abusaron durante su infancia o a quien abandonaron a su suerte en una época

donde necesitamos el cariño y el cuidado de algún adulto responsable y afectuoso.

SÍNDROME DE KORO O PENE MENGUANTE

Y bueno, supongo que todos los hombres debemos sentir de algún modo este terror, pero en la China y países aledaños se convierte en una obsesión: un día el individuo siente que su pene está comenzando a disminuir de tamaño y, poco a poco, en las semanas y los meses siguientes, confirma que su miembro se está retrayendo, se está metiendo dentro de su cuerpo. Entonces se lo estira cada vez que va a orinar, se hace masajes, se cuelga objetos en las noches y se amarra cordeles para jalarlo hacia afuera. Es obvio que el pene está bien, intacto, pero la mente del paciente, por algún motivo incomprensible, no lo puede percibir y monta una película de terror: la desaparición del sexo. ¿Por qué el cerebro escribe libretos de este estilo? ¿Por qué el cerebro es un escritor gótico al que le fascina aterrorizarnos con estos argumentos en los cuales el cuerpo es nuestro peor enemigo?

En 1967, en Singapur, varios hombres afirmaron que el pene se les estaba desapareciendo y que alguien se lo estaba robando mediante prácticas de brujería o algo parecido. La histeria de unos pocos se volvió una histeria colectiva, hasta el punto de que miles se contagiaron y terminaron recetados con sedantes y antipsicóticos para poder recuperar su vida.

¿Por contagio? ¿Hay fuerzas que pasan de mente en mente hasta terminar construyendo una realidad aparte, como en el teatro o en el cine? ¿Es la realidad, solamente, una escenografía que los demás nos contagiaron desde niños y que por ende la hemos privilegiado por encima de muchas otras? ¿Es la realidad una enfermedad?

EL DESEO Y LA REPULSIÓN

En Estados Unidos tuve un amigo enorme, gigantesco, de un metro con noventa y cinco de estatura y unos ciento cincuenta kilos de peso. Voy a llamarlo Mike para no revelar su nombre real. Era extraordinaria persona, gentil, diligente, increíblemente solidario. Estaba en el Departamento de Lenguas Romances, como yo, pero enseñaba otra lengua. Fue durante los primeros días la persona encargada de mostrarme los alrededores de la universidad, el supermercado, las tiendas donde compraba las tarjetas para llamar por teléfono a nivel internacional. Un amigo a carta cabal.

Poco después, Mike me confesó que el problema de su sobrepeso tenía dos orígenes extraños. El primero eran los paquetes: los dulces, los caramelos, las papas fritas, los platanitos, los cheetos, todo aquello que viniera empaquetado. Lo atraían los colores, los diseños, las letras de los productos, el ruido de las bolsas al abrirse. Andaba con varios de ellos entre los bolsillos y se encerraba en el baño a comer de unos y de otros.

Un día, Mike consiguió novia, una chica brillante, de lentes de carey, que se la pasaba en la biblioteca estudiando todo el día. Conmovido por ese amor que iba más allá de la apariencia física, decidió bajar de peso y descubrió entonces que no podía entrar a ninguna tienda ni a ningún supermercado. Cayó en cuenta de que están diseñados de una manera infantil, los colores fosforescentes atrayendo al comprador desde los empaques o los frascos, las figuras juguetonas, los dibujitos de palmeras o de naves intergalácticas, los yogures con sus frutas bien delineadas y sus letras resplandecientes, las leches achocolatadas con sus chorros acaramelados cayendo sobre vasos multicolores, los sobres de té helado con sus hielos tintineantes, los cartones de jugos y las gaseosas con sus trazos y sus matices lúdicos y llameantes. El supermercado como una fiesta infantil, como el paraíso de los niños consumistas que van con sus billetes y sus tarjetas de crédito a intentar ser felices. ¿Cómo no comprar?

En consecuencia, Mike se quedaba afuera, sentado en la barda del establecimiento, y su novia le hacía el mercado: frutas, verduras, proteína, pocas harinas. Así consiguió bajar de peso y su aspecto mejoró bastante: el rostro le resplandecía, parecía más atlético, estaba de mejor ánimo y era más activo. El problema es que la relación se terminó y su novia tuvo que viajar.

Entonces ese vacío se llenó, de nuevo, con comida, con paquetes y frituras de toda clase.

El segundo origen de la gordura de Mike estaba en que, al menos una vez al mes, necesitaba atiborrarse de comida hasta el hastío, hasta que el estómago reventara, hasta el vómito. Se preparaba con antelación, como un ritual secreto, y ponía un balde al lado de la mesa. Vomitaba y vomitaba, y volvía a comer, hasta que ya no podía más, hasta que le dolía el cuerpo entero, hasta que, agotado y sudoroso, se quedaba dormido en el piso con una frazada sobre su musculatura de ogro bondadoso, de gigante con mirada de niño.

Muchas veces, a lo largo de estos años, he pensado en Mike con insistencia. ¿No es él, acaso, la encarnación de dos fuerzas que nos atraviesan a todos: el deseo de comprarlo todo, de tragarnos todo, y después el asco que nos genera esta sociedad inmunda que despierta nuestras más bajas pasiones? ¿No nos dan ganas de vomitar nuestras propias miserias: nuestra gula, nuestra codicia, nuestra avaricia, nuestra falta de entrega y de generosidad? ¿No es éste un mundo que nos promete primero el glamur, los viajes a lugares exóticos, los platillos más exquisitos, los hoteles más lujosos, y luego nos permite descubrir la verdad, que medio planeta se está muriendo de hambre, que la gente está desesperada, que muchos se suicidan o se dejan morir sin pedir ayuda? ¿No estamos todos entre el deseo y el asco, entre la plenitud y la repugnancia, entre la alegría y la ingenuidad infantil cuando nos tomamos una gaseosa o nos compramos un helado, y las ganas de vomitar un mundo asqueroso cuando descubrimos que nos hemos convertido en unos adultos dóciles y cómplices de un sistema corrupto y cruel? ¿No somos todos, de alguna manera, el bueno de Mike queriéndose morir junto a su balde hediondo y maloliente?

LA ADICCIÓN A SUFRIR

Es muy fácil asumir esta adicción sin darse cuenta. Nuestra cultura tiene muchas puertas de entrada y pocas de salida. Una de ellas, por ejemplo, está en la religión. El cristianismo eleva a la categoría de devoción la imagen de ese hombre crucificado y sangrante, azotado, con una corona de espinas. Lo que apreciamos, lo que valoramos cuando entramos a una iglesia es justamente esa imagen cruel y devastadora; de hecho, nos hincamos ante ella, elevamos nuestros brazos y oramos frente a ese hombre cuyo rostro nos muestra las huellas de la tortura y la brutalidad. El niño al que le enseñan eso valorará para siempre el dolor, el sufrimiento, el sacrificio, como actitudes nobles y meritorias. Y es muy posible que, intentando emular ese ideal, se pase la vida creyendo que cuando sufre es muy superior moralmente que cuando es feliz. Y buscará ese sufrimiento a toda costa: en el trabajo, en las relaciones de pareja, con sus hijos o con sus amigos.

Otra puerta, muy común, es la actitud déspota y violenta con la que muchos padres tratan a sus hijos. Por increíble que parezca, si un padre es un agresor o abandona a sus hijos, así, en forma directa, es mejor que si muestra actitudes ambiguas. En el primer ejemplo, el niño sabe que no lo aman, que lo desprecian o que lo violentan, y se separa, procesa, elabora ese maltrato, y conquista al final su supremacía espiritual sobre el padre abusador o ausente. El problema es la ambigüedad. Lo que desestabiliza, lo que enloquece al niño, es que primero lo maltraten, hieran o abandonen, y que en algún momento ese mismo padre tenga muestras de afecto, detalles sutiles de cariño, pequeños gestos de que sí siente en su interior bondad o amor filial. Es eso lo que engancha al niño, lo que lo ata de allí en adelante a ese esquema: ser amado va acompañado de un componente inevitable: ser maltratado. Y a lo largo de su vida buscará en sus relaciones sentimentales el sufrimiento, el dolor, la agresión, e intentará rescatar a su pareja de ese rol de victimario, corregirlo, ayudarlo, que en el fondo es un modo de salvar simbólicamente a ese padre que está allá, en la sombra, agazapado en el inconsciente.

Lo mismo sucede cuando uno de nuestros padres ha representado el papel de víctima. Entonces nos pasaremos la vida buscando relaciones afectivas en las que nuestra pareja necesite algún tipo de ayuda, pero lo que estamos haciendo en realidad es intentando rescatar a esa madre adolorida o a ese

padre deprimido que no salía de casa y que se pasaba horas enteras frente al televisor o trabajando en silencio en algún rincón incómodo y silencioso.

Otra puerta frecuente es la codependencia. En una relación con un drogadicto, un alcohólico o un depresivo, la pareja es una especie de salvadora, alguien clave, importante, significativo, fundamental. «Es que si lo abandono ahora va a recaer e incluso se puede morir». Esa sensación de ser el centro de la vida de otra persona, de ser el apoyo para que el otro pueda continuar, me convierte en un semidiós sin el cual otro ser humano no puede ni siquiera moverse, salir a la calle, existir. No soy cualquiera, de mí depende que la vida se prolongue o se termine para siempre. El ego de la pareja se ve reforzado, se acrecienta, se fortalece, pero de manera patológica, enfermiza. Y se cae en la trampa. El codependiente no es alcohólico, ni drogadicto, ni depresivo, pero necesita por vía transitiva el alcohol, las drogas o la depresión, está enganchado a ellos por medio de una relación caótica y triste. Y cuando esa pareja, en un intento por recuperar algo de la salud perdida, se retira e inicia una relación con una persona sana, independiente, fuerte, no se siente a gusto, no puede, y se da cuenta de que algo le falta, de que extraña poderosamente una situación engañosa: el sufrimiento, la autodestrucción, la melancolía. Se regresa entonces a las madrugadas acompañando a esa pareja alcohólica a los consultorios psiquiátricos, a las salas de urgencias. Y cree que ese es su verdadero destino, el único posible. Muchas parejas están unidas no por el amor, sino por la culpa, que es implacable.

Hay que tener cuidado cuando uno está procesando dolores pasados o muy antiguos. A lo largo de una terapia o de un tiempo de meditación profunda sobre ese acontecimiento que nos marcó para siempre en forma negativa, puede suceder que nos enganchemos a él, que nos consideremos importantes precisamente porque hemos sufrido mucho, y ahí se cierra la trampa. Consideramos que sin ese sufrimiento no valemos nada, somos cualquiera. El dolor nos da una prestancia, un brillo, una relevancia que no queremos perder.

Es preciso aclarar que el adicto al sufrimiento no es un masoquista, porque no lo disfruta, no ingresa nunca en el gozo, no siente placer. Lo que sucede es que requiere esa fuerza negativa para armar el esquema de una existencia donde no es una persona cualquiera, banal, superficial, sino alguien profundo, trascendente, único.

Por curioso que parezca, necesitamos, entre muchas otras cosas, una educación para la alegría, para la dicha, para el bienestar. Nadie nos enseña a gozar a fondo de la vida sin sentir culpa. Lo primero que nos dicen es que por

el solo hecho de haber nacido ya estamos en pecado. De ahí en adelante será muy difícil desprenderse de ese modelo y, en lugar de sentirse mal por estar en el mundo, hay que celebrarlo con júbilo y determinación.

El mundo pagano era muy superior por una sencilla razón: los fuertes eran los fuertes. Pertenecemos a una época en la que los débiles derrotan a los fuertes gracias a la culpa, y por eso los admiramos, los imitamos y queremos ser como ellos.

LA MÁS TURBADA

Si en el fondo de nuestro cerebro hay una dualidad sexual que nos compone, la masturbación es una especie de matrimonio, de unión sagrada, de comunión entre esos dos polos. Alguien que se masturba en la soledad de una habitación no está solo. Otro ser está allí, otra entidad está presente para poder llegar al orgasmo o a la eyaculación. Y ese otro fantasmal, evanescente, invisible, es una de las claves de nuestra vida. El onanista es un seguidor de los espíritus, un adepto a las presencias inmateriales.

No deja de parecerme curioso que cuanto más se desarrollaron el consumismo y la tecnología, más nos masturbamos. Primero estimulamos la imaginación con libros y revistas, fotos y películas, juguetes sexuales, lencería atrevida, y últimamente tenemos una nueva adicción que está arrasando con buena parte de nuestra vida sexual: la adicción al porno por internet, que no es más que una precipitación en la masturbación compulsiva. Hoy en día se considera que una tercera parte de las consultas en la red las hacen cibernautas que están en el trabajo o en la casa, y que desean ver pornografía para relajarse y fantasear un rato.

Es curioso que la gran mayoría hemos copulado primero con fantasmas y después con personas de verdad, palpables. ¿Qué pasaría si fuera al revés?, ¿si conociéramos primero el placer con el otro y después con nosotros mismos? ¿No se daría la vuelta todo? ¿No sería difícil imponer el capitalismo salvaje, el egoísmo, la guerra, si yo hubiera aprendido desde el principio que el otro es sagrado y que es tan o más importante que yo? Una cultura onanista es difícil que comprenda la alteridad y es muy fácil que asimile el desprecio y la violencia. Quizás el triunfo, el éxito, el liderazgo, el ahorro, la vanidad, la excesiva preocupación por la imagen personal, no sean más que cultos característicos de una sociedad que prefiere masturbarse antes que acariciarse y estar con el otro.

TOC, TOC

El TOC (trastorno obsesivo compulsivo) es una de las cinco enfermedades psiquiátricas más comunes. Un amigo mexicano que sufre de este trastorno me dio detalles al respecto. No puede tener relaciones sexuales sin sentir pánico por contraer el sida. Mientras se acuesta con su pareja o con alguna amante ocasional, empieza a pensar en si el condón estará bien o si tendrá algún desperfecto, si acarició a la mujer y pudo haber contraído la enfermedad debido a alguna herida en la mano, si no estará con las encías laceradas y quedará contagiado, en fin... En los días siguientes al contacto sexual, mi amigo se comienza a descomponer, sufre de accesos de pánico, anda nervioso e irascible, no puede conciliar el sueño, come de manera desordenada, y de día y de noche revisa la escena sexual buscando todos los errores de asepsia que cometió. Finalmente, se pone en contacto con esa pareja o esa amante y le pide, le ruega, le exige que se haga la prueba de Elisa y que se la muestre o se la envíe. Él mismo se hace dos o tres exámenes para estar seguro, pero aun así sospecha que la enfermedad se le va a manifestar más tarde, en unas semanas o unos meses. Y si llega a contraer una gripa o un resfriado, entonces confirma sus temores y se dice: «Ya, listo, confirmado, tengo sida». Es una verdadera tortura y ha recibido tratamiento desde hace unos años, pero a pesar de eso las ideas vuelven y se toman su cabeza una y otra vez.

Los pacientes de este trastorno pueden tener obsesión por limpiar, por verificar mil veces algo (una fuga de gas, por ejemplo), por repetir conductas anodinas hasta la saciedad, por ordenar de manera meticulosa los muebles o las cuentas de la casa, por acumular objetos de todo tipo (útiles e inservibles), por contar números (o sumarlos, o restarlos, o memorizar teléfonos o placas de autos), por atormentarse por cualquier cosa (la posibilidad de sufrir un accidente o estar seguros de que un destino trágico se cierne sobre ellos), o por asuntos sexuales (de cualquier clase). Es una obsesión que les va destrozando la vida poco a poco, y que, de no recibir tratamiento, puede condenarlos a terminar aislados y hundidos por completo en esas prácticas repetitivas que los van minando día tras día.

En muchas ocasiones me he preguntado si la escritura no será una variante de esta enfermedad. En lugar de sufrir obsesiones con los números, los escritores las sufrimos con las palabras. Las conjugamos, las mezclamos, las sopesamos, las remplazamos, las repetimos, las suprimimos. Vivimos

anotando en libretas y en cuadernos, nos levantamos a la madrugada sólo para ir hasta el computador y escribir una línea o un párrafo que se nos ocurrió, consultamos el diccionario cientos de veces en un día, nos pasamos horas buscando sinónimos y antónimos. Y si nos quitan la posibilidad de escribir nos descomponemos, nos deprimimos, perdemos todo interés en la realidad y al final sentimos que sin el lenguaje el mundo no vale la pena; es decir, sufrimos del típico síndrome de abstinencia.

¿Será la literatura un trastorno psiquiátrico, una enfermedad?

BORDERLINES

El trastorno límite de personalidad, o *borderline*, es más común de lo que uno cree. Si los padres supieran lo vulnerable que es la mente de un niño, no cometerían la cantidad de errores que suelen repetir una y otra vez con sus hijos. La fragilidad de la mente infantil es comparable con la de su cuerpo diminuto, sin defensas, desvalido. Si entre los mamíferos el cachorro de hombre es de los más debiluchos y poco capacitado para enfrentar el entorno sin ayuda, lo mismo sucede en el cerebro, en la mente. Por eso no cualquiera está capacitado para tener hijos, cuidarlos y educarlos sanamente. El problema es que todo el mundo cree que ese es un derecho que le asiste. Nos reproducimos a una velocidad sólo comparable con nuestra irresponsabilidad, por lo cual los desórdenes de personalidad y los trastornos limítrofes comienzan en casa, generalmente, con papá y mamá.

Las agresiones, los tratos déspotas, el menosprecio, el abandono, mil situaciones negativas y venenosas las asimila el niño como un mal funcionamiento de sí mismo. La relación pecado-castigo hace que si un padre abandona o maltrata, el niño se diga que es por su culpa, porque se lo merece, porque ha hecho algo indebido. Y la repetición de ese maltrato o de ese desprecio va aniquilando la mente en formación, la va poniendo, literalmente, al borde de sí misma. Y empiezan los problemas.

Los afectados por este trastorno son inestables a nivel emocional, tienen un yo difuso que va y viene, que sube y baja, y suelen estar a medio camino entre la neurosis y la psicosis, entre la angustia y la pérdida de un principio de realidad sólido. Suele presentarse más en la juventud, entre los veinte y los treinta y cinco años, que es cuando tenemos que hacer una vida independiente, propia, y definir nuestros roles en un mundo de adultos al que no sabemos todavía si podremos adaptarnos. Esa presión, esa ansiedad, ese nerviosismo permanente hacen que la personalidad se resienta y flaquea. Y afloran entonces todos los conflictos antiguos, todos los roces y las cuentas pendientes que traíamos desde la infancia y la adolescencia.

Lo más difícil para un *borderline* es el mundo sentimental. Sueñan con él, lo añoran, lo desean, pero cuando lo tienen a la mano lo destruyen y lo pisotean con una crueldad salida de lo común. No pueden recibir y dar afecto en forma reposada, tranquila, constructiva, porque su educación sentimental, justamente, es la contraria. Tampoco soportan el abandono o el rechazo, pues

les hace trizas la imagen que han logrado armar, con mucho esfuerzo, a punta de retazos de sí mismos. Las parejas de este tipo de personas quedan devastadas, sintiéndose culpables (son muy hábiles en manipulaciones y chantajes sentimentales), y al final no saben muy bien qué fue lo que pasó, cómo sucedió el enfrentamiento, cómo se terminó todo. Porque los *borderline* engañan, simulan, mienten, fabulan, y al no estar preparados para la salud y el bienestar, buscan lo contrario: el caos, la lucha, la desesperación. Y hacen llegar allá la relación de un modo tan sutil, manejan los hilos de esos libretos con tanta destreza, que cuando el otro despierta ya es tarde y está con el agua al cuello en medio de una tormenta que no sabe cómo ni por qué comenzó. Los *borderline* son agujeros negros sentimentales, aguas profundas con remolinos traicioneros donde la gran mayoría naufraga sin darse cuenta.

Muchas conductas adictivas (alcoholismo, drogadicción, promiscuidad) o autodestructivas suelen tener su origen en este trastorno, que está detrás de las apariencias adictivas, depresivas o suicidas. Y no tiene nada que ver con la clase social, el coeficiente intelectual o los niveles educativos. Personas muy brillantes y sobresalientes a nivel social pueden tener un descontrol emocional oculto que las conduzca lentamente a la aniquilación de sus propios privilegios.

Porque la razón no acostumbra tener el control de los estados emocionales. Son dos entrenamientos diferentes.

Un buen ejemplo de *borderline* es Lisa Nowak, astronauta de la NASA que formaba parte de la tripulación del Discovery. Su carrera no podía ser más exitosa. Sin embargo, mantenía un triángulo amoroso con uno de sus compañeros hasta que al final no pudo más, su autoestima tocó fondo, perdió el control y estalló. Manejó desde Houston (Texas) hasta el aeropuerto internacional de Florida. Llevaba en el carro una pistola de aire comprimido, un cuchillo, un atomizador de gas pimienta, guantes y bolsas plásticas. Se disfrazó y esperó en el parqueadero a su rival, Colleen Shipman, a la que atacó brutalmente. Según parece, la idea era secuestrarla, torturarla y hacerla pagar por esa angustia y esa baja autoestima que estaba sintiendo debido a la negativa del amante a continuar la relación con ella.

Lo que destroza a Lisa no es la envidia sentimental o los celos, que es lo que uno tendería a pensar inicialmente, sino la imposibilidad de restituir una imagen de sí misma. A lo largo de nuestra vida, de maneras distintas e incluso contradictorias, logramos hacer una imagen de nosotros que funcione, una identidad, una especie de golem que pueda vivir en sociedad sin mayores riesgos ni temores. Por encima de nuestros defectos físicos y de carácter, de

nuestras bajezas y pasiones malsanas, de nuestros vicios y nuestros más hondos rencores, logramos por fin construir una imagen de nosotros mismos que pueda estar entre los otros en forma activa y productiva. Y cuando llega alguien y hace añicos esa imagen, preferimos matarlo antes que empezar a reunir los pedazos y rehacer nuestra figura.

SÍNDROME DE NOÉ

Es un giro extraño que dan algunos individuos que ya no sienten ninguna identificación con los de su especie. Les puede comenzar cualquier día mientras ven la tele o leen el periódico. Todo ese infortunio, personas muriendo de hambre en África, gente masacrada en el Medio Oriente o en México, inundaciones en el sur estadounidense o en Montería, les da igual, los deja impávidos. Es como si los seres humanos fueran algo distante, muy remoto, casi inexistente. Y entonces viene el giro: se identifican con las otras especies, con los animales, con los perros, con los gatos, con los pájaros. Sienten la necesidad imperiosa de acercarse a esas especies y vivir con ellas, compartir con ellas, estar a su lado.

El síndrome de Noé está relacionado, como el síndrome de Diógenes, con la soledad, con ese silencio gris que se va devorando la vida de ciertas personas poco a poco hasta dejarlas incomunicadas por completo y viviendo en un país muy remoto a donde no llega nadie. En consecuencia, esa gente empieza a recoger todo tipo de animales y comparte con ellos de noche y de día. Son aquellos abuelos que tienen veinte gatos o que adoptaron quince perros, amén de varias tortugas, canarios, loros, pollos, hámsteres o caballos. Lo cierto es que no les interesa la humanidad para nada y deciden convivir con sus animales, comer con ellos, dormir a su lado.

Lo trágico es que, curiosamente, esos mismos animales adoptados viven mal, enfermos, llagados, con parásitos, y la persona no se da cuenta de ello. Cree que los cuida bien y no es así: en realidad, los maltrata sin querer. Por eso, tarde o temprano, los vecinos alertan a las autoridades y la persona debe ingresar en un tratamiento psiquiátrico. No es amor por los animales, sino un trastorno emocional, un padecimiento más de la soledad de nuestro tiempo.

MUTISMO SELECTIVO

Lo descubrí por pura casualidad en un colegio al que fui a dar una charla sobre mis libros. Durante la hora del almuerzo, a mi lado había una niña que jugaba con tres amiguitas. No miraba a las demás personas, ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba junto a ella. Me explicaron que únicamente hablaba con esas tres niñas, con nadie más. No conversaba con los maestros, no compartía con sus otros compañeros, no le dirigía la palabra al chofer del bus ni al personal administrativo del colegio. Para ella sólo existían sus tres amigas.

No está muy claro cuál es el origen de este trastorno ni cómo funciona. Suelen ser niños inteligentes e incluso brillantes, cuyas facultades para el aprendizaje están muchas veces por encima del promedio. En la mayoría de los tratamientos se enfrenta el asunto como un problema de comunicación que no tiene que ver con el autismo ni con la esquizofrenia, pero que sí puede esconder algún tipo de trastorno psicótico. Los terapeutas intentan que más tarde el niño o el adolescente no vaya a sufrir de fobia social o de lo que se llama «timidez amorosa», esto es, inconvenientes para relacionarse en el plano afectivo-sexual.

Lo curioso es que pensé en esa niña durante días enteros. Nunca la recuerdo como una paciente o como alguien con problemas. Todo lo contrario. Me tomé su caso como un ejemplo, como una lección. Mutismo selectivo. Qué bello. Deberíamos practicarlo más a menudo. Y recordar «Cuanto puedas», el poema de Kavafis:

*Y si no puedes hacer tu vida como la quieres,
en esto esfuérzate al menos cuanto puedas:
no la envilezcas en el contacto excesivo con la gente,
en demasiados trajines y conversaciones.*

*No la envilezcas llevándola, trayéndola a menudo
y exponiéndola a la torpeza cotidiana
de las compañías y las relaciones,
hasta que llegue a ser pesada como una extraña.*

LA MELANCOLÍA

Me refiero al cuadro de Gauguin que tiene también un segundo título: *El silencio*. Una muchacha está sentada con las piernas cruzadas en el piso de su cabaña y contempla el vacío que hay frente a sí. No hay mejor definición de melancolía que ésta: un vacío que está a nuestro alrededor. Hemos tenido que doblegarnos como animales para poder comportarnos como humanos, y en ese largo camino se han domado muchas pulsiones bestiales en aras de poder construir una civilización. Hemos intelectualizado nuestros pánicos, nuestros sinsabores, nuestros más oscuros deseos. Hemos construido religiones, con sus paraísos y sus infiernos, que nos ayudan de alguna manera a soportar el pánico a la muerte, a la intrascendencia, a la futilidad de nuestro paso por el mundo. No obstante, hay momentos en los cuales se nos revela la verdad: no había nada antes del nacimiento, no habrá nada después de la muerte, no hay nada ahora adentro ni afuera de nosotros. Y la contemplación directa, cara a cara, de ese vacío, nos deja demolidos, en el piso, con la mirada suspendida y la respiración entrecortada. Y, pasmados, entendemos: somos sólo eso, fugacidad e impermanencia.

ALONSO QUIJANO

Cuando era niño y estuve tan enfermo en el hospital, la lectura me salvó la vida. Me enseñó que la realidad es múltiple, diversa, laberíntica, móvil, fluctuante. Eso fue maravilloso por un lado, pero muy tormentoso por otro: me convirtió en un joven distinto, aislado, que no encajaba muy bien en las lógicas grupales. En ese entonces, por fortuna, no estaba tan de moda llevar los niños al psicólogo, porque de lo contrario me habrían medicado y me habrían tratado como a un psicótico o a un *borderline*. Y no, era ya un escritor sin saberlo, un narrador, un joven que más adelante tendría que encarnar en los múltiples personajes que lo habitaban.

En consecuencia, desde mis años universitarios guardo una extraña fascinación por los trastornos mentales; por eso los estudio y procuro enterarme de nuevas interpretaciones. La pregunta terrible que hay detrás de esto es: ¿por qué en nuestra educación la creatividad está tan cerca de la enfermedad mental? ¿Por qué los artistas son vistos como individuos sospechosos, extravagantes, delirantes? ¿Por qué nuestra educación privilegia el pensamiento racional, las matemáticas, la física y la química, y no puede tolerar la creatividad, la imaginación, el desdoblamiento de lo real? ¿Por qué hay tanta censura y tanta vigilancia sobre la fantasía? ¿Por qué la educación no es capaz de soñar, de inventar, de fabular?

Recuerdo que cuando llegué a España tomé una clase sobre el *Quijote* con un especialista, un profesor que se había gastado la vida entera leyendo y pensando esta magnífica novela. Y el primer día nos dijo con la mano levantada y señalándonos con el dedo:

—Jamás vayan a cometer el error de decir que Don Quijote está loco. Nunca. Alonso Quijano transforma lo real mediante un ejercicio de su voluntad. Esa capacidad la tenemos todos al nacer, pero luego se encargan de aplanarnos, de achatarnos, de amputarnos, y a ese procedimiento lo llaman cultura. Allá ustedes si quieren volverse vigilantes y jueces de lo real, pero en esta clase procuren abstenerse de esas tendencias policivas...

Cada vez que veo a los niños jugar en un parque o en el patio de un colegio, y decir que son vaqueros, astronautas o pilotos, recuerdo esa clase con afecto. Si decimos que Don Quijote está loco, entonces los niños están locos y tenemos que meterlos a todos en instituciones mentales. Y a los pintores, los escultores, los bailarines, los poetas, los músicos, los

aventureros, los místicos y tantos otros deberían recluirlos en clínicas psiquiátricas y medicarlos de por vida.

Quizás haya una posibilidad que no hemos estudiado: valorar más el recreo y no la clase.

Por eso me retiré de la docencia. Porque no quería calificar, exigir, castigar, imponer, regañar. Cada vez me parecía más al cura y al barbero de la novela, y menos a Don Quijote. Me aburrí de eso, además de que corría el peligro de un día perseguirme a mí mismo, o de volverme un crítico literario. Preferí la calle, los parques, patear latas vacías con las manos entre los bolsillos, no tener plata, perder el tiempo, escribir.

ANTROPOFOBIA

Empieza como un sudor frío que nos recorre de arriba abajo cuando presentimos a los otros a nuestro lado en un cine, en la iglesia, en un centro comercial. Basta con que un pequeño grupo de personas nos mire o tengamos que pasar a su lado para que un cierto temblor nos recorra el cuerpo y comencemos a sudar sin poder controlarnos.

Más tarde, la sensación crece y se generaliza. Nos disgusta cualquier persona, creemos que los otros nos miran a toda hora, que nos juzgan, que están pendientes de nuestra ropa o nuestro corte de cabello. Luego desarrollamos un temor a comer en público, nos da taquicardia hablarles a los otros, reunirnos con ellos en una fiesta o en un salón de clase; por ende, no podemos exponer un tema en una clase del colegio o de la universidad, no somos capaces de presentar una entrevista de trabajo y mucho menos de cumplir con una cita amorosa. Los otros nos disgustan, les tememos, nos acechan. No somos bellos, no nos vestimos bien, estamos muy gordos o muy delgados, no tenemos dinero, no somos de buena familia, somos poca cosa.

Lo que nadie explica es que las nuevas tecnologías están generando en los jóvenes tendencias fuertemente antropofóbicas. Creemos que el uso de un correo electrónico o de una red social es un procedimiento inofensivo, y no hay tal, el niño o el adolescente poco a poco van remplazando la realidad externa por la virtual y pueden llegar a quedar atrapados en la segunda en detrimento de la primera. Es el caso de los hikikomori japoneses, que pasan hasta diez años sin salir de la habitación.

Miedo a los otros, terror a nuestros congéneres. Visto desde otro ángulo no parece un trastorno. Basta observar a unos cazadores degollando un venado, o a un grupo de marinos acuchillando una ballena o abriendo el cráneo de una foca para empezar a tener miedo. Si a eso le sumamos imágenes de pesticidas, ríos contaminados, toneladas de basuras malolientes, pueblos enteros diezmados por las hambrunas en África, por el sida, por el virus del Ébola, por las fiebres tropicales, ya el sudor frío comienza a tener un sentido profundo. Para rematar, basta cualquier escena de guerra (los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki, los campos de exterminio nazis, las masacres de Vietnam, las invasiones a Irak o a Afganistán) para que la posible enfermedad se transforme en un rechazo inteligente.

Por ello, una pequeña dosis de antropofobia es un acto de lucidez. La mentalidad gregaria, obediente, de rebaño, siempre será sospechosa. Quien respeta en exceso las reglas de la manada descubre tardíamente una verdad que le puede costar la vida: que estamos rodeados de bestias y caníbales de nuestra propia especie.

2. LOS LABERINTOS DE LA SOLEDAD

UN VERDUGO EN HARRISONBURG

Se acercaba el invierno y el frío calaba los huesos de modo implacable, casi hasta el dolor físico. Yo había llegado a ese remoto pueblo de Virginia en calidad de profesor de Español y Literatura. Era el año 1997 y había fracasado en varios intentos por publicar mi novela *Scorpio City*. Un puñado de editoriales me la habían devuelto con el argumento de que era muy sangrienta y marginal, que tenía expresiones populares groseras y que Colombia estaba cansada ya de tanta violencia. Así que, muy desilusionado, acepté esa plaza de profesor en medio de lo que llamaban entonces «the puritan country» (el país puritano), un sitio perdido entre la nada, entre comunidades de cuáqueros, amish y fanáticos religiosos furibundos.

Una noche entré en un bar del pueblo y pedí una cerveza. Me senté en la barra, solo, y me dije que mi futuro como escritor estaba liquidado, que no había nada que hacer, que el país no quería saber nada de esos mundos oscuros que atravesaban mi escritura. Me sentía deprimido, extraviado en un territorio remoto e inhóspito, fuera de base. A la tercera cerveza se acomodó a mi lado un tipo delgado, con lentes de carey, de una estatura diminuta que bordeaba el enanismo. Nos saludamos con un movimiento fugaz de cabeza. Bebió dos jarros de un litro en pocos minutos. Se le veía cabizbajo, hundido en sí mismo, atacado por fuerzas internas que lo desbordaban. Al final, para no ahogarse en esos remolinos que lo reclamaban hacia un infierno implacable, hizo algún comentario banal para iniciar conversación conmigo. Le expliqué que no hablaba inglés a la perfección, pero que si él hablaba despacio podríamos charlar amigablemente un rato.

Al quinto jarro de cerveza, y agarrándose la cabeza a dos manos de vez en cuando entre frase y frase, me contó una historia aterradora. Me dijo que lo habían seleccionado para formar parte de un grupo de personas que debían inyectar una dosis letal a un condenado a muerte en una prisión al día siguiente, a las seis de la tarde. Sólo uno de los del grupo era el que, en realidad, inoculaba la dosis que hacía efecto. Los otros inyectaban un líquido que iba a parar a una bolsa. Pero nadie sabía quién era el elegido para ser el verdugo de verdad. Era una manera de mitigar la culpa y evitar traumas posteriores. Con todo, el horror no era sólo el hecho de formar parte de ese grupo macabro. Lo grave era que él había reconocido al reo condenado a muerte: un sujeto que, alguna vez, había estudiado con él en la secundaria.

Ahora era ya un hombre adulto, avejentado, calvo, que había pasado varios años en el corredor de la muerte. Sin embargo, ese joven atlético y divertido que en el pasado había sido el asesino seguía en la memoria de mi vecino y lo atormentaba desde hacía varios días, cuando había descubierto la relación que alguna vez habían tenido en el colegio.

Luego de contarme la historia pagó la cuenta con mano temblorosa y, seguramente arrepentido de haber confiado en un extraño, se despidió de afán y salió del bar enfundado en una chaqueta de plumas que lo protegía del frío invernal.

Al día siguiente, a las seis en punto de la tarde, pensé en ese hombre diminuto al que le habían encomendado una misión brutal: matar a un antiguo compañero de colegio. Y no sé por qué, en medio de una intuición que me hacía estremecer el cuerpo entero, una certeza me iluminó la escena: estaba seguro de que ese ser frágil y cegatón había sido el elegido para inyectar la dosis letal efectiva al condenado. Y lo peor era que él también lo sabía.

TINTÍN EN CUIDADOS INTENSIVOS

Tenía siete años y una peritonitis gangrenosa. Los médicos me habían desahuciado y yo pasaba los días y las noches en una sala especial de cuidados intensivos. Llevaba semanas y meses postrado en una cama.

No recuerdo quién me llevó mi primer libro de Tintín, la famosa historieta de Hergé: *Tintín en el Tíbet*. De inmediato hice amistad con Milú, con el capitán Haddock, con Tornasol, con el propio Tintín. Lo terminé de una sola sentada y volví a empezar. Al día siguiente ya me lo sabía de memoria. Lo releía a todas horas.

Frente a mi habitación había otro muchacho muy enfermo, más o menos de mi misma edad. Una noche que nos encontrábamos solos, únicamente con las enfermeras, nos vimos de lejos y nos saludamos. Estaba amarillo, muy delgado, con los ojos hundidos. No quiero imaginarme cómo me vio él a mí. Cruzamos dos palabras y decidí entonces prestarle mi libro de Tintín para entusiasmarlo un poco. Él me agradeció y me dijo que me lo regresaría a la noche siguiente.

Nos volvimos a encontrar a la misma hora, después de la última ronda de las enfermeras. Me dijo que le había encantado, pero bajó la cabeza y, con una tristeza infinita, me devolvió el libro y aseguró:

—Tú eres como Chang, te vas a salvar gracias al Yeti. Pero yo no. Me moriré de frío en mi cueva.

No entendí por qué afirmaba algo tan brutal. Dos días después hubo un alboroto en el corredor y la gente empezó a llegar vestida de negro y llorando. Mi vecino acababa de morir.

A la mañana siguiente, una enfermera me entregó un regalo que me había dejado el joven: una bufanda. Entendí enseguida: la bufanda de Chang que encuentra Tintín en medio de la nieve. Durante meses la usé de día y de noche como un amuleto contra la muerte. Y en efecto, como en el libro, me salvé.

EL REPARTIDOR DE BASURA

Vivía en un pueblo gringo donde todo a mi alrededor era impecable, limpio, pulcro, sin mácula. Prados bien cortados, fuentes cristalinas, calles sin basura. No había vendedores ambulantes, ni mendigos, ni músicos callejeros, ni ventas de empanadas, ni contaminación ambiental. Era un lugar atiborrado de iglesias y la gente se la pasaba en misas y cultos de la mañana a la noche. En la universidad donde daba clase me habían advertido que no podía mirar fijamente ningún lugar del cuerpo de mis estudiantes por más de diez segundos, porque corría el riesgo de una demanda por acoso sexual. Si quería comprar unas cervezas, tenía que mostrar mi pasaporte y anotaban mi nombre en la tienda.

Poco a poco esa asepsia enfermiza empezó a asfixiarme. No había rastros de humanidad por ninguna parte. Entonces, de la manera más irresponsable y a sabiendas de que estaba cometiendo un disparate que me podía costar incluso una detención, comencé a llenar mi maletín de profesor de cáscaras de plátano, de paquetes de papas fritas, de sobras de comida, de papel higiénico usado. Y, en las horas de la noche, procurando no ser observado, salía a darme una vuelta y a repartir mi basura en los jardines de los vecinos, en los andenes, en la calle, en el parque cercano. No recuerdo unas caminatas más saludables. Me sentía feliz, dichoso, sonreía todo el tiempo, y lo mejor: regresaba a casa descansado, como nuevo, como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

CINCO DE LA MAÑANA

Me acababan de comunicar oficialmente en el *lobby* de un hotel en Barcelona que yo era el ganador del Premio Seix Barral ese año. No me pude alegrar. La noticia me conmovió y no fui capaz de celebrar. Tuve que excusarme, pedí unos minutos y subí a mi habitación a recuperarme. Todo había sido tan difícil, el camino había sido tan arduo, tan cruel, que me dije: «No puede ser, si a mí siempre las cosas me salen mal».

Recordé que pocos meses atrás, en la ruina total y después de haber llevado una dieta estricta porque no tenía dinero para ciertos alimentos, había acudido a mi padre en busca de un préstamo. El viejo, siempre tan estricto y duro cuando se trataba de estos temas, me sermonó y me dijo que eso me pasaba por andar jugando al artista. «Jugando al artista». El insulto no podía ser más devastador. Me lo tragué sin decir nada.

Y ahora, varios meses después, y con la seguridad de que tenía un premio internacional en el bolsillo, recordé la ofensa y sentí la necesidad del desquite. Era mediodía en Barcelona y las cinco de la mañana en Bogotá. Sabía que él siempre se despertaba temprano y se preparaba un café. Lo llamé. Nos saludamos con el cariño acostumbrado. Entonces solté mi venganza con la voz mesurada y tranquila:

—Acabo de ganar un premio muy importante, viejo. Ya te enterarás por los periódicos. Sólo quería decirte que no estoy jugando al artista. Yo soy un artista, te guste o no.

Y le tiré el teléfono, enfurecido.

A los pocos meses enfermó de cáncer y moriría entre dolores atroces. Siempre quise pedirle perdón por tanta inmadurez, por tanto infantilismo, pero no tuve ocasión. Y me quedé con la culpa atragantada.

PINOCHO

Tenía cinco años cuando mi padre me llevó a ver mi primera película: *Pinocho*. Era un matinal y otros padres iban también con sus hijos cogidos de la mano. Compramos gaseosa y maíz pira, y entramos a buscar asiento. La pantalla me pareció enorme, como diseñada por gigantes.

Apenas empezó la película me quedé estupefacto. Ingresé en ese nuevo mundo sin pensar en nada, ido, transportado por completo a la vida de ese muñeco de madera con el que me identifiqué desde los primeros minutos.

Cuando a Geppetto y Pinocho los devoró una ballena, comencé a llorar. Padre e hijo solos en el estómago del monstruo, luchando contra la adversidad, tragados por ese animal descomunal, mirando a ver cómo hacían para salvarse. Me pareció muy triste y me secaba las lágrimas con el borde de mi chaqueta infantil. Supongo que mi padre me miraba de reojo y sonreía. Al fin Geppetto y Pinocho lograron hacer fuego y escaparon de esa situación desesperada. Yo elevé los brazos y grité de alegría. No me importaban los demás espectadores.

En el año 2003 mi viejo agonizaba de un cáncer terminal. Una noche, no sé por qué, decidí conseguir *Pinocho* y volver a verla. Y de nuevo, cuando los dos están en el vientre de la ballena, me eché a llorar. Sólo que esta vez sabía que el único que sobreviviría sería yo, el muñeco de madera mentiroso que prefiere escaparse con sus amigos antes que ir a la escuela.

YO NO OCUPO MUCHO ESPACIO

Hace varios años visité una sede del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Quería escribir una columna sobre el tema. Hablé con los trabajadores de distintas disciplinas que estaban a cargo, conocí a algunos de los niños, me enteré de los problemas más comunes y, después de una hora y media de investigación y varias páginas de notas en mi libreta, me despedí. Entonces una de las psicólogas me dijo que un niño quería hablar dos minutos conmigo antes de que me fuera. Acepté con cierta curiosidad, y a los pocos minutos llegó un enano de seis o siete años de edad, rubio, de ojos color miel, me dio la mano y se presentó como Felipe. Nos dejaron a solas. Me conmovió ver a ese chiquito parado frente a mí cogiendo valor para hablarme. No titubeé y fue al grano enseguida, aprovechando el poco tiempo que tenía.

—Mira, Mario —empezó diciendo mientras se apretaba las manos con nerviosismo—, yo soy buen estudiante. Puedes preguntar aquí si quieres. Siempre saco buenas notas. Tengo dos mudas de ropa y dos pares de zapatos, siempre muy limpios. No como mucho porque soy flaco y chiquito. Y puedo dormir donde sea, no ocupo mucho espacio. Si no tienes un cuarto disponible, me las arreglo en un sofá con una cobija y ya está. Salgo barato. No voy a ser una molestia para ti, te lo juro. Sólo te quería pedir, por favor, que me lleves contigo, que no me dejes aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta. Le expliqué de la mejor manera que pude que vivía solo, que viajaba varias veces al año y que no iban a permitir que una persona como yo, sin horarios fijos y a la deriva, adoptara un niño. Recuerdo que buscaba las palabras más amables para justificarme. Le di un abrazo y salí deshecho a la calle.

Aún hoy, tantos años después, llevo a Felipe intacto en mi memoria. Y a veces, caminando por ahí con las manos entre los bolsillos, siento un remordimiento atroz cuando recuerdo sus palabras.

Qué bajeza, no deja uno de sorprenderse de lo ruin que es.

LA ESTEPA

Una noche, después de una discusión con mi madre, empaqué dos mudas de ropa, mis libros, una grabadora destartada, y me fui de mi casa para siempre. Tenía diecinueve años recién cumplidos. Vivía en un buen barrio del norte de la ciudad y tenía todos los privilegios de una clase media ilustrada. Hasta ese entonces había cumplido con las expectativas de mis padres y familiares cercanos: era un gran estudiante, un buen atleta, un muchacho al que nunca le habían gustado el alcohol ni el cigarrillo. Sin embargo, en el fondo de mí existía una rebeldía que me había traído varios problemas: era siempre el joven indisciplinado que no aceptaba las normas, el que se metía en problemas y llegaba a veces a altas horas de la noche con la cara rota. Por eso me habían expulsado del colegio cuando estaba ya a punto de graduarme. Y el problema era que ahora, caminando con una maleta por las calles del centro de Bogotá en busca de una pieza barata, ese temperamento indómito me había conducido a una aventura de la que no estaba seguro de si iba a salir bien librado.

Qué extraño. Ahora que recuerdo esa primera noche de fuga y que veo a ese muchacho melenudo e imberbe caminando por La Candelaria con sus libros metidos en una tula militar, me inunda una emoción profunda: lo veo tan solo, tan desamparado, tan increíblemente expuesto a las trampas de una ciudad despiadada y brutal. No obstante, recuerdo que caminé con seguridad, con un aplomo que no sabía de dónde me venía. Me hice una promesa: no regresar. Y la cumplí.

Viví en Las Cruces, en el Quiroga, en la última cuadra de La Candelaria (calle de la Agonía), en Chapinero, en La Calera, en una cabaña campesina en las montañas de Sopó, en todas partes. Iba y venía con mis libros y mis escasas pertenencias. Fue una época dura, de hambre, de enormes necesidades, de largas caminatas por la ciudad sin un centavo en los bolsillos. Pero algo en mí se fue endureciendo, se templó, se fortaleció para siempre.

Hay artistas que fluyen bien acatando las reglas sociales, que se sienten a gusto respetando los patrones establecidos, y que construyen grandes obras en medio de ambientes hogareños e hijos amorosos. Sus revoluciones y aventuras se dan en el arte, allá, al otro lado del cuadro o de la página escrita. Muy bien. Respetable. Ni más faltaba. Pero también están los otros, los que desde muy jóvenes están diseñados para la estepa, los lobos, el frío y la

espesura de la noche. Los que duermen a la intemperie. Yo supe desde siempre que pertenecía a este bando, el de los renegados. Ni modo. Eso no se elige. Se es así y punto. Y hay que pagar el precio, que no es barato. Al final hay que apretar la mandíbula, tomar aire y seguir aguantando. Es imposible devolverse. No hay camino de retorno. Si uno camina hacia atrás sólo hallará más estepa.

Lo curioso es que si uno saca de su ambiente al hombre hogareño, y lo deja a la intemperie en medio del desierto unos pocos días, morirá en condiciones infrahumanas: de hambre, de sed, de frío, de tristeza. Y al revés es igual: si uno le otorga al hombre salvaje un trabajo estable, una esposa fiel y unos niños dulces y cariñosos, cualquier noche, a escondidas, se escapará al sótano o al garaje y se colgará de una viga o se pegará un tiro mientras los demás duermen apaciblemente.

EL VENDEDOR DE TELAS

Un lector gentil, en la Feria del Libro de Bogotá, me contó que en una de las casas de la plaza central de El Cocuy hay una placa que recuerda a mi abuelo, Simón Mendoza, antiguamente Simón Tebcheranny. Era un libanés que llegó a Colombia con su hermano Antonio, huyendo ambos de la falta de oportunidades en su país. Se cambiaron el apellido para que no hubiera la menor duda de que su descendencia era castiza y así evitar persecuciones religiosas o raciales sobre ellos. El catolicismo recalcitrante desconfiaba de ellos porque venían de países en conflicto, tenían costumbres extrañas, hablaban raro, su piel no era blanca del todo.

Poco he sabido sobre la vida de ese hombre. ¿Por qué eligió un lugar tan retirado, entre las montañas, cerca de la nieve? No lo sé. Nunca lo conocí porque murió antes de que yo naciera. Murió el mismo día en que mi padre cumplía quince años.

Mi amigo Pablo Gamboa, el gran experto en arte precolombino y colonial, que lo conoció cuando era niño, me ha hablado varias veces de un hombre alto, corpulento, de ojos verdes almendrados, gentil, de cuya imponentia emanaba al mismo tiempo una cierta magnanimidad fraternal. Vivía junto a la plaza central del pueblo y tenía una tienda de telas, oficio característico de los «turcos» que emigraron a estos países.

Una mañana, en el centro de Bogotá, en la calle doce con la carrera novena, en el corazón comercial de la ciudad, y rodeado de varios otros almacenes de «turcos» que hablaban español sin perder el acento árabe, conocí a David Aljure, un comerciante de la zona que vivía solo en un edificio de siete pisos y que por entonces era ya un hombre de ochenta y tantos años. La sonrisa infantil, el humor negro, la picardía, la fortaleza del carácter me recordaron enseguida a mi propia familia. Luego subí a su apartamento y vi la austeridad con la que vivía, los frascos de mermelada usados como vasos, la forma como acumulaba objetos inservibles, las pieles de conejo secadas al sol en la terraza, imágenes y sobrias formas de vida que me hicieron sentir en casa. Cuando supo mi nombre completo y corroboró mi parentesco con el viejo Simón, se echó a llorar. Era increíble ver a ese anciano fortachón y terco llorando como un niño. Cuando le pregunté qué sucedía, me dijo con ese acento levantino inconfundible que le imprime al español una dulzura musical:

—Dos hermanos Aljure, dos hermanos Tebcheranny. Todos conocidos y del mismo pueblo. Cruzamos el país sin tener casi nada para comer. Una historia dura, de muchas necesidades. Nos embarcamos al mismo tiempo hacia América.

Me di cuenta enseguida de que ese hombre tenía mi identidad entre sus manos, el relato que me definía, buena parte de mi origen. Le pedí que me contara la historia completa. Él miró de reojo a su hija, que estaba presente, me miró a mí fijamente para que captara el mensaje, y afirmó:

—Otro día. Dame tu número y copia el mío. Nos llamamos, vienes a tomarte una cerveza conmigo y conversamos con calma.

Asentí, le di mi número y copié el suyo. Le dije que viajaba a España a la Semana Negra de Gijón y que lo llamaría apenas llegara. Se puso feliz y me dijo que sí, que me esperaba.

Una semana después, estando ya en Gijón, recibí un mensaje de su hija en el que me decía que su padre acababa de morir. No podía creerlo. Suspiré. El viejo Aljure se acababa de llevar a la tumba buena parte de ese pasado brumoso detrás del cual se insinuaban las líneas de mi propio rostro. Literalmente, porque mis rasgos son los de mi padre, que son los del abuelo, ese desconocido que me debió transmitir en el código genético quién sabe qué formas de ser que me definen sin saberlo.

ESO ES NORMAL

Una conversación escuchada al azar una noche en un bar de mala muerte del centro de Bogotá:

—Sí, hermano, imagínese, me tocó cortarle un dedo al hombre con una tijera de esas de cortar pollo en los restaurantes. El tipo se negaba a hablar. Gritó, pataleó, se sacudió, se le salieron las lágrimas, se orinó en los pantalones y empezó a sangrar a borbotones. Yo no sé por qué me excité, hermanito, una vaina rarísima. Lo peor es que ahora, cuando estoy con alguna vieja, me toca recordar esa escena para que se me ponga dura de verdad. ¿Será que tengo que ir al psicólogo?

—Nooo, hermano, fresco, eso es normal. Nos ha pasado a todos.

LA ALEGRÍA DE LA VIDA

Hace muchos años, un amigo mayor que yo me invitó un fin de semana a acompañarlo en el hospital donde estaba haciendo su rural. Llegué a las ocho de la noche y la idea era seguir derecho hasta las seis de la mañana. Hubo un par de heridos leves por emergencias, una señora intoxicada y un hombre al que tocó coserle la cabeza después de un accidente automovilístico. Nada grave. Yo miraba todo con cierta curiosidad distante.

A eso de las once de la noche mi amigo me sirvió una taza de café humeante y me condujo hasta la sala de partos. Varias mujeres gemían y gritaban desde su camilla. Unas luces agónicas iluminaban el lugar a medias. Me puse una bata y un tapabocas, me lavé las manos, me desinfecté y me preparé para un momento esplendoroso y lleno de júbilo: la llegada de una nueva vida. Al menos eso era lo que creía. Mi amigo me dijo guiñándome un ojo:

—Hay varias porque es septiembre. Ya sabes, quedan preñadas durante las fiestas de fin de año y vienen a parir en este mes.

Asentí con una sonrisa cómplice. Las enfermeras hicieron seguir a una mujer que ya estaba en trabajo de parto. Le abrieron bien las piernas y se las sujetaron a unas varillas que estaban a los lados. La mujer aullaba, suplicaba ayuda, se contorsionaba, sudaba a chorros. Una enfermera le dio la mano y le dijo que pujara, que todo iba a salir bien. La luz tenue y la sordidez del lugar me llevaron a imaginar un sótano de torturas. La mujer pujaba con todas sus fuerzas. Los esfínteres estallaron y chorros de orines y de materia fecal salpicaron la cama, el suelo y parte de nuestras batas. Una enfermera limpió como pudo.

—No dilata lo suficiente, hay que cortar —dijo mi amigo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. A estas alturas ya sentía mareo y todo me daba vueltas. No obstante, mantuve la compostura y fingí concentración. Le inyectaron a la mujer una dosis de anestesia local. Luego le pasaron unas tijeras enormes a mi amigo y él cortó los labios de la vulva como si fuera un carnicero experimentado. Borbotones de sangre mancharon las sábanas, las manos de mi amigo y los ángulos de nuestras batas. La mujer seguía gritando y las babas le escurrían por la barbilla.

—Listo, aquí viene —dijo mi amigo mientras lo cogía por la cabecita manchada de sangre, le daba la vuelta para que los hombros quedaran

paralelos a la vagina y lo ayudaba a salir.

Una masa amorfa, peluda y cubierta por un moco gris emergió al fin de la cavidad vaginal. Mi amigo cortó el cordón umbilical y le entregó el bebé a la enfermera. Ella lo limpió y le puso una especie de aspiradora en la cara para extraerle los líquidos apelmazados. Al fin el niño estalló en un llanto ensordecedor y llenó los pulmones de aire. Miré a la madre, que estaba exhausta, llorando de dolor y a punto de desmayarse.

Mi amigo se concentró en el alumbramiento y extrajo la placenta. Dijo algo sobre el peligro de este paso, pero yo no comprendí nada. Escasamente podía sostenerme en pie. Después cosió la vulva para darle de nuevo la forma inicial. Una enfermera dijo con regocijo:

—Es una niña y está perfectamente sana —e intentó mostrársela a la madre para que la tuviera cerca.

La mujer la rechazó y, ahogada en llanto, escupió unas palabras impregnadas de un rencor sordo:

—¡No, quítenmela! Queríamos con mi marido un varón, no una mujer.

No pude más y, trastabillando y con la bata toda manchada de heces, orines y sangre, me retiré hacia el baño para vomitar.

EL PINGÜINO DE HERZOG

En *Encuentros en el fin del mundo*, extraordinario documental sobre el Polo Sur del cineasta Werner Herzog, hay una escena única, magnífica: un grupo de pingüinos emprende un recorrido que es vital para sobrevivir. Todos se dirigen hacia el mismo punto cardinal con sus pasos torpes e infantiles, pero de repente, no se sabe por qué, uno de ellos se desvía y empieza a caminar hacia otra parte, solo, sin brújula, en medio de la nieve. Y aunque alguien interviniera y lo pusiera en la fila con los demás, él volvería a salirse de la línea para dirigirse en esa otra dirección, donde lo esperan las montañas, el frío, el hambre, la soledad absoluta y, al final, la muerte. No conozco mejor definición de lo que es un artista. ¿Por qué alguien decide salirse de la línea y elige una ruta difícil, solitaria, con todo en contra, como la danza, el cine o la literatura?

Hay una explicación que me seduce sobremanera: lo que llaman ciertos esquimales la histeria ártica, esto es, una fascinación que de repente se toma el cerebro y que lo obliga a dirigirse hacia la profundidad de lo blanco, hacia ese horizonte inmaculado, casi transparente. El esquimal se desnuda y empieza a caminar en línea recta hacia la nada hasta caer muerto de agotamiento, hasta congelarse y morir. El misterio nos llama, nos invita, nos necesita, se apodera de nosotros y nos arrastra a su lado para arrojarnos en su seno. Es un problema plástico, estético, donde morimos, literalmente, devorados por la belleza. ¿No pueden sentir los pingüinos, acaso, como los artistas, la fascinación delirante por lo desconocido?

EL CONDUCTOR

Un amigo de la familia llegó un día a casa de mi hermana y le pidió encarecidamente que le permitiera guardar el carro en su garaje. Estaba nervioso, huido, hablaba de afán y le dijo que le pagaría por el arriendo del lugar. Dio las gracias y se fue mirando hacia todos lados, como si lo estuvieran persiguiendo.

A las pocas semanas vendió el auto a un conocido, sin poner avisos en el periódico, y no volvimos a saber nada al respecto. Nuestro amigo no volvió a manejar, lo cual no dejó de sorprendernos porque amaba los carros, principalmente los europeos. Un tiempo después murió de una enfermedad lenta que lo hizo sufrir mucho al final de sus días.

Nos encontramos a su hermana a la salida de un supermercado, le dimos el pésame y ella pronunció una frase que nos dejó pensando:

—Él tenía que purgar muchas cosas. Ya descansó.

No dejaba de ser una afirmación extraña. Parecía un hombre bueno, un tipo serio, amable, pacífico y sin enemigos a la vista. Entonces, ¿qué era lo que tenía que purgar?

Y a mi memoria acudió ese episodio del carro en el garaje de mi hermana. ¿Un accidente? ¿Había matado a alguien? ¿Había atropellado a un peatón y lo había abandonado a su suerte? ¿Había generado un choque que dejó pasajeros desmembrados, paralíticos, en coma? Como era un bebedor regular, no era de extrañarse que hubiera sufrido un accidente y que, aprovechando las sombras de la noche, escapara en medio de la oscuridad, dejando atrás muertos, heridos, niños sangrando.

La escena a veces se me presenta clara, precisa: su rostro sudoroso, angustiado, su respiración agitada, sus manos aferradas como garras al timón, sus ojos clavados en el retrovisor comprobando que nadie lo vio y que no hay testigos de su bajeza, de su cobardía, de su falta absoluta de humanidad...

EL PÁJARO Y EL NIÑO

La foto no puede ser más dura, más brutal: un niño sudanés famélico, Kong Nyong, está doblado sobre el piso mientras un buitre lo vigila de cerca esperando una oportunidad para caerle encima. La foto la tomó de afán Kevin Carter en 1993, durante unos pocos minutos que tuvo en una escala de avión. La publicó unos meses después y ganó el Premio Pulitzer. La controversia fue tremenda y mucha gente salió a protestar e incluso a insultar a Carter. El problema es que el fotógrafo no ayudó al niño, no lo protegió, no se preocupó por su futuro, ni siquiera sabía si había sobrevivido o no. Sólo se concentró en la imagen, disparó su cámara y se fue. Incluso confesó que había esperado unos segundos a ver si el buitre extendía las alas para alcanzar una escena más contundente.

Algunos dijeron que el niño representaba el problema del hambre y de la miseria extendida a lo largo y ancho del tercer mundo; el buitre era el capitalismo salvaje, que no tiene moral alguna y que sólo piensa en su propio beneficio, y Carter, el fotógrafo, era la sociedad indiferente, nosotros mismos, que vemos la pobreza y la indigencia de millones de personas sin inmutarnos siquiera.

Lo cierto es que la foto empezó a volverse una pesadilla para Carter, una especie de entidad macabra que lo perseguía a todas partes y que no le daba tregua alguna. Un día dijo: «Es la foto más importante de mi carrera pero no estoy orgulloso de ella, no quiero ni verla, la odio. Todavía estoy arrepentido de no haber ayudado al niño».

Aunque intentó dedicarse a fotografiar la naturaleza para revistas especializadas en estos temas, lo que había visto y registrado con su cámara no lo dejaba en paz. En abril de 1994 asesinaron a un amigo suyo y entonces Carter entró en una depresión profunda, de la cual no pudo salir. Un día detuvo su camioneta en un campo despoblado, pegó con cinta el tubo de escape al interior del carro y se quedó con las puertas cerradas inhalando el monóxido de carbono. Así lo encontraron, intoxicado, ya sin signos vitales.

Más allá del debate moral de si Carter hizo o no lo correcto, creo que en la propia foto hay algo misterioso, una fuerza avasalladora que arrastra al espectador hasta una zona oscura donde tiene que cuestionarse, donde se ve obligado a hacer un examen de conciencia. Y es eso lo que no nos gusta, lo que nos repugna, lo que rechazamos con cierta angustia. Pienso que sí, que

como dijeron algunos teóricos en su momento, todos somos ese hombre llamado Carter.

EL FILO DE LA NAVAJA

Creo profundamente en la peligrosidad de la literatura. Si no hay algo filoso, el libro ingresa en lo acartonado, en la comodidad, en el confort que entretiene pero que no cuestiona, ni revisa, ni se subleva. Y como escritor me angustia que la escritura me haya aislado de ese propósito, me haya recluso en mi estudio durante años y me haya impedido salir a encontrarme con los lectores a crear focos de resistencia civil que se opongan a este delirio general que, poco a poco, va confirmando con mayor claridad nuestra miserable condición humana.

No se trata sólo de contar buenas historias, no. Eso lo puede hacer cualquiera que redacte bien y ya está. Es preciso que el escritor ingrese en realidades inéditas, que ahonde, que penetre y que agudice de tal modo su forma de percibir que los demás podamos, después de leerlo, modificar y reinventar el mundo que nos rodea. Y para eso es preciso que el artista esté enchufado a dimensiones curiosas de lo real, que haya vivido a fondo, que conozca los límites de la euforia, de la desdicha, de la locura, de la bondad y de la entrega. Escribir es un acto de generosidad excesiva y de plenitud delirante, por eso es tan exigente. Y en ese aullido que es un relato o una novela se esconde un cuchillo, una navaja, un machete con el que el lector debe cortarse y sangrar. Y esa sangre nos purifica a todos, nos ayuda a celebrar, nos une en una comunión sagrada.

3. LA IMPORTANCIA DE MORIR

MONSTRUOS

La muerte es el motor de mi obra, el resorte, lo que realmente la impulsa. Pienso una y otra vez en mi transitoriedad, en lo efímero de todo, en la impermanencia de cada idea, de cada afecto, de cada acción. Mis libros no son más que una búsqueda constante por aprehender el tiempo, por dejar constancia para las futuras generaciones de la alucinada época en la que nos tocó vivir. Pero me angustia saberme tan intrascendente, tan poca cosa, tan sin sentido. Y sólo cuando escribo esa desesperación se desvanece, al menos momentáneamente. Luego regresa con toda su fuerza. Como no he tenido hijos, no existe la ilusión de ver la vida prolongándose más allá de sí mismo. Cuando murió mi padre, me quedé en el aire: se supone que en ese momento uno lo reemplaza, es decir, uno es el padre ahora. Pero ¿cómo se llama un hijo al que se le muere su padre (esto es, un hijo que ya no es hijo), y que no desea reemplazarlo (es decir, que él no es padre)? Ya no soy un hijo y tampoco soy un padre. Entonces, en la filigrana biológica que teje el tiempo, ¿qué soy? Y mi única respuesta está en la escritura: soy un individuo que aprendió a reproducirse por otros medios, en otras matrices, en úteros que no son de carne y sangre. Soy un artista que procrea engendros, monstruos, y que espera que esos seres deformes e inmundos (seres del inframundo) lo emparenten con el resto de la humanidad.

ESTE MOMENTO NO EXISTE

Solía quedarme los fines de semana en un pequeño hostel en la parte antigua de Jerusalén. Varios amigos palestinos y extranjeros de otras nacionalidades coincidíamos los viernes en la noche, y por eso nos saludábamos con cierta camaradería y nos gustaba cocinar a veces en grupo, tomarnos unas cervezas, intercambiar opiniones sobre la situación política en la zona.

Una madrugada decidí bajar a la cocina del hostel a buscar algo de agua porque la sed no me dejaba dormir. Dos hombres jóvenes, uno europeo y el otro palestino, hablaban en inglés en voz baja, como si temieran despertar a los demás con su conversación. Me quedé parado en las escaleras. Alcancé a escuchar cómo el palestino decía con su inconfundible acento árabe:

—Este momento no existe. Tú estás muerto, yo estoy muerto. No pienses más en eso.

Me regresé sin llamar su atención. No quería importunar.

A la noche siguiente, los servicios de seguridad israelíes hicieron un allanamiento y nos detuvieron a casi todos mientras confirmaban nuestra identidad, nuestra profesión, nuestro pasado judicial. Ya en la cárcel, el recuerdo de esas breves palabras escuchadas en la oscuridad cobró un sentido siniestro.

JOHN

Aprendí a jugar squash a principios de los años noventa. Me sentí cómodo desde la primera vez que entré a la cancha y golpeé la pelota. Su rapidez, la manera como hay que saberse ubicar en el espacio, el silencio y la concentración que se debe tener, la agilidad de un cuerpo que recorre el vacío más allá del pensamiento, todo eso me produjo una atracción irresistible por este deporte. Y empecé a practicarlo con regularidad, a aprender la técnica, a comprar los zapatos adecuados para evitar lesiones, a ponerme una codera para contrarrestar los dolores en esa zona del brazo después de largos partidos. Primero jugué con las viejas y diminutas raquetas de madera con mango de toalla (son una reliquia hoy en día), luego pasé a las raquetas de aluminio, después a las de microcerámica, más tarde a las de grafito y finalmente a las aerodinámicas y ligeras raquetas de titanio.

Alguna tarde, en uno de los torneos en los que participé en el año 2002, conocí a un profesor joven, de unos veinticinco años, que era diestro, rápido, muy hábil. Se llamaba John Freddy y se destacaba por jugar con movimientos ágiles y felinos, pero sin agredir a su contrincante, sin alardear de su talento, con cierto desparpajo amistoso. Tomé con él un par de clases y fue extraordinario. Tenía, además, un humor irreverente que le permitía burlarse de sí mismo. Me cayó bien, pero después, aunque lo intentamos, no pudimos volver a jugar porque nuestros horarios no cuadraban.

Un año después, en febrero de 2003, lo vi en todos los titulares de prensa del planeta. John Freddy fue el encargado de introducir al Club El Nogal los 200 kilos del explosivo C-4 y amonio que dejó 36 muertos y más de 200 heridos.

BRUCE

Bruce Lee estudió Filosofía en la Universidad de Washington. Cambió la historia de las artes marciales al mezclar técnicas e inventar un nuevo estilo, el jeet kune do. Su perfección en los movimientos, su obsesión por ir más allá de lo posible, por llevar el kung fu al terreno de la energía y no de la forma, lo convirtieron en un artista marcial que hizo del cuerpo pura poesía. Es muy difícil, casi imposible, lograr algo semejante. Entrenaba de ocho a diez horas diarias de lunes a domingo. Corría primero quince kilómetros y luego se encerraba en su gimnasio a practicar, a corregir en el espejo cada movimiento, a buscar la perfección. Leía mucho, intentó unir las formas de pensamiento occidentales con las orientales, a Li Po con Spinoza, y que eso se notara en cada patada, en cada puño, en cada salto. Por eso parecía indestructible, una especie de deidad encarnada, una fuerza sobrenatural que había decidido visitarnos para enseñarnos la potencia de nuestra materialidad física.

Sin embargo, se murió a los treinta y dos años de nada, porque sí, incomprensiblemente. No contrajo ninguna enfermedad grave, no sufrió ningún accidente, nadie disparó contra él. Un buen día le dio un dolor de cabeza, se tomó un analgésico, entró en coma y se murió. Los médicos dijeron que su cuerpo parecía el de un joven de dieciocho años. Absurdo. No había en el planeta entero nadie tan sano, tan atlético, con un cuerpo mejor entrenado. Algunos médicos han hablado del síndrome de la muerte súbita. Una especie de caos general, de cortocircuito, de negación de todo el sistema a seguir funcionando. Una catástrofe repentina en la máquina corporal. Un chiste de mal gusto del azar, una broma de Dios.

MARIONETAS

Christine Chubbuck estudió artes teatrales en su juventud. Luego se vinculó a la televisión y conducía un programa de variedades. Era una mujer solitaria, amargada, triste, que intentaba relacionarse con los demás pero sin lograrlo. Según su madre, no había tenido más que dos citas en toda su vida con hombres y era virgen. Había hecho unas marionetas en su casa y las utilizaba para entretener a unos niños enfermos mentales del Hospital Sarasota Memorial, donde acudía todas las semanas a un trabajo comunitario al que nunca fallaba. Recientemente le habían extirpado un ovario y la depresión empezó a visitarla con cierta frecuencia.

El 15 de julio de 1974 salió al aire y empezó a presentar su programa. El director, Robert Nelson, les había ordenado en el canal esa misma semana que hicieran un programa cautivante, en el que se privilegiaran las noticias de «sangre y entrañas». Después de unos comerciales, Christine apareció de nuevo en la pantalla y dijo con aplomo y seriedad:

—De acuerdo con la política del Canal 40 de brindarles lo último en sangre y entrañas a todo color, están a punto de ver otra primicia: un intento de suicidio.

Enseguida extrajo un revólver calibre 38 que tenía escondido en el bolso, entre sus marionetas, y se pegó un tiro en la cabeza.

EL JEFE

Hay un cuento de Jack London que me marcó para siempre. Una tribu norteamericana está viajando hacia el sur para huir del invierno y establecerse en campos sin nieve y riachuelos no congelados. Van muy lentamente porque el jefe de la tribu se siente enfermo y los está retrasando. El anciano se da cuenta de la situación, llama a su hijo y le da la orden de que lo deje allí, en medio del bosque, y que su deber ahora, como nuevo jefe, es salvar a los demás, a las mujeres y los niños, a los guerreros, a los otros ancianos que todavía están saludables.

—Vete y no mires hacia atrás —le dice con una sangre fría que hace estremecer al hijo.

Su orden se cumple. No obstante, el nuevo jefe no puede evitarlo, se voltea y, agazapado entre unos matorrales, echa un último vistazo. Ve cómo su padre se baja del caballo y lo arrea para que siga a la tribu. El caballo empieza a correr. El viejo se queda solo. Clava los zapatos en la nieve. Los últimos rayos de sol declinan y se insinúa la noche. Los primeros lobos olfatean al viejo, saben que uno se ha quedado rezagado de la manada. Saltan por entre los árboles y sus siluetas dibujan fantasmas amenazantes entre la nieve. El jefe se pone un cuchillo entre los dientes, uno en la mano izquierda y un tercero en la derecha. El primer animal salta sobre él y el viejo lo acuchilla con velocidad. Sale un segundo, y un tercero, y un cuarto, y el viejo da cuchilladas a diestra y siniestra. El hijo se va. La lección ha terminado.

Cerré el libro con un nudo en la garganta. «Hay que morir así —me dije en voz alta—, con el cuchillo entre los dientes».

MANUELA

Eran los años duros de la lucha contra el cartel de Medellín. La familia de Pablo Escobar estaba hospedada en Residencias Tequendama, en Bogotá, mientras esperaba una oportunidad para asilarse en otro país. Por aquel entonces yo iba a la zona húmeda de Residencias Tequendama una vez por semana: un *jacuzzi*, un pequeño baño turco, un sauna. Atendía una mujer alta, rubia y elegante llamada Consuelo (no recuerdo su apellido). La esposa de Escobar, cansada de ese encierro carcelario, solía bajar a esa zona húmeda y pasar un rato entre el *jacuzzi*, hacerse algún masaje, descansar un rato. Por eso al llegar, en el primer piso, cuando pasábamos los controles de seguridad, la vigilancia era excesiva y nos requisaban, nos interrogaban, nos revisaban los documentos de identidad varias veces.

Una tarde la esposa de Escobar, Victoria Henao, bajó con sus dos hijos a descansar y a meterse en el *jacuzzi*. La niña, Manuela, estaba con un libro pequeño entre las manos. Una edición de tapa dura de cuentos infantiles. En algún momento le dije:

—¿No has leído *Tintín*? Búscalos, vale la pena.

La niña se sonrió.

A los pocos días mataron a Escobar. Lo detectaron justamente por una llamada telefónica que les hizo a sus hijos. Su familia se trasladó a Argentina. A veces me pregunto si Manuela habrá memorizado la recomendación; si alguna tarde, curioseando por las librerías de Buenos Aires, se habrá tropezado con las historietas de Hergé y, con esa misma sonrisa de aquella tarde, habrá comprado una o dos, y si las habrá leído.

EL VENDEDOR DE FRUTA

De los detalles que más me conmueven de la vida de Mohamed Bouazizi, el joven tunecino que encendió la revolución en el norte de África, es que siempre quiso estudiar. Soñaba con entrar a la universidad, pero nunca pudo porque la pobreza lo mantuvo desde niño bajo sus garras. Entonces él mismo compraba libros y los leía como podía mientras vendía frutas y verduras, que era el trabajo con el que sostenía a sus hermanitos y a su madre.

Era un joven simpático, bonachón, buen camarada, que cuando veía a alguien sin un centavo no tenía reparos en fiarle unas cuantas legumbres para que pasara el mal rato. Por eso era tan querido por su gente, por sus vecinos, por sus compradores habituales. Le gustaban también los idiomas, y solía practicar algunas palabras de inglés, de francés y de alemán con unos diccionarios que tenía siempre escondidos entre sus verduras y sus frutas. Todos los días debía caminar dos kilómetros con su carro de madera hasta el mercado público, hasta el zoco donde estaba el corazón mercantil de la ciudad.

A lo largo de los años, Mohamed aprendió a aguantar todo tipo de maltrato policial. Día tras día lo persiguieron, lo golpearon, lo acosaron, lo robaron. Sin embargo, con un coraje fuera de serie, él siempre se ponía de pie, no se quejaba, y volvía a las calles a conseguir el sustento para su familia. Difícil hallar una actitud más noble, más loable. De algún modo, desde mucho antes de inmolarse, era considerado ya un símbolo, un hombre del pueblo que resistía todos los días la presión de un destino atroz e implacable.

Un día la policía se extralimitó, le decomisó todas sus pertenencias (incluido su carrito de madera) y le dio una paliza brutal. La agente Fedia Hamdi se ensañó con el cuerpo ya herido de Mohamed, lo escupió y lo humilló verbalmente. Aun así, vuelto pedazos, recién robado y con el cuerpo masacrado, Mohamed se presentó ante las autoridades competentes para hacer el reclamo. Como era un don nadie, le dijeron que estaban ocupados, que mejor viniera otro día.

Entonces Mohamed, en un acto desesperado, más allá de todo límite, y buscando recuperar su dignidad, su honor, su nobleza pateada y mancillada, compró un bidón de gasolina de cinco litros, se paró frente al palacio de Gobierno, se roció los cinco litros y se prendió fuego frente a dos policías que lo miraban aterrados. Las llamas se elevaron rápidamente. Lo trasladaron

durante 74 kilómetros sin oxígeno ni equipo médico adecuado hasta un hospital donde podía recibir la ayuda necesaria, pero cuando llegaron Mohamed era ya un monstruo, un ser de otro mundo, un cuerpo que había decidido no parecerse a los de su especie.

Y fue entonces cuando la gente entendió el mensaje de Mohamed y salió a la calle a dar la batalla por su dignidad, por su libertad, por la decencia perdida. La policía, esa misma que había pateado y robado a Bouazizi, fue incapaz de controlar la ira de la gente. Las protestas se extendieron rápidamente desde Sidi Bouzid hasta Kasserine, Thalía y Menzel Bouzaïene.

El dictador Ben Alí, ya muy asustado por el efecto que había tenido la inmolación de Mohamed, lo visitó en el hospital y prometió llevarlo a Francia para que lo asistieran debidamente. Hay una foto muy famosa en la que se ve a Ben Alí con algunos delegados de su gobierno y el cuerpo médico, todos frente a la cama donde una especie de momia humana vendada y conectada a unos tubos permanece impávida. Esa imagen fue demoledora. Se nota la pequeñez de Ben Alí frente a ese vendedor de fruta, su pusilanimidad, su cobardía. Con su vestido de paño, su corbata elegante y sus lentes a la moda, encarna a esa clase de oportunistas y asesinos que suben al poder a punta de trampas, manejos turbios y amistades peligrosas. Al otro lado, en la cama, está ese hombre humilde que no tenía nada y que lo entregó todo para recuperar su dignidad. La inferioridad de Ben Alí es vulgar, escandalosa. Y eso encendió aún más los ánimos.

A los pocos días, Bouazizi murió. Estalló entonces la Revolución de los Jazmines, que llegó a otros países árabes como Egipto y Libia, y que haría caer a hombres temibles como Mubarak y Gadafi. Mohamed no se había inmolado en vano.

SERGIO

Estábamos terminando el bachillerato en el colegio Refous y solíamos vernos donde la novia de Sergio. Una amiga mía, Nancy, era muy amiga de ellos dos y así terminé conociéndolos e intimando con ellos. Nuestros temas principales eran la literatura y la música. Sergio tocaba el violín y Nancy era una lectora salida de lo común para su edad, una joven precoz que leía desafortadamente de todo. En el colegio nos cruzábamos en los recreos y nos saludábamos, pero nuestra amistad incipiente era en realidad por fuera, cuando nos encontrábamos algún sábado en la tarde y charlábamos un rato.

Me parecía curioso el parecido físico que Sergio y yo teníamos: morenos, de pelo negro y ojos verdes. Él era más reposado y tranquilo, agudo, algo melancólico, mientras yo era impetuoso, terco, callejero. Me caía muy bien y me gustaba estar a su lado porque algo de su equilibrio intelectual se me contagiaba y lograba apaciguar mi adolescencia agresiva y atormentada.

Una tarde, esperando el bus en la avenida 19 con la calle 134, Sergio me preguntó:

—Mario, ¿crees que reencarnamos? Hay gente que dice que eso sucede enseguida, apenas te mueres, que caes en un túnel y que luego, a los pocos segundos, ya estás metido en el nuevo feto.

No recuerdo qué contesté. Supongo que dije que sí y que esboqué alguna idea similar para confirmar lo que Sergio había dicho. Pero no olvidé la pregunta porque me la dijo con una tristeza profunda, como si tuviera la certeza de que algo oscuro se avecinaba, como si esa tarde hubiera vislumbrado las tinieblas que lo esperaban.

Al poco tiempo, Sergio consiguió un revólver y se pegó un tiro. Sentí que mi adolescencia se partía en dos. Nunca más volvería a ser joven. No fui a su entierro. Esa tarde caminé solo, vagabundee de un lado para el otro, me senté en los parques con un vacío que me atravesaba el pecho y que me impedía respirar.

Me pregunto en quién *cayó* Sergio, cómo se llamará ahora, si tocará el violín, si leerá literatura, si tendrá en esa nueva identidad la misma elegancia y bondad que tanto lo caracterizaban.

LA MANSIÓN COLLYER

Los hermanos Collyer estudiaron ambos en la Universidad de Columbia y pertenecían a una familia acaudalada. Heredaron una fortuna y decidieron compartir la mansión familiar en un barrio exclusivo de Nueva York. Homer se fue quedando ciego en forma inexplicable y después un reumatismo crónico lo arrojó a una silla de ruedas. Entonces Langley se dedicó a cuidarlo, a velar por él, a protegerlo. Le daba más de cien naranjas a la semana, convencido de los beneficios de esta fruta para la recuperación de su visión. Y empezó a salir en las horas de la noche a vagabundear por la ciudad y a recoger en esas expediciones todo lo que pudiera arrastrar hasta la mansión: ropa, juguetes, electrodomésticos dañados, envases. Langley se convirtió en una especie de nuevo aventurero de los desechos, en el superhéroe de los objetos destartados e inservibles, en el viajero de las basuras malolientes.

La fortuna se acabó. Langley decidió no volver a pagar impuestos, ni servicios, ni nada. Como era un inventor talentoso, se las ingenió para generar energía, abrió un túnel y robó de las tuberías directamente el agua y el gas. Y continuó llenando los cuatro pisos de la casa de objetos recogidos al azar en sus largas caminatas por la ciudad. Ahora eran dos anacoretas solos contra el mundo, dos soldados rebeldes, dos renegados, dos monjes recluidos en un monasterio atiborrado de papel y plástico. De hecho, los vecinos comenzaron a llamarlos «los hombres fantasma».

Langley esbozó entonces una teoría excéntrica: la teoría de los remplazos. Según esta hipótesis, los hijos sólo tienen la misión de venir a remplazar a su padres, los deportistas remplazan a los viejos deportistas que se retiran, cuando nace un músico otro está muriendo, cuando alguien empieza a escribir poesía es porque un poeta ha decidido ya callar para siempre. No somos más que una larga aventura de reciclaje humano. Langley coleccionaba además todos los periódicos de la época, y los estudiaba y los clasificaba con minucia. Catástrofes naturales, epidemias, accidentes, casamientos, violaciones, enfrentamientos políticos, fechorías, guerras, bautizos, grandes descubrimientos. Hizo unas planillas y creyó dar con la clave de nuestra experiencia en la Tierra, pensó que podía trazar una enciclopedia que resumiera todos los acontecimientos posibles de nuestra especie. Estaba seguro de que Homer, su hermano, un día recuperaría la vista y entonces él

podría explicarle cómo es el mundo, qué es lo que ocurre, cómo sucede, cuáles son sus leyes secretas.

Como personajes de Edgar Allan Poe, Homer y Langley iban quedando atrapados en sus propias alucinaciones, en su propia psicología perturbada. Crearon un mundo de pesadilla con unas reglas estrictas cuyo origen estaba en su propia locura. La realidad, allá afuera, es algo peligroso, dañino, pero también predecible, fácil de anticipar, y por eso mismo es mejor atrincherarse, vigilar y aguardar el momento oportuno para decodificar ese Aleph humano y dar el gran golpe que los llevaría a la cima.

Mientras tanto, afuera, en las calles, corría el rumor de que los hermanos Collyer guardaban una fortuna en la casa, montañas de billetes y de monedas. Aparecieron los primeros merodeadores. Langley se preparó para recibirlos y puso trampas para animales por los cuatro pisos y se armó bien: revólveres, ametralladoras, lanzagranadas. De hecho, misteriosamente, los bomberos encontrarían después vísceras humanas en frascos sellados. ¿Huellas de las cacerías nocturnas de Langley por los cuatro niveles de la casa? ¿Trofeos de pequeños ladronzuelos que terminaron asados por los dos hermanos caníbales? Nunca se aclaró.

En la casa ya no había espacio para desplazarse por ella y Langley debía arrastrarse por entre montañas de periódicos y botellas. Homer pasaba los días enteros en su silla de ruedas, inmóvil. Hasta que un buen día no hubo noticias de ellos, los olores alertaron a los vecinos y llamaron a las autoridades para que entraran a echar un vistazo.

El 21 de marzo de 1947, la policía de Nueva York intentó ingresar en la mansión Collyer y no pudo. Más de cien toneladas de desechos impidieron abrir cualquier puerta o ventana. Tuvieron que taladrar un agujero en la azotea, moverse por entre paredes y paredes de basura, arrastrarse como serpientes, desplazarse como topos, saltar como insectos y andar con mucho cuidado porque por todas partes había trampas de cacería. Seis horas después lograron dar con el primer hermano, Homer, quien había muerto de hambre y de sed sobre su silla de ruedas. Como dependía de su hermano, seguramente pensó que éste lo había abandonado y no pudo salir de la casa porque ésta era un laberinto de desperdicios del que resultaba imposible escapar. Dieciocho días después, el 8 de abril de 1947, hallaron el cadáver de Langley devorado por las ratas. Estaba a escasos metros de Homer y tenía en una mano el plato de comida que le llevaba a su hermano. Langley había accionado una de sus propias trampas sin darse cuenta y murió bajo el peso de una columna de periódicos que se le vino encima.

Los hermanos Collyer son los precursores de un nuevo tiempo, los que anticiparon el advenimiento de esta época insulsa atiborrada de objetos innecesarios. Son los apóstoles de la nueva Edad de las Basuras, la nuestra.

El consumo quedó atrás. Hemos inaugurado un nuevo universo regido por el desperdicio, por los despojos, por las montañas de computadores, por los desechos tóxicos, por los cementerios de automóviles, por la chatarra descompuesta bajo los rayos del sol, por las toneladas de plásticos, por los millones de litros de químicos que matan a millones de peces cada año. Un arte y una literatura verdaderamente contemporáneos no pueden eludir el descubrimiento de estos dos hermanos: el mundo no es más que un basurero. Hoy en día, todos habitamos en la mansión Collyer.

BAREBACK

Inicialmente, este tipo de encuentros se produjo entre la comunidad homosexual masculina de Estados Unidos. Hoy en día se extendió ya a una práctica de homosexuales, heterosexuales y bisexuales. Para organizar una fiesta *bareback* se necesita un «gift giver», es decir, un donante, alguien que va a dar «el regalo», un ser generoso que bendice la reunión con una ofrenda especial: el sida. Los demás son «bug chasers», esto es, «cazadores del virus», adictos al riesgo que necesitan experiencias fuertes o extremas. Y empieza la orgía sin protección alguna, la fiesta donde todos saben que hay un seropositivo entre ellos buscando convertirlos a la nueva religión, a la nueva fe de nuestro tiempo. En los foros de internet donde esta comunidad suele encontrarse previamente, hay mensajes del estilo: «Por favor, señor, conviérteme». O «Cambia mi vida, dame ese regalo».

Lo curioso es que muchos adeptos que han salido contagiados y que luego tienen que iniciar los tratamientos médicos, las largas terapias y la toma de un sinfín de medicamentos retrovirales, han confesado que participaron en reuniones de este estilo porque se sentían muy solos, porque estaban recién mudados a una nueva ciudad y pasaban los días y las semanas y no encontraban con quién conversar, con quién salir a almorzar, con quién compartir una película. Entonces dedujeron que si entraban en una comunidad de seropositivos iban a hallar, por fin, amigos de verdad, gente con la cual compartir asuntos trascendentales.

Serán tales la banalidad de nuestro tiempo y el inmenso vacío que se apodera de nosotros en medio de un aislamiento progresivo y de un consumismo grosero y vulgar, que nos buscamos para matarnos, para darnos un abrazo de verdad, a plenitud, entre la vida y la muerte.

HORNOS

Se construyeron varios en Norte de Santander y en Antioquia. En principio eran para cremar cadáveres y desaparecer todo rastro. Los paramilitares decidieron industrializar la muerte. Después los usaron como método de tortura, pues empezaron a meter gente viva, gente que confesaba lo que fuera y que, de todos modos, terminaba carbonizada entre los fogones. Los testigos afirman que olía a chicharrón y que las chimeneas y los ductos se tapaban con grasa humana. Algunos retenidos murieron de infartos y de *shocks* nerviosos antes de que los quemaran.

Este horror, junto a tantas masacres y crímenes de lesa humanidad, está en el corazón de nuestra identidad colombiana. Si los alemanes deben cargar con la vergüenza de Treblinka o Auschwitz, nosotros debemos cargar ahora en el fondo de nuestra psique con estas imágenes brutales e inenarrables. Y nuestros hijos. Y los hijos de nuestros hijos.

APOLOGÍA DE LA MUERTE SÚBITA

El avión ingresó en una zona de fuertes turbulencias y las azafatas dieron la orden de ajustarnos los cinturones de seguridad y de doblarnos sobre nuestras rodillas. Todo se sacudía, se movía de un lado para el otro, temblaba. La gente empezó a gritar, a suplicar, a rezar en voz alta. Recordé que ya dos veces antes había pasado por esta experiencia. Mi compañera de silla, una señora de unos sesenta años, oraba entre murmullos y noté de reojo que las lágrimas le escurrían por las mejillas. El avión se agitaba, al tiempo que subía y bajaba como un juguete en medio de la tormenta.

Suspiré y mi memoria me trajo a la cabeza la imagen de mi abuelo materno, agobiado por un cáncer de estómago, dando alaridos en su vieja casa de Chapinero para que le trajeran su revólver porque se quería pegar un tiro. Pensé también en mi padre, postrado en una cama durante meses, intentando al final una sobredosis de morfina sin lograrlo. Y me llegó también la escena de ese personaje de London, el indígena norteamericano que se baja de su caballo y se muere entre la nieve enfrentando a los lobos. Me dije: «Sí, qué carajo, una muerte súbita es bienvenida, que se caiga este trasto». Cerré los ojos, sonreí con cierta dicha contenida y me dispuse a aguantar la caída.

Pero no, el piloto logró estabilizar el avión y pudimos pasar la turbulencia sin mayores tropiezos. La gente se abrazaba, se felicitaban unos a otros, hablaban de peregrinaciones al Señor de Monserrate o al Divino Niño. Hubo pasajeros que no dejaron de rezar el resto del trayecto. Yo, la verdad, me sentí algo raro, como si la realidad me hubiera defraudado.

Entonces recordé a mi amigo y colega Carlos Framb, quien una noche decidió ayudar a morir a su madre y de paso decidió morirse él mismo. Lo hizo con yogur y morfina. Su madre murió en calma, dormida, pero el cuerpo de Framb presentó más tolerancia a la morfina y despertó a la mañana siguiente para enfrentar un proceso jurídico e incluso la cárcel. Muchas personas lo tildaron de criminal, de asesino, de despiadado.

También evoqué la figura de Kevorkian, el Doctor Muerte, ayudando a varios enfermos terminales a suicidarse con sus inventos y sus máquinas tanáticas.

Creo que no sólo no estamos preparados para la muerte, sino que no tenemos una educación al respecto. Pensamos que hay que prolongarla a toda costa, a cualquier precio. No estoy tan seguro de que así sea. Si la vida es algo

digno, si es una lucha en la que vale la pena dar lo mejor de sí todos los días, bienvenida sea. Pero si es una situación indigna, sucia, humillante, tortuosa, y no hay marcha atrás, no veo por qué hay que afirmarla. Aferrarse al sufrimiento tiene algo de masoquista, algo patológico, cierta perversidad donde la situación de víctima es ensalzada, celebrada. Hay un comportamiento insano en defender el dolor para sí mismo y para nuestros parientes y amigos más cercanos.

No le temo a morir. Toda la vida he estado acompañado por la muerte, he pensado en ella, he escrito sobre ella, he soñado con ella. Ha sido una compañera permanente y fiel. Les temo a la postración, al dolor inútil, a la indignidad. Por fortuna, siempre nos queda la clínica Dignitas, en Suiza, donde uno puede llegar a pedir ayuda para morir después de atracarse de chocolates Lindt. La otra es irse a un buen hotel con los amigos de toda la vida, celebrar a fondo y reírse del mundo y de sí mismo hasta la saciedad. Y en un colchón de inflar, en la piscina, mientras amanece por última vez, y con la guitarra inconfundible de David Gilmour al fondo, meterse una sobredosis de lo que sea y mandar al quinto infierno todo esto que llamamos realidad.

ROA

Todos sabemos que lo mataron a patadas, a puñetazos, a golpes, arrastrado por la calle, jalado, ahorcado, asfixiado, escupido, linchado. No obstante, muchos episodios de su vida siguen siendo un misterio, incluido el asesinato de Gaitán. Hubo otra gente sospechosa ese mismo día, el 9 de abril, junto a Roa, que dio señales, alertó, incitó después a la multitud para que mataran al mismo Roa. Hombres que se subieron en un carro elegante y que desaparecieron sin dejar rastro.

Lo que siempre me ha inquietado de Roa es su extraña amistad con el mago y quiromántico alemán Johan Umland Gerd, quien lo inició en el rosacruzismo. Roa estaba convencido de que era la reencarnación de alguien que en el pasado había cumplido un papel importante en la historia de la humanidad. De hecho, se inscribió en una sociedad de rosacruces de San José (California), y quedó fichado como Juan Roa 81816-S.

Su signo astrológico era escorpión y él creía que eso marcaría su vida definitivamente. El mago Umland le leyó la mano varias veces y procuró estimularlo para que buscara un destino acorde con sus propias expectativas. La pregunta es: ¿quién, en la sombra, se aprovechó de Roa, de su ingenuidad mística, le puso un revólver en las manos y lo lanzó al abismo? ¿Quiénes eran esos hombres de abrigo negro que luego se subieron en sus carros elegantes y lo dejaron en manos de la multitud enfurecida? La libreta militar de Roa era de segunda categoría, lo cual implica que no prestó servicio militar y que no recibió instrucción sobre ningún tipo de armamento. Tampoco se sabe que por su cuenta hubiera jamás empuñado un arma. Entonces, ¿quién se metió en su mente y lo condujo hasta el crimen? ¿Por qué no se investigó a fondo al mago y a los líderes rosacruces que lo adoptaron? ¿Quién le prometió que reencarnaría en otro ser extraordinario, bendito y con un destino esplendoroso? Y parece mentira que nuestra violencia esté demarcada por un episodio tan oscuro y sobrenatural.

UN MARAVILLOSO ANCIANO GRINGO

Había sido un guerrero de verdad, un soldado valiente y decidido. Luego se ganó la vida en el periodismo y escribió unos textos literarios sombríos y fantasmagóricos. Pero el tiempo fue pasando e hizo estragos. Se separó de su mujer por una sospecha de infidelidad, sus hijos se perdieron en el camino y él se quedó completamente solo. Los achaques lo obligaron a andar a medias, a sufrir de dolores de espalda, a dormir con un ojo cerrado y el otro abierto. Se dijo que la vejez no era para él. Pensó en suicidarse, pero le pareció un acto melodramático que no encajaba con su personalidad.

Se largó entonces hacia el sur y en diciembre de 1913 cruzó la frontera hacia México, que estaba en medio del fragor de la revolución. El viejo, que se unió al ejército de Pancho Villa, llegó hasta Chihuahua y ahí se perdió su rastro. Su biografía dice «desaparecido», como si se hubiera convertido en uno de sus personajes.

Pero como él mismo lo escribió en una carta del 1.º de octubre de 1913, su viaje en busca de la Revolución mexicana era en realidad una eutanasia. Varios documentos indican que a Ambrose Bierce lo fusilaron en 1914, en un pequeño pueblo mexicano.

Siempre me he imaginado a ese anciano, que sólo chapuceaba algunas palabras en español, encorvado, enfermo, sin bañarse, frente al paredón esperando el fusilamiento. Feliz, radiante, con una sonrisa traviesa de lado a lado. Eso era lo que quería, lo que había soñado durante el último tiempo: morir de pie, a bala, mirando el cielo, retando el destino, imponiendo su libertad. Hombres así no deben morir en camas de hospital.

LA IMPORTANCIA DE MORIR

Los seres humanos morimos muchas veces. Hay personas que no entienden esto, y se aferran a su cadáver, lo cargan, le dan primeros auxilios a lo largo de los años, lo embalsaman. Creo que es un error. Hay que dejarse morir tranquilamente. Es la única forma de renacer, de resucitar convertido en otro. A veces, otra identidad ha estado agazapada en la sombra y al fin le llega el momento de nacer, de salir a la luz. No podemos seguir manteniéndola en la trastienda mientras nuestro yo de siempre se lleva todos los laureles. A esa sombra encadenada le llega tarde o temprano el momento de salir a flote, de presentarse. Y suele hacerlo a las malas, es cierto, pero quizás no encuentra otra manera de escaparse sino matando a su guardián. No hay que lamentar nada, ni defender a esa persona que hemos sido hasta entonces. Hay que morir y punto, hay que abandonarse, hay que hacerse a un lado, no evocarse, no sentir nostalgia, no ponerse a resucitar un cadáver que ya está putrefacto e inmundo. Lo que hay que hacer es celebrar el nacimiento de ese otro y, por muy duro que sea, despedirnos y enterrar al que hemos sido del mejor modo posible. Al fin y al cabo, no hay parto sin angustia y sin dolor.

ME HE TRANSFORMADO EN LA MUERTE

Hay que ver la cara de Robert Oppenheimer, el director del Proyecto Manhattan, el encargado de construir la bomba atómica, cuando citó esta frase del Bhagavad-Gita al borde de las lágrimas: «Me he transformado en la muerte». Lo estaban grabando en un video que se puede consultar fácilmente. Su expresión es la de alguien que ha perdido toda humanidad. Se le notan las noches de insomnio, la ruina moral, la culpa. Cada vez que pienso en la muerte pienso en el rostro de Oppenheimer con la guadaña en la mano.

LA ÚLTIMA CENA

Me gustaría que alguien se pusiera en contacto con Space Adventures o con Zero G, las dos empresas más importantes de viajes espaciales. Arreglado el asunto (es decir, cancelados los 200.000 dólares que cuesta el paquete turístico interestelar), preferiría viajar en la Enterprise, por aquello de la nostalgia adolescente. Su diseño es magnífico. Si pudiera elegir, me gustaría despegar de Cabo Cañaveral, en Florida. Cuando la nave esté en ese punto en el que se ve América completa, desde Alaska hasta la Patagonia, descorchar una botella de buen vino tinto, calentar una lasaña boloñesa hecha por alguna abuela italiana, sacar un poco de pan con ajo, y hacer un picnic cósmico con Ray Bradbury al frente. Hablar de Orión, de Sirio, de Betelgeuse, de *Crónicas marcianas*, y morirme mirando por la ventana. Eso es.

4. DIMENSIONES DESCONOCIDAS

INSTRUCCIONES PARA CREAR UN ZOMBI

En la tradición oral haitiana, los zombis son personajes protagónicos que forzaron a los estudiosos a investigar a fondo para descubrir su origen. Son individuos a los que obligaron a morir de alguna manera, que los resucitaron y que quedaron después sin voluntad, como esclavos a merced de un amo que los gobierna a su antojo. Dicho así parecería una locura, un disparate. Y no lo es.

En varios trabajos de etnobotánicos (entre ellos el del canadiense Wade Davis) se ha confirmado que la tetrodotoxina (TTX) genera una muerte aparente, con todas las funciones del cuerpo detenidas, y que ese estado es posible prolongarlo por varios días. Esta toxina se encuentra en el pez globo, una especie muy común en el Caribe y en el Japón. Y la segunda sustancia, la que deja al sujeto sin voluntad, dominado, bajo control, es la datura o el estramonio, un narcótico muy potente que, curiosamente, también usaban las brujas medievales para suspender la conciencia. Es un hipnótico que deja al individuo fuera de sí mismo, pero vivo, hablando, comiendo, caminando. Para los colombianos no es ninguna rareza hablar de individuos hipnotizados que obedecen órdenes, porque la burundunga o escopolamina se utiliza en nuestro país como una droga para delinquir. Bien, la burundanga proviene de la *Datura arbórea*, que en dosis pequeñas deja a la persona suspendida en un limbo psíquico y que después produce amnesia. La víctima no recuerda nada de lo que le sucedió.

Así que el proceso era complejo, pero no imposible: primero suministrarle al hombre o a la mujer una dosis de TTX extraída del pez globo y esperar a que la familia enterrara al supuesto cadáver. Luego ir al cementerio, extraer el cuerpo y llevarlo al lugar donde uno quería crear el zombi. Cuando volviera del efecto e intentara despertar, había que darle entonces la dosis de datura necesaria para anularle la voluntad y ponerlo a trabajar, o someter a la mujer a una esclavitud sexual perpetua. Cada tanto, en la comida, era necesario repetir las dosis para evitar sorpresas. Y ya. Así se crean los zombis. Por eso, cuando nos muramos, es preciso que nos cremen, o en caso de entierro, hay que dejar una cláusula en la que exigimos que nos decapiten. Por si acaso.

EL PROFETA DURMIENTE

El calificativo se lo ganó Edgar Cayce en 1901 porque de una manera inexplicable perdió la voz y empezó a «dormir» para sanarse. Los primeros exámenes médicos salieron normales y no se supo por qué Cayce, un hombre modesto y tranquilo, no podía hablar. Un año después, cansado ya de no saber qué era lo que le estaba sucediendo, decidió visitar a un hipnotizador. Y la sorpresa fue total. Cayce se curó él mismo, pero lo más asombroso de esa sesión —que sería el comienzo de muchas más— fue que se conectó con una especie de sabiduría ancestral, de inconsciente colectivo histórico donde estaba acumulado un conocimiento que se desplazaba en el tiempo hacia atrás y hacia adelante, hacia el pasado y hacia el futuro. Cayce habló de la Atlántida pero también habló del futuro: dijo que buena parte de Japón se hundiría en el mar y que Nueva York desaparecería, anticipó sucesos de la segunda guerra mundial, predijo inundaciones para buena parte de Estados Unidos y terremotos que cambiarían el mapa del planeta.

Pero Cayce no fue sólo un vidente. Lo que más me gusta de su biografía es que decidió hipnotizarse miles de veces para ayudar a otros. Se volvió un sanador, un chamán, literalmente. Entraba en trance y le decía al paciente qué tenía, cómo curarse, de qué modo debía cambiar su vida para fortalecerse. Siempre conectado a esos universos paralelos de donde extraía la información, curó a miles de pacientes y aconsejó a otros para enaltecer su vida y rescatarlos de la depresión, de la locura o del suicidio. Con su aspecto de funcionario de clase media norteamericano, calvo y con lentes, entraba en trance y empezaba a hablar como si alguien le dictara los diagnósticos a través de ese sueño inducido. Decía que él sólo leía, interpretaba y transmitía las curas al paciente. Por eso llamó *readings* (lecturas) a sus sesiones, como si se tratara de recitales de poesía. Y bueno, pensándolo bien, eso eran, poesía oral pura, poesía automática gestada en lo más profundo de un inconsciente colectivo que al día de hoy continúa siendo todo un misterio.

TERESA NEELE

Agatha Christie, la célebre escritora de novelas policíacas y de misterio, desapareció en 1926 por cerca de dos semanas. Se subió a su carro, que luego hallarían en un paraje desolado, y no dejó rastros de ninguna clase. La policía investigó al marido como posible sospechoso, siguió innumerables pistas en vano, vigiló a individuos que tenían antecedentes penales, pero nada, la escritora no daba señales de vida. Tampoco aparecían pruebas de un asesinato o de un suicidio. Las hipótesis no se hicieron esperar: que el esposo la tenía amarrada y prisionera en algún escondite subterráneo, que la escritora se había autosecuestrado como una forma de promocionar aún más su literatura, que un asesino serial andaba suelto y al acecho. Hasta el escritor Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes, se puso al frente del caso y prometió solucionar el enigma.

Varios días después, un hombre dio la voz de alarma y aseguró que la escritora estaba viviendo en un hotel de otra ciudad. Las autoridades se lanzaron de inmediato hacia el lugar y, en efecto, la encontraron convertida en otra mujer, Teresa Neele. Lo raro era que no recordaba nada, ni que era Agatha Christie, ni que estaba desaparecida, ni que era una escritora famosa. Estaba amnésica y fue recobrando la memoria poco a poco en los días siguientes.

La explicación más convincente la dio el escritor Andrew Norman, quien dijo que la Christie sufrió lo que se llama un «estado de fuga». Según el manual médico Merck, un estado de fuga es «uno o más episodios de amnesia en el que la incapacidad de recordar algunos o todos los eventos pasados, y también la pérdida de identidad o la formación de una nueva identidad, ocurren cuando de repente e inesperadamente se viaja con un propósito fuera de casa».

¿Qué diablos es esto? ¿Por qué los neurólogos y los psiquiatras no dictan conferencias al respecto para la población en general y nos alertan sobre los riesgos que corremos cuando emprendemos un viaje? ¿Será por esto por lo que los nómadas son tan mal vistos, porque no tienen casa? ¿Está la casa ligada a la identidad? ¿Son peligrosos los viajes? ¿Soñamos con viajar precisamente porque estamos aburridos, hartos, hasta la coronilla de ser nosotros mismos? ¿Viajar es un sinónimo de ser otro? ¿Es ese, realmente, el objetivo de los viajes: dejar la identidad atrás y convertirnos en otros? ¿Y de

dónde sale ese otro que de repente se apodera de nuestro cerebro y comienza a llevar una nueva vida en nuestro cuerpo? ¿De dónde salió Teresa Neele? ¿Era escritora también, le gustaba la literatura, leía novelas de misterio o policíacas? ¿Leía las novelas de Agatha Christie?

Nadie sabe qué hizo Teresa Neele durante esas dos semanas, si tuvo amantes, si mató a alguien, si bebió licor hasta quedar inconsciente en algún antro de mala muerte, si se prostituyó, si donó dinero, si fue a la iglesia a orar o si se la pasó encerrada en su cuarto mirando el techo, sin saber muy bien quién era y cómo había llegado allí. Lo cierto es que el mayor misterio de Agatha Christie fue esta extraña mujer que se apoderó de su vida por dos semanas y que la condujo hasta un hotel remoto quién sabe para qué y con qué propósitos.

MARÍA ORSIC

Perteneció a las famosas sociedades de Thule y de Vril, organizaciones secretas dedicadas al ocultismo en la Alemania de comienzos del siglo pasado, cuando el nacionalsocialismo empezaba el auge que lo llevaría a la aventura nazi de la segunda guerra mundial. María era una médium que gozaba de prestigio y respetabilidad entre varios de los miembros de estas sociedades.

A mediados de los años veinte, María entró en trance y un ser de otra dimensión habló por su boca. Dijo que pertenecía a los sumi, una raza humanoide que colonizó la Tierra hace 500 millones de años. El mensaje provenía de uno de los sumi, que viven en Aldebarán, a 65,1 años luz, en la constelación de Tauro. María escribió también en esa sesión unos caracteres en una lengua antigua muy extraña: el sumerio, lengua de los babilonios. En esos caracteres, el individuo de Aldebarán, por medio del trance de María Orsic, dio instrucciones para construir una nave interdimensional, un aparato capaz de viajar a través de la telaraña cósmica.

Años después, Rudolf Hess asistió a unas de las sesiones de María Orsic y quedó estupefacto con lo que oyó y vio. En diciembre de 1943 arrancó, con patrocinio nazi, el Proyecto Aldebarán: la construcción del artefacto que pondría en contacto a los sumi con los terrícolas. El 22 de enero de 1944 Hitler y Himmler discutieron acerca de este proyecto. La nave se llamaba Vril 7 y se desplazaría a lo largo de un canal interdimensional hasta la constelación de Tauro. No se supo nada más.

El 11 de marzo de 1945, cuando ya la guerra estaba completamente perdida para los alemanes, se difundió en la Sociedad de Vril el último mensaje de María Orsic, reportada luego como desaparecida. Decía así: «No hay nadie aquí».

Muchos adeptos aseguran que la nave despegó, en efecto, y que María iba en ella. Durante años me ha fascinado este mensaje, estas últimas palabras antes de desaparecer para siempre. Me da igual si estaba en el Magreb, en un desierto en Bolivia o en Aldebarán. Lo cierto es que al final de su vida, cuando decidió desaparecerse, ingresó en una zona de la realidad donde no había nadie más, donde estaba completamente sola. ¿No es ese, acaso, el destino de un médium y también el de un artista: hallar nuevos mundos? ¿A dónde llegó María?, ¿cómo fue su vida de allí en adelante?, ¿cómo murió?

¿Vagabundeó durante un tiempo —que no sabemos cuál es— por Aldebarán hasta hallar a los sumi y entablar con ellos una amistad cósmica? ¿Aterrizó en el Sahara y murió carbonizada, deshidratada, enloquecida de sed y de calor? ¿Llegó el Vril 7 a los desiertos bolivianos y se perdió durante días enteros hasta que el hambre y el clima le fueron diezmando las fuerzas y la mataron finalmente? Ni idea. Y en esa falta de respuestas radica su misterio. Desaparecida me parece una palabra extraordinaria para una médium. Y lo tomo como una lección. No deberíamos morir. Deberíamos desaparecernos.

EL HOMBRE DE LA CALLE

Emmanuel Swedenborg fue una de las mentes más brillantes que hubo en su tiempo: los siglos XVII y XVIII. Heredero directo del Renacimiento, este pensador sueco fue astrónomo, filósofo, matemático, teólogo, cosmólogo, maquinista, carpintero y gran viajero, entre muchos otros oficios. Trazó los planos de un posible avión y de un submarino. Era un tipo salido de lo normal, un científico de primera.

Cuando ya tenía cincuenta y seis años y su prestigio se esparcía por toda la Europa de su época, un día estaba trabajando en su estudio y desde una ventana vio a un hombre caminando frente a su casa. La figura de ese desconocido lo intrigó, su estampa, su mirada, su rostro. El hombre llegó justo frente a su puerta y golpeó. Swedenborg le abrió él mismo y lo invitó a pasar. El extraño se presentó: era Jesús, y le dijo a Swedenborg que estaba muy preocupado por el destino de la Iglesia, por el rumbo que ésta ha tomado. Ambos bebieron té y dialogaron durante horas. El misterioso individuo le dijo que él, Swedenborg, era el indicado para comunicarle a la humanidad un mensaje de paz, de esperanza y de renovación espiritual. Luego se marchó y el científico no lo volvió a ver jamás. Desde ese momento la obra de Swedenborg cambió por completo y escribió como lo que ya era, un místico.

Los textos de este intelectual sueco influirán notablemente sobre la literatura de su época y la que vino después, y son claves para entender el romanticismo y el surrealismo, por ejemplo. Sin embargo, más allá de la cuestión académica, me intriga sobremanera ese hombre que golpeó a la puerta y que dijo ser Jesús. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Era un mensajero, lo que los escritores llamamos «un visitante», es decir, alguien que llega para indicarnos por dónde debe coger la obra? ¿Era Jesús y esa tarde decidió tomarse un té con uno de los más connotados científicos de entonces? Es un misterio, por supuesto. Y siempre será maravilloso que un artista trabaje bajo el dominio de lo desconocido.

LAS PUERTAS

A los dieciséis años, Aldous Huxley sufrió una enfermedad que lo atacó en forma inesperada: *Queratitis punctata*. Una infección que afecta la córnea y que en principio lo alejó de los objetos, de las cosas, pues le puso entre la materia y él una especie de niebla que impedía la transparencia del aire. Los elementos que componen el mundo quedaron allá, detrás de una neblina espesa. Huxley se volvió también fotofóbico y empezó a buscar las sombras, los lugares oscuros y sin luz. Era un adolescente flacuchento y brillante que acostumbraba quedarse horas enteras en los rincones más apartados y que en la noche no encendía las luces y permanecía así, como un animal nocturno entrenado en cómo desplazarse en medio de las tinieblas. Esta ceguera le duró un año y medio. Él, en lugar de amilanarse y deprimirse, se puso a estudiar braille y aprendió a leer y a escribir en el lenguaje de los ciegos. Provenía de una familia de científicos y humanistas sobresalientes, y su fuerza de voluntad y sus ganas de seguir instruyéndose se impusieron sobre la enfermedad.

Huxley iba a ser médico, pero después de la ceguera prefirió estudiar literatura. Estoy seguro de que su particular forma de percibir, sus ensayos sobre el efecto de los alucinógenos en los sentidos y sus textos literarios tienen un origen profundo en ese año y medio en que estuvo ciego. Imagino a ese adolescente a tientas por toda su casa, pasando las manos por cada candelabro, acariciando la madera de las escaleras, palpando los cubiertos antes de comer, oliendo las sábanas en la noche antes de dormir y el aroma de la madrugada entrando por su ventana en el verano, y en esos meses su cuerpo se multiplicó, se abrió, se ensanchó de una manera mágica, muy particular, y comprendió que era posible apropiarse del mundo por otros conductos. Sus ensayos posteriores, e incluso sus teorías en las que intenta unir la ciencia y la literatura, tienen su origen en ese muchacho ciego que iba de un lado para el otro con los ojos cerrados.

Hay una enseñanza en esta experiencia de Huxley de la que deberíamos tomar nota todos. Los que tenemos ojos nunca vemos nada. Nos especializamos en cierta información práctica y eso nos impide ahondar, precisar, percibir de verdad los objetos y los fenómenos que nos rodean. Aprender el universo del que formamos parte es un proceso religioso (*religare*) por medio del cual entendemos la infinitud y la eternidad de cada partícula, de cada sustancia, de cada átomo que compone la materia y la

energía. Y eso no se logra con los ojos de la rutina y la costumbre. Hay que decodificar los sentidos para poder percibir de verdad. Hay que dejar de ver para Ver.

Esto fue lo que comprendió Jim Morrison cuando leyó *Las puertas de la percepción* y por eso bautizó su grupo de *rock* con ese nombre maravilloso: The Doors. El chamán Morrison se conectaba así con el joven ciego Huxley y entre ambos nos dejaban a los otros, a los que vendríamos, la hoja de ruta para penetrar en nuestras propias alucinaciones.

El 22 de noviembre de 1963 mataron a Kennedy y todos los medios de comunicación del planeta se concentraron en ese suceso. Ese mismo día murió Huxley. Mientras empezaban las especulaciones sobre quién o quiénes habían ordenado asesinar al presidente de Estados Unidos, alguien, en voz muy queda, se arrodilló junto al cadáver de Huxley y, siguiendo sus propias instrucciones, le recitó al oído *El libro tibetano de los muertos*.

LA AURORA DORADA

Esta sociedad secreta, que unió varias de las grandes tradiciones ocultistas tanto occidentales como orientales, ha tenido en sus filas a intelectuales, científicos y artistas de gran renombre. La lista es larga y sorprendente. Pero más allá de revisar quiénes pertenecieron a la Golden Dawn (Aurora Dorada) y por qué, lo que llama la atención es que parece que siempre, detrás de todo conocimiento, hay una revelación, un impacto, una reubicación de las fuerzas internas. En nuestro tiempo hemos perdido algo muy valioso que sí practicaron los antiguos: estudiar el universo, las ciencias, la psicología, las artes, la política, la filosofía, es un procedimiento iniciático, esto es, un proceso mediante el cual nos inician en un misterio. Creemos que conocemos o que sabemos algo gracias a la razón. Sin duda, no le vamos a quitar a la razón su prestigio y su potencia. Pero hemos olvidado ese otro componente que para nuestros antepasados era fundamental: debajo de la razón, más adentro de la razón, hundiéndose en la geología cerebral, en estructuras psíquicas primitivas y ancestrales, el conocimiento del mundo y de nosotros mismos nos lanza a una aventura en la que cruzamos distintos arcanos que nos indican nuestro destino, el verdadero sentido de nuestro paso por este mundo. Y ese descubrimiento está más cerca de la epifanía que de argumentos o de hipótesis verificables.

EL MÁS ALLÁ

El psicólogo norteamericano Allan Botkin ha trabajado buena parte de su vida con veteranos de guerra en un hospital en Chicago. Un día, a mediados de los años noventa, estaba en consulta con un veterano de la guerra de Vietnam apodado Sam. Este soldado, cuando estaba joven, había protegido a una niña vietnamita de unos diez años llamada Le, una chiquita huérfana que se apegó a él como su única compañía y su única esperanza en el mundo. Sam, ya a punto de terminar con su servicio militar en Vietnam, había planeado todo para adoptar a Le y llevársela a Estados Unidos. Sin embargo, en un ataque sorpresa, mataron a Le en sus propias narices sin que él pudiera salvarla. Desde entonces, la culpa y la depresión le hicieron trizas su vida y no le permitían rehacerse, salir adelante, superar el dolor y el duelo de esa experiencia en Vietnam.

En la terapia, Botkin le da una orden a Sam para que mueva los ojos de lado a lado e intenta que el antiguo soldado se conecte con sus emociones más inconscientes. Y se lleva una sorpresa. Sam entra en un estado parecido a la hipnosis e ingresa en una realidad paralela, donde ve a Le convertida ya en una mujer que lo saluda sonriente. La niña, ahora adulta y radiante, le da las gracias por haberla protegido durante la guerra, por haberla querido de un modo tan honesto y genuino, y le dice que deje de culparse, que el ataque no fue su culpa y que ella ahora está bien y tranquila. Botkin cree que el veterano de guerra se ha enloquecido y que no puede ya diferenciar la realidad de la alucinación, pero le parece increíble la sanación, la paz que ahora lo inunda, y decide entonces seguir experimentando en esta línea. «Por qué no», se dice, mientras intenta romper todos sus prejuicios académicos.

De allí en adelante empieza a surgir lo que más tarde se conocerá, en la corriente de las terapias alternativas, como «contacto inducido con el más allá». El segundo paciente de Botkin es Gary, un hombre al que se le había muerto su hija en sus propios brazos en un hospital, y que no quería perder el tiempo con doctrinas pseudoesotéricas que a él le parecían poco serias. No obstante, pese a ser ateo y un materialista convencido, decidió probar en medio de su escepticismo. En la primera sesión su hija apareció jugando en un jardín, sonriente, bañada por los rayos del sol. Estaba sana, podía correr y de inmediato se le lanzó a los brazos y le dijo cuánto lo quería. Gary despertó de esa sesión llorando de felicidad. En una segunda «hipnosis» su hija Julie le

dijo que no se afanara, que ella estaba bien y que seguirían en contacto ocasional en el futuro. Gary escribiría más tarde que no fueron alucinaciones, sino viajes a una realidad extraña, desconocida, y que las personas no morimos, sino que cambiamos de estado, que seguimos nuestro tránsito en otros universos paralelos.

De esta manera, Botkin ha sanado a varios veteranos de la segunda guerra mundial, de Corea, de Vietnam, así como a jóvenes que llegan destruidos de los conflictos de Afganistán e Irak. La discusión sobre si hay vida o no más allá de la muerte me parece trivial. Es lo de menos. Lo magnífico, lo sorprendente, es que nuestro cerebro tenga la posibilidad de cambiar de realidad en cualquier momento, y que lo haga precisamente cuando más lo necesitamos para sanarnos y salvarnos de nosotros mismos.

EL PENSAMIENTO SE HACE CUERPO

Hacia 1937, Antonin Artaud se ingenió una extraña forma de leer el tarot, una serie de combinaciones e interpretaciones curiosas, poderosas, penetrantes, muy inquietantes. Al poco tiempo, lo deportaron de Irlanda a Francia por sobrepasar los límites de la marginalidad. Así decía el informe policial: por sobrepasar los límites de la marginalidad...

Y lo recluían entonces en una clínica psiquiátrica durante años, sometido a terapia de electroshock, uno de los peores tormentos que se pueden infligir a un individuo. Mientras afuera estallaba la segunda guerra mundial y Occidente se venía abajo, este hombre permanecería en un sanatorio viendo desde su cuarto, desde su celda, una realidad difusa que ya no le decía mucho... Había tenido un trabajo insuperable, el mejor del mundo: director de la oficina de investigaciones surrealistas. Había estado entre los tarahumaras en México, enchufado a otro universo, a otros códigos, a otras formas de percepción. Pero la lejanía alcanzada tenía un precio, y ese precio sería excesivo.

Lo sorprendente es que, de algún modo, toda esa hondura que Artaud conquistó se hizo rostro... Los rasgos finos y delicados de su juventud dieron paso a unos ojos de pájaro, a una nariz de berenjena, a una boca y una melena de bruja de cuento infantil, a unas manos de murciélago. Hay personas que llevan sus decisiones radicales en los ojos, en su sonrisa, en su gestualidad...

Que los dioses nos ayuden a elegir así, no con la medida, sino con el cuerpo, con la materia entera que nos compone, con nuestro delirio, con toda nuestra locura...

MATEMÁTICAS Y DIOSSES

Ramanujan era muy humilde, se vestía mal, sufría de los pulmones y a veces andaba por la calle ensimismado y sin afeitarse. Había nacido en la India de finales del siglo XIX, por lo que creció bajo el dominio inglés. Estudió en una escuela cualquiera y, sin embargo, muy pronto quedó claro que su cerebro no se comportaba como los de sus compañeros: cuando era todavía un niño realizaba procedimientos matemáticos sorprendentes y sus maestros no comprendían lo que él explicaba como si se tratara de un juego. Aprendió por su cuenta y recién pasados los veinte años de edad le escribió a Cambridge a un matemático inglés pidiéndole consejo. Su carta demuestra su nobleza de carácter y su honestidad a toda prueba:

Apreciado señor:

Me permito presentarme a usted como un oficinista del departamento de cuentas del Port Trust Office de Madrás, con un salario de veinte libras anuales solamente. Tengo cerca de veintitrés años de edad. No he recibido educación universitaria, pero he seguido los cursos de la escuela ordinaria. Una vez dejada la escuela, he empleado el tiempo libre de que disponía para trabajar en matemáticas. No he pasado por el proceso regular convencional que se sigue en un curso universitario, pero estoy siguiendo una trayectoria propia. He hecho un estudio detallado de las series divergentes en general y los resultados a que he llegado son calificados como «sorprendentes» por los matemáticos locales...

Yo querría pedirle que repasara los trabajos aquí incluidos. Si usted se convence de que hay alguna cosa de valor me gustaría publicar mis teoremas, ya que soy pobre. No he presentado los cálculos reales ni las expresiones que he adoptado, pero he indicado el proceso que sigo. Debido a mi poca experiencia tendría en gran estima cualquier consejo que usted me diera. Pido que me excuse por las molestias que ocasiono.

Quedo, apreciado señor, a su entera disposición.

S. Ramanujan

El matemático, de apellido Hardy, quedó asombrado cuando leyó las notas y las ecuaciones que venían a continuación. Era evidente que se trataba de un genio, de una mentalidad salida de lo normal.

Ramanujan estuvo en Londres unos pocos años y deslumbró a los científicos de la época. Aún hoy se discuten varias de sus proposiciones y sus teoremas. Dan la sensación, por momentos, de que están conectados con una especie de suprarrealidad, de dimensión cósmica, y por eso es uno de los matemáticos que más se citan ahora en la famosa teoría de las cuerdas.

Lamentablemente, Ramanujan murió muy joven, a los treinta y dos años. Y lo más curioso, lo que no se ha podido descifrar, es que aseguró siempre

que él no era un tipo muy inteligente, que no era genial ni nada por el estilo. Que era un devoto y seguidor de la diosa Namagiri, quien lo visitaba en sueños y le dictaba todas las ecuaciones. Esta diosa empezó a presentársele desde niño y lo acompañó a lo largo de su vida. Cuando Ramanujan estaba muy asediado por algún problema matemático, lo que hacía era descansar e irse a dormir. Y entonces, después de una siesta o de una buena noche de sueño, se levantaba y escribía las resoluciones sin pestañear.

Para los científicos, semejante explicación es completamente incomprensible. Para un artista no tanto. ¿Cuántas veces no sentimos los poetas y los narradores que nada proviene de nosotros mismos, de nuestra individualidad, sino que nos dictan, que alguien nos utiliza como médiums para componer los libros que escribimos? Es más, al final uno ve los libros propios en la biblioteca y no se enorgullece de ellos porque allá, en el fondo de sí mismo, sabe que *eso* no tiene nada que ver con uno, que es de otros. Vanagloriarse de un trabajo ajeno tiene algo de ruin y miserable.

BLUES

En 1970, Ann McCartney tenía treinta y cinco años y trabajaba como profesora en la Universidad de Columbia. Su novio la dejó en un momento clave, cuando la relación prometía encaminarse hacia un compromiso serio y, muy posiblemente, un matrimonio. Ann entró entonces en una crisis aguda, se deprimió hasta el punto de no querer salir de su casa durante días y al final tuvo una especie de brote psicótico y quedó amnésica. La llevaron al hospital de Long Island, donde los médicos le dieron un sedante para tranquilizarla y relajarla. Ann se durmió profundamente.

A la mañana siguiente, cuando uno de los doctores la estaba visitando, ella se despertó y empezó a cantar un *bines* profundo, una canción melancólica de esas que solían entonar los esclavos en las plantaciones y en los puertos donde trabajaban como estibadores. El médico no entendía qué estaba pasando. La mujer aseguró que se llamaba Joan Digdy y siguió cantando como si nada. Le dijeron que por favor se callara, que estaba en un hospital y que no era prudente despertar a los otros pacientes. Ella se enfureció e insultó al médico y a las enfermeras con palabras soeces que no se correspondían con la educación de una profesora de la Universidad de Columbia. Cuando la nueva presencia se levantó y se miró en el espejo, quedó aterrada, pegó un grito de espanto y se desmayó.

El médico quedó muy impactado con este suceso. Investigó en los archivos de la ciudad y, en efecto, encontró a una prostituta llamada Joan Digdy que había muerto atropellada en junio de 1935, cuando acababa de cumplir los veinticuatro años de edad. Joan solía trabajar las calles de Manhattan y varias veces la habían detenido y fichado por prostitución. Un auto a altas horas de la noche la había dejado tirada sin vida sobre el asfalto. Lo curioso del hecho es que la profesora Ann McCartney había nacido justo ese mismo día, unos minutos después de la muerte de la joven callejera.

Muchas veces me he preguntado si reencarnaré después de esta vida, si pasaré a otro cuerpo, si otra existencia me está esperando después de ésta. Y entonces me imagino si ese o esa joven que seré abrirá algún día un libro mío, si leerá a Mario Mendoza y si sentirá en esa lectura algo familiar, algo que le corresponde, algo que, perdido en el tiempo y en la profundidad misteriosa de su psique, es suyo. ¿Cómo hago para comunicarme con ese lector o esa lectora que seré después de muerto? Y entonces se me ocurre que debo dejarle

un mensaje, una clave, un párrafo que le sirva de espejo. Bien, ¿por qué no hacerlo justo en este texto, aquí y ahora?

Soy Mario Mendoza, tu antigua presencia, y si te persiguen personajes alucinados, extraviados, delirantes, marginales, déjalos pasar, no te obsesiones con ellos. Son los personajes de mis libros, que cruzan el tiempo para llegar hasta ti. Ya están escritos, ya existen en alguna de las múltiples dimensiones que crea la escritura. Ignóralos, sigue derecho, no mires hacia atrás. Y tampoco te detengas en el escritor, en mí. No vale la pena. Yo sólo cumplí órdenes. La obra ya está ahí, ya forma parte de la Biblioteca. Dedícate más bien a vivir una nueva existencia plena y dichosa. Te deseo lo mejor. Que me olvides será un enorme alivio para ambos. Justo en esta línea te bendigo, te abrazo y te beso, y te libero de toda atadura con el pasado. Buen viaje...

LA CASA EN LA PLAYA

El pequeño Cameron Macaulay ha crecido en Glasgow (Escocia), en una familia normal que lo quiere mucho. Sin embargo, desde que balbuceó sus primeras palabras empezó a hablar de su otra casa, de su otra madre, de unos hermanos con los que corría para ir a la playa. Todos los días recordaba a esa otra familia. La madre de Cameron no tenía ni idea de qué estaba hablando su hijo y creyó al principio que se trataba de un juego, de algo así como los amigos imaginarios que suelen acompañar a ciertos niños. Pero no, poco a poco la mujer se dio cuenta de que algo raro estaba ocurriendo: Cameron le contaba cómo era la casa, le decía que desde ella se veían aterrizar los aviones, le confesaba que sus hermanos y él tenían un camino secreto para bajar hasta la playa a escondidas, sin que los adultos los descubrieran. También recordaba dos perros de pelaje negro y blanco, un carro, a un padre que había muerto «por no mirar hacia los lados». Y sabía el nombre de la isla donde vivía junto a esa otra familia: Barra.

Finalmente, la madre contactó a un especialista en psicología infantil y reencarnación de una universidad norteamericana, y el hombre decidió viajar hasta Glasgow para entrevistar al pequeño y luego llevarlo hasta la isla escocesa de Barra; al comienzo fue difícil encontrar la casa de la que hablaba el pequeño Cameron, pero después alguien los contactó en el hotel donde se estaban hospedando y los condujo hasta la casa. Cameron la reconoció de inmediato, mostró el camino para ir a la playa, les señaló a la madre y al psicólogo las hendiduras en las paredes de su antiguo cuarto. Más tarde, una antigua pariente de esa familia les mostró fotografías de los años sesenta donde estaban los perros blanco y negro, y el carro del que tanto hablaba el niño.

Como el de Cameron Macaulay, hay muchos relatos sorprendentes a lo largo de los cinco continentes. La teoría de una memoria filogenética, de la especie, colectiva, grupal, que habita en nuestro cerebro, es plausible. De la misma manera que en el código genético heredamos enfermedades, vicios y estados de ánimo, sería posible pensar que nos llega una pequeña porción de memoria de nuestros ancestros. Pero la teoría deja de funcionar cuando se confirma que esos recuerdos no pertenecen a parientes, sino a desconocidos. Lo mismo sucede con la cuántica: una cosa es la materia, el cuerpo, y otra muy distinta es la conciencia, que se desplaza por coordenadas que van más

allá del espacio-tiempo. Tal vez. Pero yo prefiero pensar que no somos uno, que no estamos separados de los otros, y que a lo largo de ese espacio-tiempo creamos lazos, vasos comunicantes, redes, extraños conductos que nos unen y nos vinculan a los otros. Tal vez el que mejor lo ha enunciado es el poeta John Donne en la famosa «Meditación XVII», que utilizó Hemingway como epígrafe de su novela *Por quién doblan las campanas*:

*Nadie es una isla, completo en sí mismo;
cada hombre es un pedazo de continente, una parte del planeta;
si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda
disminuida, como si fuera un promontorio,
o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.
La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado
a la humanidad. Por consiguiente, nunca preguntes por quién
doblan las campanas: están doblando por ti.*

VOCES

Marcello Bacci trabaja con una radio Nordmende antigua, medio destartada, en lo que él mismo ha denominado método directo de radio voz (DRV). Es el director del Centro Psicofónico de Grosseto, en Italia. Este anciano lo que hace es sentarse frente a su máquina y mover el dial hasta encontrar un punto muerto entre dos emisoras. Luego hace las preguntas necesarias y espera. A los pocos minutos aparecen voces, voces que no se sabe de dónde provienen y que mandan mensajes para sus familiares. Miles de padres de todo el mundo llegan al estudio de Bacci a establecer contacto con sus hijos ya muertos. Las grabaciones son sorprendentes. Muchas veces los muertos hablan de manera clara, directa, y las palabras surgen sin titubeos de ninguna clase.

Está descartada la posibilidad de que se trate de un fraude y que no sea más que una estratagema para estafar a parientes incautos aprovechándose de su dolor, pues el viejo Bacci no cobra un peso y no le gusta para nada la fama. Rehúye siempre entrevistas y se la pasa espantando a los medios de comunicación.

Me encanta la imagen de este abuelo sentado frente a su aparato estableciendo comunicación con entidades de dimensiones desconocidas. Y siempre que reviso sus videos me digo que eso mismo es lo que hace un escritor: intenta ubicarse entre las señales conocidas y, en medio del ruido general y de los miles de interferencias, hace unas preguntas y espera las voces correctas, esas voces que después se deben llevar a la página en blanco. Y, lo mismo que le sucede a Bacci, después hay que aguantar a la cantidad de críticos y comentaristas furibundos que aseguran que todo es un fraude, que esas voces no dicen nada, que el tipo es un estafador o que está loco. Pero siempre, como en el Centro Psicofónico de Grosseto, hay un pequeño grupo que asiste muy puntual a las sesiones y que reconoce en esas voces unas palabras claves para descifrar nuestro curioso tránsito por este mundo.

BOTELLA AL MAR

Me gusta la historia de Olivier Vandewalle, un joven que alguna tarde, navegando en el barco Damaris, sintió la necesidad de escribir sus impresiones, lo que le estaba sucediendo a su conciencia durante ese extraño viaje, la forma como veía desaparecer su adolescencia mientras se iba aproximando poco a poco a la madurez. Para eso son los viajes: para ser otros. Así que Olivier escribió algunas hojas, las metió en una botella y las lanzó al mar al azar, sin saber si el mensaje algún día le llegaría a alguien. Comenzaba diciendo:

Yo soy un chico de catorce años y vivo en Bélgica. No sé si eres un niño, una mujer o un hombre. Navego en un barco de dieciocho metros. Su nombre es Damaris. Al mismo tiempo que escribo esta carta, acabamos de pasar por Portland Bill, en la costa sur de Inglaterra. Partimos esta mañana...

La botella estuvo treinta y tres años por ahí, flotando de aquí para allá, a la deriva, hasta que llegó a la costa inglesa de Swanage y la recogió Lorraine Yates. Ella se tomó el trabajo de buscar a Olivier en las redes sociales hasta que lo encontró y entonces le contestó su mensaje. El hombre, ahora de cuarenta y siete años, casi no recordaba el hecho, y luego se vio de joven, a los catorce, escribiendo en su cuaderno y lanzando la botella al océano. Supongo que extraer ese recuerdo de su inconsciente fue para él toda una revelación. Se preguntó si su vida había estado a la altura de sus sueños juveniles.

Así es, exactamente, escribir un libro y publicarlo. Es una botella que lanzamos en medio de la inmensidad con la esperanza de que alguien la encuentre en la playa desierta de una librería o de una biblioteca, la abra y pueda leer lo que allí trazamos con tanto esfuerzo...

EL VIDENTE

Es un artista plástico. Se llama David Mandell. Se soñó el atentado a las Torres Gemelas y pintó un cuadro con los aviones en dirección a los dos edificios. Es un anciano medio calvo, con una nariz de pájaro, que lleva años atormentado por una serie de pesadillas recurrentes, casi todas alusivas a catástrofes que van a suceder en el futuro inmediato.

Mandell vio también en sueños la masacre de niños en Dunblane y el ataque con gas sarín en Tokio. Su método es sencillo. Pinta sus acuarelas basado en esas visiones oníricas, va hasta el banco local con sus lienzos y sus cartulinas, y se retrata junto al reloj del banco para que quede constancia de esas imágenes premonitorias.

Me gusta ver a Mandell caminando por la calle con sus pinturas bajo el brazo, viejo, encorvado, intentando comprenderse, pensando por qué su cerebro se anticipa de ese modo a los sucesos por venir, por qué su cabeza viaja hacia el futuro mientras él duerme. ¿No ha sido desde siempre el artista un vidente, un individuo particular que no se rige por las mismas reglas que los demás, un espíritu independiente que entiende de otra manera las leyes, aparentemente implacables, del tiempo y el espacio?

DEMONIOS

Una noche de invierno, en un remoto pueblo gringo, mientras deambulaba de regreso a la universidad donde dictaba clases de Español y Literatura, fui testigo de cómo dos paramédicos sacaban a un sacerdote de su iglesia y lo subían a una ambulancia entre gritos y convulsiones. Parecía una especie de *shock* nervioso o de ataque psicótico. Más tarde, en el pueblo, se corrió el rumor de que ese sacerdote jesuita había participado en un exorcismo y que el demonio, en una demostración de poder, había terminado por poseerlo. De hecho, antes de irme de ese pueblo pregunté por el religioso y me enteré de que estaba recluido en una institución mental a pocas horas de allí, muy cerca de Washington.

Recordé entonces el famoso episodio de Robbie Mannheim en Mount Rainer, un suburbio de Washington, en el número 3210 de Bunker Hill Road. Robbie era un chico de catorce años que solía participar en sesiones de espiritismo con una tía suya que era médium. Al poco tiempo, la tía falleció inesperadamente y un demonio muy poderoso tomó posesión del cuerpo del muchacho. La piel se le laceraba y aparecían palabras dibujadas entre las llagas; de la boca le salía una baba verde, mohosa y espesa; su cama se movía y los objetos volaban por el cuarto, por lo que fue necesario recluirlo en una clínica psiquiátrica durante un tiempo para vigilarlo, sedarlo y protegerlo de esa entidad maléfica.

Un equipo de jesuitas se encargó de ese famoso exorcismo y, después de mucho trabajo, lograron un lunes de Pascua liberar a Robbie de esa presencia que lo agobiaba. Se dice que el padre William Bowdern, partícipe directo del exorcismo, llevó un diario durante aquel tiempo. Hasta que por fin, después de veinticuatro noches seguidas de lucha contra ese demonio brutal, el joven, bañado en sudor, murmuró las palabras «Se ha ido».

También es muy conocido el caso de posesión satánica de Carla Moran en los años setenta, a quien estudió y trató un equipo de la Universidad de California liderado por el psiquiatra Howard Lond. Los especialistas, aterrados por los extraños fenómenos que presenciaron, confesaron que no sabían de qué se trataba y que no era ningún trastorno mental conocido. Incluso las cámaras de video registraron una luz espesa sobre Carla durante los ataques y las convulsiones.

Con todo, a mí el caso que más me atrae es el de Juan Pablo II, quien llevó a cabo un exorcismo sobre el cuerpo atormentado de una joven de diecinueve años que vivía cerca de la localidad de Monza. El hecho lo confirmó el padre Gabriele Amorth, exorcista oficial de la diócesis de Roma. El demonio que estaba dentro del cuerpo de la joven lo retó, lo increpó, lo insultó varias veces, y al final le advirtió que era más fuerte que el papa y que lo dejaría lisiado y enfermo. Y así fue. Desde ese momento, los problemas de salud de Juan Pablo II se agravaron, se tropezaba en todas partes, escasamente podía hablar de corrido y las manos le temblaban en forma incontrolable. Quedó convertido en un anciano inútil que necesitaba ayuda para acciones tan cotidianas como trincar un pedazo de comida, vestirse o amarrarse los zapatos.

Yo lo seguía por televisión o por internet cada vez que podía, y no dejaba de inquietarme que el hombre más poderoso del catolicismo oficial en el planeta hubiera sido derrotado por el demonio en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Y si el papa fue vencido, ¿significa eso que el demonio gobierna desde entonces, que está libre, que es más poderoso que cualquiera y que recorre el mundo disfrutando de su poder y de su capacidad de convencimiento? Si la Iglesia fue vencida desde el cuerpo de esa joven italiana, ¿en manos de quién estamos desde entonces?

AGARTHA

Hace muchísimos años, cuando en el planeta vivían sociedades tan avanzadas como las citadas por Platón en la Atlántida, sus geógrafos y nigromantes anunciaron que se acercaba un cambio en el eje de rotación del planeta. En consecuencia, dijeron, se inundaría la gran mayoría de los territorios conocidos. En muchas tradiciones se habla de este diluvio pertinaz que cubrió la superficie entera del globo. Entonces empezaron a cavar y a prepararse para vivir en los lugares más remotos de las entrañas de la Tierra. Construyeron ciudades magníficas y llevaron hasta allá plantas y animales, a sus mujeres y a sus hijos, y lograron armar un mundo magnífico, sofisticado y a prueba de catástrofes. La entrada principal y la capital de este reino subterráneo de Agarthá se llama Shambala, y queda justo bajo el desierto de Gobi, entre China y Mongolia. Hay varias ciudades que forman parte de esta confederación y que se hallan bajo la superficie del Amazonas, de las pirámides de Egipto, de México, de Turquía. Es una realidad *intraterrena* atravesada por largos pasadizos e interconectada por rutas que viajan de un continente a otro.

Luego, cuando el diluvio pasó, esas razas superiores decidieron no volver a relacionarse con los seres de arriba que lograron sobrevivir, seres muy primitivos, bestiales, codiciosos, mentirosos, vulgares, elementales en sus pasiones y sus vicios: nosotros. Y se quedaron allá abajo perfeccionando sus sociedades altamente tecnificadas y dotadas de una sabiduría ancestral, cósmica.

La extraordinaria novela *She (Ella)*, de sir Henry Ridder Haggard, habla de una mujer inmortal, Ayesha, que proviene del antiguo mundo de Agarthá. Y el relato de Verne, *Viaje al fondo de la Tierra*, no es más que la transcripción de una historia que se oía muy a menudo en las sociedades secretas y ocultistas de la época. Tampoco hay que olvidar que, en los meses anteriores al comienzo de la segunda guerra mundial, los nazis enviaron una misión al Tíbet dirigida por Ernst Schäfer para hacer contacto con los habitantes de ciertas grutas que conducían a la ciudad de Agarthá.

Quizás el relato más maravilloso es el del almirante Richard Byrd, un militar norteamericano que afirmó en 1947 haber entrado a Agarthá por uno de los polos. En su diario, dijo que había visto animales prehistóricos moviéndose por entre árboles gigantescos y que seres pacíficos y fraternales

le indicaron dónde aterrizar su nave. Después lo condujeron hasta uno de los palacios de cristal de Agartha y le explicaron que estaban muy preocupados por la aventura atómica llevada a cabo por su país, pues las recientes explosiones de Hiroshima y Nagasaki ponían en riesgo la estabilidad de todo el planeta. Mientras escuchaba los mensajes de los seres angelicales de Agartha, el almirante Byrd notó que en ese mundo subterráneo había otro sol, otra fuente de energía que servía para iluminar las plantas existentes, y que cascadas de agua cristalina se deslizaban por colinas anaranjadas, irrigando todo lo que encontraban a su paso.

Muchos aseguran que varias de las naves que se han observado después de la segunda guerra mundial provienen no de estrellas o planetas remotos, sino de Agartha, de esa raza misteriosa que continúa allá abajo edificando los pilares de una civilización cada vez más perfecta.

DERINKUYU

A los que les parezca absurda la anterior teoría de la ciudad subterránea de Agartha, me gustaría recordarles que en 1963 un campesino de Capadocia (Turquía), descubrió que detrás de la última pared de su casa, ubicada en las montañas, había una habitación secreta. Excavó con enorme curiosidad y encontró detrás de esa habitación otra más, y luego otra, y otra, y así hasta que dio aviso a las autoridades de la región. Se trata de la ciudad de Derinkuyu, que se extiende a lo largo de varios kilómetros. Los arqueólogos han descubierto ya veinte niveles, de los cuales sólo se han podido visitar ocho. Hay canales de ventilación, pozos de agua, riachuelos, templos. Y esta ciudad está conectada con otra aún más profunda, Kaimakli. Y sospechan que Kaimakli conduce a un mundo perdido allá abajo, en los parajes más remotos de la Tierra.

EL ETERNO RETORNO

Según parece, las teorías que hasta ahora tenían los historiadores para explicarnos nuestro transcurrir en este planeta no dan en el blanco. Demasiado lineales. Parece que no venimos en línea recta desde la prehistoria, saliendo del mono darwiniano hasta llegar a la Luna. No es así. Lo que parece, más bien, es que hemos estado aquí desde hace tiempo, que hemos construido ya muchas veces civilizaciones magníficas, muy sofisticadas, y que grandes catástrofes han borrado a esas culturas de la noche a la mañana. Unos pocos sobrevivientes que han logrado esconderse en rincones apartados del planeta han sido los encargados de volver a comenzar nuestra ya larga aventura sobre la Tierra. Un puñado de individuos que han salido de las sombras subterráneas para reconstruir la esperanza.

Es la única forma de explicar las recientes excavaciones de Gobekli Tepe, en la frontera entre Siria y Turquía. Una ciudad que revoluciona por completo las teorías que teníamos hasta ahora sobre el Neolítico. Nada de recolectores y cazadores que de un momento a otro se vuelven sedentarios y agricultores. Qué va. Ingenieros sofisticados, matemáticos, astrónomos, arquitectos de gran envergadura, escultores, artistas elegantes y de honda trascendencia espiritual. Nada encaja con los discursos tradicionales.

No hallamos el eslabón perdido entre el simio y nosotros porque no lo hay. En cambio, sí encontramos, cada vez más, rastros y pruebas de nuestra antigüedad más remota en ciudades y templos enterrados en medio de los desiertos. Hemos estado aquí antes muchas veces, hemos desaparecido y hemos vuelto a empezar. El eterno retorno de lo no idéntico. Quetzalcóatl. Y nos extinguiremos otra vez, pronto, y unos pocos tendrán que volver a reconstruir el mundo de la nada...

ERKS

La ciudad intraterrena de Erks, en la provincia de Córdoba (Argentina), estaría conectada con Shambala, la capital de Agartha, y con otras ciudades subterráneas que aún permanecen secretas. Lo curioso de Erks es que, simultáneamente, es también una ciudad inmaterial, en otra dimensión. Cuando los viajeros llegan hasta allí en busca de una entrada física se llevan una enorme desilusión. Erks está ahí, frente a sus ojos, pero en un plano diferente, y es un portal energético desde el cual se envían poderosos mensajes cósmicos.

Me fascina esta ciudad. Me recuerda siempre las visiones de Don Quijote, y al pobre Sancho, que mira absorto a su amo y no entiende nada. Hay gente que llega hasta ese remoto pueblo argentino, Capilla del Monte, y sólo ve molinos de viento. En cambio, hay otros que apenas descargan su mochila empiezan a llorar y reciben poderosas revelaciones que les cambian la vida para siempre. Erks es una ciudad y es también un estado de la conciencia, un modo de transformación de la psique, una alteración de ciertos mecanismos mentales. Sé que algún día llegaré a Erks. Leeré en sus montañas páginas enteras del *Quijote*, me llamaré Cide Hamete Benengeli y gritaré el nombre de Dulcinea y de Sancho a voz en cuello, hasta que me escuchen en toda la galaxia.

VIAJE AL FONDO DE LA TIERRA

El astronauta Neil Armstrong, poco tiempo después de su famosa caminata por la Luna, viajó al corazón de la selva amazónica a internarse en unas cuevas ecuatorianas donde se hallaron unas láminas metálicas con inscripciones de una cultura aún sin registrar. Fue una expedición extraña, rodeada por secretos de tipo militar, en la que se habló de una entrada a un reino subterráneo desconocido. Lo curioso es que después el astronauta diría que ese descenso a la profundidad de la tierra había sido más asombroso y misterioso que su viaje por el cosmos.

Casi siempre es así. Los viajes hacia adentro son más reveladores que los viajes hacia afuera.

XUL, MOSCÚ, DENVER

Como si todo esto fuera poco, como si no fuera suficiente con Agatha, Derinkuyu, Kaimakli o Erks, resulta que durante la última década, con el auge milenarista y las profecías mayas del 2012, gente en todo el mundo ha empezado su propio proyecto subterráneo para sobrevivir a una hecatombe. La NASA ha dicho que, en efecto, radiaciones solares de gran envergadura afectarán dentro de poco nuestro planeta. Eso supone la caída de las redes eléctricas, el desplome de internet, la inutilidad de los electrodomésticos, el pánico general. Entonces por todo el planeta empiezan a surgir grupos apocalípticos que se están preparando ya para esos supuestos desastres futuros.

En México hay una comunidad de italianos en las afueras del pequeño pueblo de Xul. Están terminando ya un complejo habitacional llamado Las Águilas, en el que cada morada es un búnker de concreto armado resistente a olas de calor, bombardeos y huracanes. Tienen pozos de agua, una zona para sembrar y ser autosuficientes, un centro de salud. En las afueras de Moscú hay miles de viviendas con refugios antiaéreos recién terminados para enfrentar catástrofes de gran envergadura y el aeropuerto de Denver (Colorado) es en realidad una ciudadela subterránea lista ya para resguardar a miles de personas de cualquier ataque exterior. El gran mural del aeropuerto de Denver, en el que se hace alusión a un exterminio general, es bastante inquietante.

Investigadores como Phil Schneider afirman que una cuarta parte del presupuesto estadounidense se invierte en 129 bases militares que ya se están terminando a varios metros de profundidad. Son los famosos «proyectos negros», que no pasan por el Congreso y que cumplen una agenda propia, independiente. Son verdaderas ciudadelas interconectadas a varios cientos de metros de la superficie, con monorraíles, pequeños trenes y dispositivos de comunicación de alta ingeniería que funcionan ya a la perfección. Cuando llegue el momento, albergarán a la élite, a los políticos, militares y grandes hombres de negocios con sus familias.

Algunos autores aseguran que la gran mayoría de los multimillonarios de todo el globo tienen listo ya un refugio, un búnker a prueba de todo. En el

2012 viajarán hasta esas construcciones especiales y se internarán en ellas con sus mujeres y sus hijos.

La empresa de construcción Vivos Group del Mar CA ofrece viviendas resistentes para el Apocalipsis en el 2012. En una de sus páginas dice lo siguiente:

*Tú y tus seres queridos estáis invitados a sobrevivir a la próxima catástrofe devastadora de la Tierra, o ataque nuclear o terrorista. **Vivos** es una solución de seguro de vida para tu familia si quieres sobrevivir durante un año o más de forma autónoma con protección a prueba de peligro nuclear y subterráneo. Te invitamos a unirte a una comunidad de 200 personas, como copropietario del complejo de supervivencia **Vivos** más cercano a tu casa en nuestra red planificada de 20 refugios. No puedes predecir el futuro, pero sí puedes prepararte para el más inmediato y lo que venga después.*

Definitivamente, las líneas entre la ficción y la realidad no sólo son difusas, sino que no existen...

LA NUEVA ARCA DE NOÉ

Se le conoce como la Bóveda Global de Semillas de Svalbard, en Noruega, aunque los científicos y articulistas, de manera más familiar, la llaman Doomsday Vault (Bóveda del fin del mundo). La construyó el gobierno de Noruega con apoyo de varias fundaciones internacionales y donaciones de distintos países. Está en la isla de Spitsbergen, a 130 metros de profundidad, muy cerca del Polo Norte. El proyecto arrancó en el 2007 y un año después se inauguró la primera fase. Ese año contaba ya con cien millones de semillas provenientes de todo el mundo y espera albergar más de 2.000 millones de semillas en las tres secciones en que está dividida. Todo el material está a 18 grados bajo cero y la bóveda es resistente a terremotos, huracanes, inundaciones y ataques nucleares. En caso de que se dañen las conexiones eléctricas, las bajas temperaturas de la zona garantizan que las semillas duren cientos de años intactas.

La pregunta es obvia: ¿para qué? ¿Por qué están haciendo esto? ¿Por qué es preciso en este justo momento guardar una memoria de todas las especies vegetales del planeta? ¿Estamos en una novela de ciencia ficción? ¿Dónde está la realidad?

5. LOS CONFUSOS ROSTROS DE DIOS

EL LAMA QUE LEÍA A TINTÍN

Osel Hita Torres no había cumplido aún los dos años cuando el lama Zopa, un monje budista amigo de sus padres, aseguró que el niño era la reencarnación de un maestro muy importante recién fallecido, el lama Yeshe. Sometieron al niño a unas pruebas y, en efecto, concluyeron que el antiguo maestro había reencarnado en Osel. Un tiempo después, el mismo dalái lama certificó el tránsito del karma del lama Yeshe al niño español.

Desde entonces, el pequeño Osel tuvo que viajar al Himalaya indio e internarse en un monasterio, donde el resto de los monjes lo acogió como una especie de semidiós y lo veneró. Recibió una educación muy dura, con una disciplina férrea, y a los pocos años empezaron sus crisis, sus dudas, su profundo deseo de estar con su madre en España. Muchos expertos aseguraron que someterlo a ese ritmo de vida, así como a unas obligaciones espirituales que le correspondían en realidad a su supuesta anterior reencarnación, era un disparate.

Los reportajes que se pueden leer cuando Osel tenía catorce años muestran a un jovencito un poco engreído, excesivamente convencido de su importancia personal, pero muy compasivo con la gente humilde, con los siervos y los trabajadores del monasterio. Fueron años en los que, como cualquier adolescente, se aficionó a los videojuegos y a la televisión. También se volvió un lector furibundo de las historietas de Tintín, de Milú, del profesor Tornasol, del inolvidable capitán Haddock. Tenía toda la colección de Hergé y se la pasaba leyéndola y releeyéndola. La reencarnación de un lama tibetano fascinado con las aventuras de Tintín y del capitán Haddock, qué maravilla.

Sin embargo, era evidente que la crisis tarde o temprano se avecinaba, y en los años de adolescencia y primera juventud estalló con toda su fuerza. Osel no soportó más esa presión, esa vida impuesta, esas obligaciones religiosas que no terminaba de comprender muy bien por qué le correspondían a él y no a otro. Mandó el monasterio al quinto infierno y se regresó a España.

Hoy en día, Osel tiene el cabello largo, usa una perilla desordenada y patillas largas, anda por las calles en bermudas, en camiseta, tiene novia, y suele fabricar artesanías para venderles a los turistas. También ha intervenido en protestas callejeras y se ha enfrentado a la policía a puñetazo limpio.

Me pregunto si ahora que el joven Osel se bebe sus cervezas en los bares españoles, se acuesta con su novia en intensas noches de pasión y se fuma sus porros de vez en cuando, el dalái lama también certificaría que es la reencarnación del lama Yeshe. ¿Qué sucedió con el karma del viejo maestro budista? Lo único cierto es que hay que admirar a Osel, pues con esa vida que ha llevado ya es suficiente con que no haya terminado en una clínica psiquiátrica.

EL NIÑO FIDENCIO

Era casi analfabeto, nunca se desarrolló sexualmente, no tenía vellos en ninguna parte del cuerpo y jamás tuvo relaciones sexuales. Acababa de pasar la Revolución mexicana y muy pronto se empezó a correr la voz de que había un joven milagroso, un ángel elegido por Dios para sanar a los enfermos y ayudar a los atribulados. La gente comenzó a cruzar todo el país para ir a visitarlo, a pedirle, a consultarlo. También empezaron a llegar viajeros del extranjero que querían conocerlo, que acudían a él como su última esperanza.

El Niño Fidencio era originario de Nuevo León. Cuando los visitantes se fueron agolpando tuvo que instalarse en el desierto, en Espinazo, y armó un campamento donde una guardia personal cuidaba de él, lo alimentaba, lo protegía. A ese campamento llegaban ciegos, poseídos, leprosos, enfermos de toda clase, suicidas, enfermos mentales. El Niño Fidencio los sanaba a todos, hablaba del poder que Dios le había otorgado, operaba con pedazos mugrientos de botellas, extraía tumores que metía en frascos para que quedara constancia de los males que curaba, cerraba llagas supurantes con sólo pasar los dedos por la piel afectada. Era un sanador, un curandero, un chamán.

Dicen que murió de cansancio, de física fatiga. Me gusta tropezarme con sus estampitas cuando estoy en cualquier mercado mexicano. Gigantón, con cara de niño, con ese rostro que provenía del México profundo, siempre me ha parecido enigmático, como suspendido en un mundo que no entendía, que no era para él, como si estuviera sólo de paso, jugando en el desierto mientras llega la muerte...

EL MAESTRO SUFI

René Rebetez fue rebelde desde su primera juventud. Lo echaban de los colegios por revoltoso. En esos años se hizo muy amigo de Camilo Torres, el sacerdote que luego terminaría de combatiente guerrillero. El 9 de abril estaba en Bogotá y fue testigo directo de cómo la ciudad se agitó hasta casi iniciar una revolución nacional. Después se fue para Europa en busca de sus propias raíces familiares y sospechaba que sería un escritor.

Y llegamos al momento clave de la vida de Rebetez. En ese tiempo se da cuenta de algo que parece evidente, pero que casi nadie dice abiertamente: pertenecemos a una cultura que ha disociado el pensamiento de la vida. Rebetez sufre porque siente que para escribir debe alejarse de la vida, y eso no sólo no le parece justo, sino estúpido. ¿Por qué la mayoría de los escritores no viven con intensidad antes de escribir? ¿Por qué no hay una palabra intelectual que celebre la vida, que delire con la vida, que se hunda en sus aguas con plenitud y determinación? ¿Por qué para ser un intelectual hay que poner barreras, alejarse, estudiar la vida como si uno fuera un entomólogo? Y entonces decide que no, que eso no es para él. Primero la vida, siempre primero la vida. Me gusta mucho cuando dice que un escritor sin vivencias no sólo es un peligro para sí mismo, sino también para los demás.

Más adelante, Rebetez viajará a Cuba, conocerá al Che, se acercará a la santería y a las tradiciones africanas. Luego pasará por México, donde hará amistad con la mayoría de los pintores y escritores mexicanos de la época. Este es el país que lo conecta con lo sagrado, con lo primordial, con el pensamiento ancestral. Viajará, dirigirá revistas, escribirá sus primeros cuentos de ciencia ficción y será un precursor en Colombia de esta corriente. Al final, entablará contacto con la cultura sufi y será considerado un maestro en esta tradición.

Rebetez pasó los últimos años de su vida en la isla de Providencia. En 1999 yo le propuse a una revista un largo reportaje sobre él. Sus libros siempre me habían mostrado algo que admiro profundamente en un escritor: que tenga vida, que haya vivido con intensidad, que no se trate sólo del manido juego de saber contar una historia, sino que detrás de las palabras haya hígado, vísceras, un ser palpitante que está dejando en esas páginas su sangre, su ser mismo. Lo que más admiré en él fue ese coraje para aventurar, para reinventarse, para renacer una y otra vez convertido en un nuevo

estudiante del Sagrado Sendero. Pero no alcancé a entrevistarlo. Yo tenía pasajes para el 7 de enero del recién inaugurado año 2000. Rebetez murió el 30 de diciembre de 1999. En su tumba hay un epitafio que lo define bastante bien: «Aún hay más».

EL APÓSTOL

A finales de 1978 apareció en todos los medios de comunicación la noticia de un suicidio colectivo en Guyana por parte de miembros del Templo del Pueblo, una iglesia fundamentalista dirigida por un drogadicto que se creía la reencarnación de Jesucristo: el reverendo Jim Jones. Recuerdo que me impactó ver por la televisión esa serie de tomas que mostraban cuerpos de adultos y de niños regados por el suelo. Las hipótesis principales de Jones para esa matanza fueron dos: que la muerte era un tránsito hacia otro estado y, ante todo, que era un acto revolucionario.

Comenté el hecho con mi amigo adolescente de entonces, Eduardo Argüello, un jovencito medio genio que vivía siempre en otro planeta, un flaco melenudo que por esos años ya leía a Cortázar y escuchaba a Thelonious Monk. Eduardo, muy circunspecto, me dijo:

—Las dos hipótesis de Jim Jones las considero ciertas.

Los años corrieron y nos graduamos del colegio. Por su forma de ser y por sus gustos, siempre creí que Eduardo sería sacerdote. Hablaba desde esa época del fin del mundo, de cómo Jesús estaba pronto a reencarnar, de la lucha admirable del cura Camilo Torres, de Dios como una enorme fuerza cósmica que todo lo atravesaba con su bondad infinita. Alguna tarde le confesé a Eduardo que yo quería estudiar Filosofía y Letras. Recuerdo con exactitud su respuesta:

—Tú sospechas también que la realidad no es sólo esto. La filosofía, la literatura, la religión, la magia y la medicina tienen un origen común. Acude al llamado. Yo acudiré al mío.

Le pregunté entonces si se iba para el seminario. Me dijo que no, que se iría para la selva y que se convertiría en aprendiz de chamán. Su respuesta me dejó de una sola pieza. Pensé que me estaba tomando el pelo. No. Eduardo se quedó inmóvil, serio, impertérrito. No lo podía creer.

Durante los años ochenta, en efecto, me matriculé en una facultad de literatura y me gradué con una tesis sobre Carlos Fuentes y Edgar Allan Poe. Eduardo desapareció, no volví a saber nada de él. Yo hice un posgrado en España, luego trabajé en Israel, y a finales de la década regresé al país como profesor de literatura. Entonces, gracias a un amigo común que me encontré, supe que Eduardo vivía en el Amazonas, a varios días en lancha del pueblo más cercano, y que una tribu lo había adoptado como uno de los suyos. Tenía

fama de ser un médico naturista que sanaba en forma extraña. Varios antropólogos se preciaban de conocerlo y de ser sus discípulos.

A mediados de los años noventa, en la plaza de las Nieves, un tipo fornido y barbado de pronto me dio un abrazo del que no me pude soltar. Me costó trabajo reconocer allá, detrás de esa barba cerrada y de esa melena de *hippie* de los sesenta, al joven misterioso que siempre me había deslumbrado en la adolescencia. Era Eduardo, claro, con su eterna sonrisa de buenazo irredento.

Le pregunté por la selva y por los rumores de que era un médico naturista poco común. Le restó importancia a ese pasado y me dijo que ahora estaba haciendo los trámites de visas y demás porque se iba con unos ingleses para Zaire, el antiguo Congo belga. Pensé que se trataba de seguir investigando el poder curativo de las plantas en la tradición africana, pero no, resulta que ahora Eduardo estaba metido en una congregación que aseguraba que Jesús acababa de nacer en Zaire, en las afueras de su capital, Kinshasa. Supongo que otra vez mi cara de estupefacción me traicionó, y entonces Eduardo me agarró del brazo y me condujo hasta un restaurante cercano, donde pedimos dos cervezas.

Me aseguró que este grupo religioso venía estudiando el caso de cerca y que este niño prodigio hablaba en arameo, citaba las Sagradas Escrituras de memoria y hacía milagros a sus escasos seis años de edad. Me imaginé al nuevo Jesús color chocolate y con el pelo quieto, y me pareció realmente una propuesta revolucionaria. Como siempre, yo miraba a Eduardo con esa sensación interna de no saber si uno está hablando con un adelantado o con un loquito que se acaba de fugar de una clínica psiquiátrica. Nos despedimos entre abrazos y con la promesa de escribirnos, cosa que jamás hicimos.

Hace un par de años lo vi en la avenida Caracas con la calle 19. Me bajé de uno de los buses de Transmilenio y me fui detrás de él. Dos tulas enormes le colgaban de los hombros. Lo alcancé y me pareció curioso el aspecto. Ahora la barba y el cabello largo estaban entrecanos, y su rostro reflejaba ya un cierto cansancio. Le pregunté qué diablos estaba haciendo en Bogotá. Me dijo que vendía pantalones, camisas y chaquetas con citas del Evangelio, y que sus principales clientes estaban en la zona de tolerancia.

—¿Y qué pasó con la famosa reencarnación de Jesús en África? —le dije a bocajarro con una dureza de la que no me sabía capaz.

—Lo mataron. Sospechamos que el Vaticano estuvo involucrado.

Esta vez lo miré no con respeto y admiración, sino como quien está frente a un mitómano que se ha burlado de uno media vida. Una prostituta se acercó y le dijo:

—Apóstol, lo necesitan en residencias Carimagua para que deje un saco de esos con los salmos estampados.

—Ya voy, en cinco minutos estoy allá —respondió él con una seriedad que intimidó a la mujer.

Volvimos a quedarnos solos.

—¿Y ahora qué va a hacer? —insistí con cierta ira contenida.

—Estoy recogiendo lo del tiquete porque me voy para Rusia. Jesús está allá. Vive dentro de un hombre común y corriente que antes se llamaba Sergei Torop. Ha venido a salvar este mundo de tanto horror. Por fin.

Me despedí con un gesto de incredulidad, me di la vuelta y me alejé cabizbajo y desilusionado. Al fin y al cabo, Eduardo siempre había sido para mí la prueba fehaciente de que era posible vivir según un alucinado código propio que les llevara la contraria a los demás.

Hace unos días vi un programa sobre la reencarnación de Jesús en un hombre que ahora se hace llamar Vissarion, «El que da nueva vida». Tiene el cabello largo, la barba recortada y vive con sus discípulos en Siberia, en un lugar que bautizaron como Morada del Alba. Vissarion fue un agente de la policía soviética y su nombre de pila es Sergei Torop. En 1989, este hombre enigmático sintió de repente la transformación y la presencia de Jesús dentro de sí. Entonces fundó la Iglesia del Último Testamento y empezó a prepararse para el fin, para la salvación de la humanidad.

Lo que no podía creer es que en una de las tomas apareció al fondo un hombre fornido, de barba cerrada y cabello largo entrecano que contemplaba al Maestro con cierta beatitud infantil. Parecía uno de sus discípulos predilectos. Sonreí.

PITONISAS

Otorgaban el destino en trance, en un espacio-tiempo que no era el de los demás. Eran mujeres porque sólo la circularidad femenina (los veintiocho días lunares) está emparentada con la circularidad cósmica. Vapores de plantas alucinógenas salían por unas pequeñas hendiduras de los oráculos, y la pitonisa, sentada sobre su trípode, y conectada con el pasado-presente-futuro de un tiempo perpetuo, leía el destino de quien la consultaba. Podía ser un rey, un hombre cualquiera, Edipo. Y el oráculo podía estar en Delfos, en Delos, en Epidauro o en Dodona.

Diosas madres y sacerdotisas prehistóricas, pitonisas y sibilas, brujas medievales: los secretos siempre nos son revelados en una voz de mujer. Los hombres nos hemos inventado la supremacía física, las máquinas, las armas, los tanques, las guerras, el dinero, el poder, sólo por un complejo de inferioridad que es evidente. Y el planeta, gobernado por seres acomplexados y con ínfulas de grandeza, no podía terminar bien. Y las consecuencias de semejante descalabro saltan a la vista.

ESTIGMAS

La historia del padre Pío siempre me ha parecido perfecta para una novela. Hoy en día se encuentra ya beatificado y santificado por el Vaticano, pero en sus días creó una controversia que estuvo a punto de generar un gran escándalo.

Los primeros estigmas los sufrió justo al terminar la primera guerra mundial. No lo dejarán a lo largo de su vida. Eran los estigmas de Jesucristo después de la crucifixión. Las manos le sangraban permanentemente y varios testigos afirmaban que esas heridas olían a agua de rosas, el olor de la santidad, del ser puro y casto, del que está más allá de la propia materia que lo compone.

Sin embargo, el informe que presenta sobre el padre Pío el especialista del Vaticano, el padre Agustín Gemelli, es demoledor: dice que es un ser ignorante, neurótico, psicótico y *automutilador*. Esto es, que el propio sacerdote se las ingeniaba en secreto para crearse él mismo las heridas, y que luego no sólo las rociaba con agua de rosas, sino que buscaba la forma de perpetuarlas impidiendo su cicatrización. También llegaron al Vaticano varios testimonios de otros sacerdotes que lo denunciaban por acostarse con mujeres por lo menos dos veces a la semana. Debido a sus estigmas y a su aire de santidad, el padre Pío estuvo siempre rodeado de mujeres y beatas que lo cuidaban y lo seguían a todas partes. Era lo que el papa Juan XXIII llamaba, cuando se refería a él, su «guardia pretoriana».

Por tal razón, el Vaticano aisló al sacerdote y lo obligó a un confinamiento solitario extremo, sin visitas ni correspondencia. Durante cerca de diez años, este hombre vivió solo, recluido en su celda leyendo la Biblia y orando. Cuando llegó la segunda guerra mundial, el padre Pío fundó unos grupos de oración que rápidamente se extendieron por toda Italia. Su aura de monje visitado por los estigmas de Jesucristo creó una imagen poderosa, difícil de manejar para el Vaticano. Fundó un hospital, la Casa Alivio del Sufrimiento, cuyo objetivo era sanar a los enfermos no sólo a nivel físico, sino a nivel espiritual. La idea era magnífica, qué duda cabe, pero de nuevo aparecieron denuncias y testimonios que hablaban de manipulación de los enfermos, de chantajes, de presiones, de acosos, de malos manejos, de perversiones. La curia romana le quitó la administración del hospital, le prohibió seguir con los tales grupos de oración y les recomendó a los

feligreses que no asistieran a sus homilías ni que se confesasen con él. Era una declaración de guerra directa, contundente. Pero una vez más el Vaticano perderá esa batalla. Los estigmas y el aire de santidad del padre Pío se impusieron y la gente acudió masivamente a sus prédicas y sus liturgias. Se comenzó a hablar de milagros, de apariciones del sacerdote en dos lugares a la vez, de sanaciones extraordinarias durante sus eucaristías.

Qué buena imagen. Por un lado, el sacerdote que empieza a sentir en su propio cuerpo los dolores de la tortura y la crucifixión justo cuando la humanidad ingresa en las peores pesadillas de su historia: las dos guerras mundiales. De algún modo, en el cuerpo del padre Pío se representan el dolor del mundo, su angustia, su desesperación. Y por otro lado, está el rostro del pervertido, erotómano y timador que crea a su alrededor todo un culto aprovechándose de la ingenuidad de los creyentes. Y lo complejo del asunto es que quizás no era uno solo, sino ambos. Un beato adicto al sexo, un hombre puro de corazón que disfrutaba de las orgías con sus mujeres, un estigmatizado real que no podía controlar los excesos de la carne. Un polo exacerbaba el otro. A mayor espiritualidad, mayor deseo. Eso es lo difícil de comprender en nuestra cultura.

EL TEMPLO DEL PUEBLO

Jim Jones fue siempre un luchador por los derechos de la raza negra en medio de un clima racista cada vez más beligerante en Estados Unidos. Estaba convencido de la igualdad y por eso se unió también al Partido Comunista. Consideraba el capitalismo como el gran mal de nuestra época. Su posición política era revolucionaria y de avanzada, pese a ser un hombre blanco de clase media. Pero, al mismo tiempo, se sentía atraído por los predicadores fundamentalistas, por los pastores más radicales del puritanismo anglosajón. Era un comunista pentecostal, una mezcla fascinante. Y sus profesores le dijeron desde niño que él estaba llamado a algo grande, que no llevaría una vida cualquiera.

Fundó el famoso Templo del Pueblo, donde la mayoría de los adeptos eran afroamericanos. De hecho, adoptó a varios pequeños de raza negra para constituir lo que él denominó la Familia del Arco Iris. Por esos años, Jones se hizo adicto al LSD y a otras drogas, y empezó a proclamar que era la reencarnación de Jesús. Mientras tanto, en un reporte policial se hablaba de una detención por solicitar favores sexuales a un policía encubierto de Los Ángeles.

Su comuna empezó a ser investigada por malos tratos, abuso sexual, evasión de impuestos y otros delitos más. Jones huyó con su gente hacia Guyana y fundó una secta religiosa comunista cuyo único dios era él mismo. La comunidad, llamada Jonestown, no tenía contacto con el mundo exterior. No obstante, varios políticos norteamericanos decidieron visitar la secta y cerciorarse de que no se trataba de un campo de concentración camuflado. La visita terminó a tiros y fue el comienzo del desastre.

El 18 de noviembre de 1978 hubo un suicidio colectivo. Murieron 913 personas, entre ellas 270 niños. La mayoría bebió limonada con cianuro y otros fueron baleados. Jones apareció con la cabeza abierta debido a un tiro de escopeta.

Hay que desconfiar siempre de los «salvadores». No sólo a nivel religioso, sino también a nivel político. Muchas personas religiosas se parecen a fanáticos políticos. Nuestros caudillos latinoamericanos y varios de nuestros predicadores religiosos de todos los pelambres han sido, en realidad, pacientes psiquiátricos. Pretender salvar al mundo es ya, en sí misma, una

idea peligrosa, una patología. Creerse un enviado, un ser especial, un mensajero, un hombre con un destino salido de lo normal, demuestra ya serias complicaciones a nivel mental.

Muchos de nuestros políticos se consideran imprescindibles, únicos, y es lo que algunos psicoanalistas llaman el trauma de papá-Estado, es decir, la imagen del padre ausente o maltratador llevada a la política. De hecho, a Jim Jones lo llamaban papá los miembros de su comunidad. Los adeptos, como los votantes, buscan la imagen del ser protector. El que se perpetúa en la presidencia de una nación o lleva a cabo una revolución que gira en torno a él es ya un delirante, un tipo al que hay que tratar psiquiátricamente, un ego salido de cauce. Porque lo difícil, y lo sano, es lo contrario: saberse mortal, normal, como los otros. Y qué curioso que nuestra educación patrocine un modelo vertical tan enfermizo: por todas partes, como hicieron con el propio Jones, les pregonan a los estudiantes la importancia de ser líderes, es decir, la importancia de ser especial, de haber nacido para mandar, para liderar a los otros, para explotar. Es una educación que magnifica, que engrandece, que agiganta el ego, que produce déspotas y megalómanos. Lo que necesitamos es todo lo contrario: una educación democrática, sobre la igualdad, sobre el trabajo en equipo, sobre el respeto a los otros.

MONTE CARMELO

La masacre de Waco (Texas), el 19 de abril de 1993, dejó una serie de dudas. El líder religioso David Koresh, que pertenecía a una disidencia de los Adventistas del Séptimo Día, se atrincheró con su comunidad en un rancho y empezó a sufrir el acoso del FBI. Lo curioso es que sectas fundamentalistas que anuncian el próximo fin del mundo se encuentran regadas por todo Estados Unidos y protegidas por la Constitución. Vale subrayar que ésta, en particular, estaba fuertemente armada y sus seguidores solían llevar a cabo prácticas de tiro. Entonces los cercaron, los acosaron y, al final, los atacaron.

El FBI utilizó gas CS, que está prohibido por la Convención de París, y desató una masacre de gran envergadura. Varios de los integrantes de esta secta religiosa, entre ellos diecisiete menores de edad, murieron baleados e intoxicados por el gas. Se dice que a algunos de los agentes oficiales, entre ellos cuatro guardaespaldas de Bill Clinton, los asesinaron sus propios compañeros. Nunca hubo una investigación ni un juicio serio sobre la conducta de las autoridades.

Lo que siempre me ha parecido increíble de esta historia es que un joven que había estado en la guerra de Irak en 1991, Timothy McVeigh, quien se había sentido engañado al tener que asesinar a un pueblo inocente y desarmado, visitó a David Koresh y a su gente porque le pareció curioso que hubiera otros estadounidenses que se armaran y que consideraran al gobierno su enemigo, el mal, el peligro real. Después de la guerra, Tim se había sentido frustrado, estafado, solo, deprimido. Como tantos otros soldados que sirven de carne de cañón, había regresado a su país sin saber muy bien qué hacer, en qué trabajar, cómo rehacer una vida maltrecha por crímenes y masacres de la peor vileza. Su conciencia no lo dejaba en paz. Así que Tim empezó a urdir una estrategia: atacar al propio gobierno estadounidense, a los que le habían destrozado la vida, a los que daban las órdenes, a los autores intelectuales de ese genocidio del que él había formado parte. Y por eso llegó a la comunidad de Monte Carmelo y sintió simpatía por ellos.

Cuando Tim vio que los acosaban, ese abril de 1993, intentó llegar hasta allá y cruzar los cordones de seguridad. Pese a ser un exinfante de marina condecorado, el FBI no le permitió acercarse al lugar de los hechos. Y cuando

vio la masacre por televisión, tomó la decisión irrevocable de vengarlos, de atacar al gobierno de su país.

Y lo hizo. Al segundo año de la conmemoración de la masacre de Waco, el 19 de abril de 1995, Tim fue el hombre que puso la bomba en Oklahoma frente a una sede del FBI. Murieron 168 personas y hubo cientos de heridos. Lo condenaron a muerte y recibió la inyección letal el 11 de junio de 2001. Su última cena fue una enorme porción de helado de menta con chips de chocolate. Eso demuestra que era sólo un niño; un niño al que habían enviado a matar; un niño confundido, sin ayuda; un niño que tenía pesadillas en las cuales los cadáveres de Irak, sus muertos, lo visitaban sin darle tregua alguna.

DIOS ES ZURDO

Este culto, que nació en Rosario (Argentina), celebra la Navidad el 30 de octubre y la Pascua el 22 de junio. La primera fecha corresponde al nacimiento de su ídolo, Diego Armando Maradona, y la segunda al día en que Argentina derrotó a Inglaterra en el Mundial de 1986 (con dos tantos del astro argentino, entre ellos el famoso gol de «la mano de Dios»). Sobra recordar que pocos años antes se había librado la guerra de las Malvinas, donde más de seiscientos argentinos perdieron la vida. El partido se vivió como una revancha simbólica en la cancha.

La Iglesia Maradoniana, en realidad, es una confraternidad de hinchas que se reúnen, como ellos mismos dicen, a pasarla bien. Ya tienen varios adeptos en el mundo entero, bautizan, casan y oran en grupo cuando la selección está en crisis. Sus diez mandamientos son:

1. *La pelota no se mancha, como dijo d10s en su homenaje.*
2. *Amar al fútbol por sobre todas las cosas.*
3. *Declarar tu amor incondicional por Diego y el buen fútbol.*
4. *Defender la camiseta argentina, respetando a la gente.*
5. *Difundir los milagros de Diego en todo el universo.*
6. *Honrar los templos donde predicó y sus mantos sagrados.*
7. *No proclamar a Diego en nombre de un único club.*
8. *Predicar los principios de la Iglesia Maradoniana.*
9. *Llevar Diego como segundo nombre y ponérselo a tu hijo.*
10. *No ser cabeza de termo (no ser un pelmazo) y que no se te escape la tortuga (no ser un inútil).*

Y también hay un padrenuestro:

Diego nuestro que estás en la Tierra, santificada sea tu zurda. Venga a nosotros tu magia, háganse tus goles recordar, así en la Tierra como en el cielo. Danos hoy una alegría en este día, y perdona a aquellos periodistas así como nosotros perdonamos a la mafia napolitana. No nos dejes manchar la pelota y líbranos de Havelange y de Pelé.

Esta oración, por supuesto, pone sobre la mesa de manera explícita la vieja discusión sobre quién ha sido el mejor jugador del mundo, si Pelé o Maradona. Por tal razón, los seguidores del brasileño aborrecen esta frase y salen a cuestionar la lucidez de unos fanáticos que adoran a un sinvergüenza, drogadicto, alcohólico y mafioso, en lugar de engrandecer el nombre de un jugador honrado, caballeroso y de conducta moral intachable como Pelé. Incluso recuerdan las fotos en que el astro argentino aparece travestido y

drogado. Pero una cosa es el talento y otra cosa es la moral. Los moralistas están alejados de la vida y, en consecuencia, es difícil que despierten grandes pasiones. A Maradona hay que abonarle, como buen ídolo, una virtud inigualable: el arte de saber desilusionar.

EL PRÍNCIPE DESPIERTO

Dos noches fueron las definitivas en la vida del príncipe Siddharta Gautama, quien luego la posteridad llamaría el Buda, el iluminado, el resplandeciente, el despierto. Durante toda su niñez y su juventud el príncipe vivió en el palacio de su padre, se dedicó al gozo alejado de todo sufrimiento, a la dicha, al placer de los sentidos y al aprendizaje de las antiguas tradiciones. El rey, temiendo una profecía que decía que su hijo podía llegar a ser un gran líder religioso, lo alejó de la realidad externa, del mundo de los hombres, y le brindó un paraíso artificial en el interior del palacio, donde no le faltó nada, donde nada lo entristeció jamás.

No es difícil imaginar al joven Siddharta feliz, sonriente, atlético, caminando por los corredores del palacio, por los jardines, disfrutando de manjares y baños aromáticos. Luego llegaría el deseo, la fuerza de la carne, el sexo. Seguramente tuvo para sí a las mujeres más bellas del reino, que estarían felices de compartir la cama del príncipe las veces que él así lo solicitara. Pero la piel es tramposa, construye celadas, crea cercos, asfixia. Siddharta debió refinar sus sentidos día tras día, debió entrenar el cuerpo en todas las técnicas amatorias posibles, debió despertar miles de madrugadas entre pieles acaneladas, entre cabelleras exuberantes, entre sonrisas femeninas perfectas y deslumbrantes. Al principio quizás le pareció un juego, un deporte sensorial, una gimnasia para mantenerse en forma y con el ánimo entusiasta. Luego es fácil imaginarlo satisfecho, saciado, pleno hasta el hastío, ahogado en el exceso de placer, mirando por la ventana del palacio en busca de algo más que estaba allá, detrás de esos muros imponentes y magníficos. Porque la carne esconde, detrás de su magnificencia, una fatiga que acorrala y que quita el aliento.

Entonces llegaron el amor, la obsesión por una sola mujer, el sueño de una dicha más plena y completa. El joven príncipe se casó, se entregó a la rutina conyugal, a la costumbre. Se domesticó. Dio un paso más allá y dejó embarazada a su amada. Tuvo un hijo y conoció la alegría de la paternidad, esa especie de tierna embriaguez que emociona al padre hasta el llanto cuando tiene a su bebé entre los brazos. Tal vez por esta época de comodidad casera el antes esbelto príncipe se convirtió en un aristócrata barrigón, perezoso y complaciente consigo mismo.

Y entonces llega la primera noche magnífica, esa que le partiría la vida en dos de un modo irremediable: se acercó a una de las innumerables ventanas del palacio y dirigió su mirada otra vez allá, al otro lado de las murallas, al otro lado de esas enormes paredes que ahora le parecieron las rejas de una prisión. Y decidió salir, decidió cruzar ese útero que era el reino familiar, decidió nacer. Benditas sean todas aquellas noches en que los hombres deciden ir más allá de los límites establecidos.

Y Siddharta da la orden de que le abran las puertas de la fortaleza que rodea el palacio y sale al encuentro con los otros. El golpe es brutal, demoledor. Ni los placeres conocidos, ni el amor conyugal, ni la poderosa empatía que siente por su hijo se comparan con ese dolor que le atraviesa el cuerpo y la psique cuando conoce la pobreza, la necesidad, la escasez, la ceguera, la parálisis, la lepra, la vejez, la muerte.

Siddharta no volverá nunca más a ser el príncipe feliz, el privilegiado, el sibarita. Decide abandonarlo todo: el palacio, a su esposa, a su hijo, a su padre. Tiene veintinueve años y ya sabe que al otro lado de la autosatisfacción hay algo más: los otros. A la mañana siguiente se rapará la cabeza y cruzará la fortaleza arropado únicamente con la túnica amarilla de los mendicantes. Conmoverlo por la fuerza de los humildes, dirá entonces con la voz apagada:

—No es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita.

Durante varios años, Siddharta buscará afanosamente cómo escapar de los apegos. Será un asceta, un santón, un melenudo y barbado que recorre los caminos en busca de esa fuerza que lo saque de sí mismo, que lo lleve más allá del cuerpo y de una psique engañosa, falible, atrapada en la ilusión. ¿No hemos sentido todos, acaso, el cansancio de ser nosotros mismos, la extrema fatiga de permanecer en la misma persona, de tener siempre el mismo rostro, la misma voz, los mismos gestos? El ahora príncipe mendigo, Siddharta el Menesterozo, se sentará durante horas en posición de meditación a la espera de esa liberación. Y así pasará varios años entre ascetas y maestros espirituales, buscando esa zona de indeterminación que lo atraviesa y lo supera. A los que quieran escucharlo, les dirá:

—Por pequeño que sea un apego, te mantiene atado.

Un día, cuando ya se encuentra muy débil, somnoliento, ido, escucha a un maestro de cítara decirle a su estudiante que debe tener cuidado con las cuerdas del instrumento, porque si están muy flojas no suenan, y si están muy tensas se rompen y todo se echa a perder. Para que aparezca la música, para que el instrumento alcance su plenitud, la cuerda debe estar templada en su punto. Siddharta se da cuenta de que el exceso de ascetismo es similar al

exceso de placer: los extremos se parecen, se rozan, se reflejan el uno al otro. Hundirse en la vida es similar a negarla: en ambos costados está uno atrapado en aquello que afirma o que niega, depende de algo, está sujeto a algo, permanece encarcelado.

Y viene la segunda noche extraordinaria de Siddharta. Decide sentarse a la sombra de un árbol sagrado y quedarse allí inmóvil hasta hallar la respuesta. Morir no le preocupa. Es una ilusión más. Pasan los días y las noches, hace sol, llueve, la gente va y viene, y él permanece quieto debajo de las ramas, ahondando, atravesando, cruzando las barreras más recónditas de ese hombre que se llama Siddharta Gautama. Bienaventurados todos aquellos que van más allá de sí mismos.

El hambriento y sediento Siddharta intuye una verdad revelada y por fin despierta, se ilumina, escapa a la rueda de la vida y la muerte, halla el camino del medio, se convierte en el Buda. Ni afirmar ni negar, ni aferrarse ni escapar, ni el placer excesivo ni el ascetismo, ni el hambre ni la saciedad, ni identificarse consigo mismo ni huir de sí mismo. La vía del medio.

Despertar es un estado súbito, es algo que se intuye, es una epifanía que no se logra mediante inducciones, ni largos estudios, ni complicadas teorías. Es un instante privilegiado en el que el aprendiz capta el vacío de todo, incluso de sí mismo. Piensa, sí; está atravesado por sensaciones, sí; oye, siente frío, recuerda, suspira, desea, pero no niega ni se identifica con esos pensamientos, con esas sensaciones, con esos recuerdos, con esos deseos.

Si no hay apego no hay sufrimiento, si se acepta la impermanencia todo se percibe como movimiento y transformación, todo es tránsito, caducidad, finitud y metamorfosis. Es así como el príncipe Siddharta, después el mendigo Siddharta y finalmente el asceta Siddharta, se convirtió en el Buda. Tenía entonces treinta y cinco años y dedicó el resto de su existencia a enseñar que toda vida es insatisfactoria, y que el origen de esa insatisfacción es el anhelo, la ilusión, el apego; por lo tanto, la desactivación del sufrimiento está en no aferrarse, en disfrutar la música de la existencia sin soltar ni templar la cuerda en exceso. En repetidas ocasiones les dijo a sus discípulos:

—El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional.

Después de las tribulaciones del sabio príncipe Siddharta, muchos otros han sido budas también. Él fue el primero, el que mostró el camino, pero no el único. Desde entonces, a lo largo de los siglos, varios otros buscadores, sentados en posición de meditación, han hallado la budeidad, el despertar. Bella búsqueda y muy noble destino, quizás el más excelso de todos.

JESÚS EN LA OSCURIDAD

*No voy a la iglesia el domingo,
no me pongo de rodillas a rezar,
no memorizo los libros de la Biblia,
yo tengo mi forma especial...*

Chocolate Jesus, Tom Waits

La noticia le dio la vuelta al mundo y en su primera versión parecía una cuestión de asalto a mano armada que terminó después en un crimen. Dos sacerdotes católicos jóvenes aparecieron baleados dentro de un auto. Una cifra era la culpable: quince millones de pesos.

Los dos religiosos, Rafael Reátiga y Richard Píffano, habían estado juntos en el seminario y eran amigos inseparables. Sus comunidades los adoraban, los consideraban no sólo sus conductores espirituales, sino sus cómplices, sus camaradas de verdad. Rafael era extrovertido, lúdico, irreverente, fiestero, poco dado a respetar normas acartonadas y pasadas de moda. En varios videos y fotografías con sus feligreses aparece con un vaso de whisky o de cerveza en la mano, en un cumpleaños, en un bautizo, en una parranda casera.

Richard, en cambio, era más callado, retirado, meticuloso, pulcro, con una sonrisa que inspiraba una dulzura casi infantil. En una fotografía del Día de las Brujas, aparece con una peluca de colores y una camisa caribeña sonriendo con cierto pudor que procura esconder de un modo benevolente. En esa misma foto, Rafael está vestido con el *clergyman*, sonriente, y lleva en la cabeza dos cachos rojos satánicos, como si fuera un sátiro recién fugado de los infiernos. Esa imagen los define a la perfección. El uno era la locura y el desequilibrio, el desenfreno, la búsqueda del delirio dionisiaco en medio de su fe y de su vocación inquebrantable; el otro era la medida, la paz interior, la concentración, el aplomo espiritual, el ascetismo pulcro que nunca hace alarde de sí mismo. No eran opuestos, sino complementarios. Y ambos eran excelentes sacerdotes, los mejores de su generación.

Cuando la Fiscalía comenzó a investigar, la noticia se transformó en escándalo. Los familiares y muchos de los feligreses, que preferían quedarse con la versión bondadosa e ingenua que tenían de sus líderes y parientes, se negaron a aceptar los hechos, que eran contundentes. Comprensible. Hablaron

de un complot, de una banda del crimen organizado que tenía sus tentáculos infiltrados en la Fiscalía, de un montaje siniestro. En Colombia, por supuesto, es normal imaginarnos siempre lo peor. Pero en este caso la extraña conducta de los religiosos confirma lo insinuado por los investigadores.

Rafael solía visitar bares gay y le gustaba la rumba dura. Era un hombre que venía de la pobreza y se sentía atraído por lo que nunca había tenido: la elegancia, la ropa de marca, la buena comida, el buen gusto. Manejaba sumas de dinero altas porque sus superiores confiaban en su criterio. Gracias a la generosidad de su comunidad, había construido una iglesia nueva y había llevado a cabo proyectos de gran envergadura. Pero no supo cómo controlar las fuerzas indómitas que lo habitaban, ese animal dormido que cuando despierta nos puede echar la vida por la borda. No se vigiló, no se miraba de reojo, y cuando menos lo pensó ya estaba bajo las garras de la bestia.

Es fácil imaginarlo a la madrugada, borracho, quizás acelerado por la cocaína o por las anfetaminas, después de sus fiestas gay, buscando entre las sombras de la ciudad, en los rincones más oscuros de Chapinero o del barrio Santa Fe, ese último amante que lo hiciera olvidar por un instante de la desesperación de tener ese cuerpo, de ser ese cuerpo, de estar condenado a ese cuerpo caótico y libertino.

Fue así, atravesando la oscuridad de las calles capitalinas, descendiendo a los infiernos de Ciudad Gótica, como contrajo un sida y después una sífilis que lo convirtieron en un joven prematuramente enfermo, pálido, desencajado. En sus homilías empezó a hablar de su desaparición, de su destino trágico, de cuando él ya no estuviera en este mundo. La muerte se volvió una compañera permanente, una obsesión. Sabía que lo estaba esperando a la vuelta de la esquina. Su cuerpo no sólo había sido doblegado, torturado, sino que ya le estaba pidiendo una salida, un final, aunque fuera absurdo y trágico.

Mientras tanto, Richard, ese condiscípulo dulce e inteligente que lo había acompañado desde siempre, desde los años de seminario, fue su polo a tierra, el encargado no sólo de sostenerlo en medio del vacío, cuando caminaba por la cornisa, sino el que siempre lo rescataba, el que bajaba a la profundidad de los abismos bogotanos para echarle una mano y sacarlo en el peor momento. Una vecina declaró que el padre Richard se iba a veces en su carro a la madrugada y llegaba con el padre Rafael un rato después. No es difícil imaginar al amigo apolíneo que va en busca del otro, del perdido alucinado que quizás lo llamaba a su celular desde antros de travestis donde estaba tirado en algún rincón maloliente, con la Biblia en una mano y un crucifijo en

la otra. ¿Oraba en aquellos momentos Rafael, cuando ya la juerga había pasado y la lujuria estaba agotada? ¿Pedía, suplicaba, hablaba con Dios? ¿Se encontraba con Jesús en la oscuridad?

El amor de Richard por Rafael era conmovedor, de una lealtad a toda prueba. La palabra incondicionalidad lleva su nombre implícito. Difícil hallar un amigo semejante. Nunca lo quiso controlar, no lo juzgó, no lo denunció, no lo traicionó. Lo amó en silencio, aceptándolo, acogiéndolo, protegiéndolo no sólo del entorno, sino ante todo de sí mismo.

Al final, Rafael ya no pudo más y decidió contratar a un sicario para que lo asesinase. No quiere escándalos con la Iglesia, chismes entre la comunidad, quizás una denuncia o la vergüenza y el escarnio público cuando salga a la luz esa otra identidad infernal que lo ha gobernado sin que nadie lo sospeche. Richard le dijo que lo acompañará al otro lado de la línea, que no lo dejará partir solo. Un *Romeo y Julieta* católico-gay tercermundista.

En un viaje a Bucaramanga, pararon en los precipicios de Pescadero y sellaron su pacto de muerte. Prometieron morir como han vivido: juntos. Arreglaron sus papeles, sacaron plata y dejaron más o menos en orden sus asuntos personales.

Poco después, Rafael contrató a los sicarios y les pagó la mitad, siete millones y medio de pesos. La orden: matarlos a él y a su mejor amigo. Al día siguiente, Richard retiró la otra mitad, sacaron el carro juntos y, en una calle solitaria del sur de la ciudad, se encontraron con el sicario que se comprometió a ajusticiarlos.

Y aquí entramos en el misterio, en esa zona de sombra donde la imaginación debe completar la historia. Ellos dos iban en los asientos delanteros. El sicario atrás. Orillaron el carro en una callejuela mal iluminada. ¿Qué se dijeron? ¿Cómo se despidieron? ¿Leyeron la Biblia? ¿Oraron juntos cogidos de la mano? ¿Se dieron un beso de despedida? ¿Perdonaron y bendijeron al sicario, a Judas, por lo que estaba a punto de hacer?...

Lo cierto es que el hombre disparó primero sobre Richard, que iba al volante. Claro, el más dulce y calmado primero, el que no tenía necesidad imperiosa alguna de morir. Luego sobre el otro, sobre Rafael, cuya muerte en realidad era una eutanasia asistida. Cinco disparos en total. Y una sombra que desciende del carro para huir entre el fragor de una ciudad que no le dará asilo ni tregua, una ciudad donde, curiosamente, esta noche no llueve...

6. EL CUERPO TRAS LAS REJAS

LECUMBERRI

Uno de los grandes libros de la literatura colombiana es el *Diario de Lecumberri*, de Alvaro Mutis. En él se rememora la dura prueba que pasó este autor en Ciudad de México al ser recluso por más de un año en esa prisión cuyo otro nombre era el Palacio Negro.

Hoy en día, la antigua cárcel de Lecumberri es la sede del Archivo General de la Nación. Una mañana visité el lugar y me sorprendieron la geometría perfecta del diseño, la visión matemática del espacio, las figuras simétricas que aumentan aún más el horror. En el centro del lugar, sin saber muy bien cómo ni por qué, empecé a recitar en voz baja, sólo para mí, aquel fragmento inicial que dice:

La ficción hizo posible que la experiencia no destruyera toda razón de vida. El testimonio ve la luz por quienes quedaron allá, por quienes vivieron conmigo la más asoladora miseria, por quienes me revelaron aspectos, ocultos para mí hasta entonces, de esa tan mancillada condición humana de la que cada día nos alejamos más torpemente.

Salí a la calle ahogado, sin aire. A los pocos días tuve el honor de saludar al escritor en un evento literario, y no pude hablarle de cuánto han significado sus libros para mí. No veía al artista, sino al recluso. No veía al poeta y narrador premiado, sino al reo que disfrutaba como ningún otro el momento de la ducha y del vapor en los baños de la prisión. No pude decirle que yo había leído ese libro mil veces desde mi propia experiencia, desde mi propia reclusión, desde mi propia desesperación. La cárcel no es sólo un lugar, sino un estado del espíritu, un estado que regresa una y otra vez para hacernos daño, que nos visita de vez en cuando, y contra el cual tendremos que luchar hasta el día de nuestra muerte.

EL ESCLAVO DE ARGEL

Lo capturó una flota de piratas berberiscos el 26 de septiembre de 1575. Tuvo la mala fortuna de que le encontraron en sus ropas unas cartas de recomendación de unos nobles que abogaban por él. Los captores creyeron que era un hombre importante, cuando la verdad era que Miguel de Cervantes era un miserable soldado.

Lo llevaron prisionero a Argel y allí lo entregaron en calidad de esclavo. Fueron años tremendos, durísimos, en calabozos de sentina donde casi no entraba la luz del sol. Ocasionalmente, dejaban salir a los reclusos a tomar sol, a caminar un rato, a respirar aire puro. Cervantes intentó fugarse cuatro veces, compró intermediarios, consiguió fragatas, pero siempre lo descubrieron, lo delataron y lo regresaron a su sitio de reclusión. En uno de esos castigos, el gobernador turco de Argel, Hazán Bajá, lo condenó a estar encadenado cinco meses en un sótano maloliente.

Mientras tanto, sus hermanas, Andrea y Magdalena, a las que apodaban las Cervantas, se dice que ejercieron la prostitución para poder sostenerse y ayudar a la familia.

Al fin llegó el dinero del rescate y Cervantes pudo regresar a España. Lo esperaba, en realidad, una vida llena de penurias, deudas y denuncias. En febrero de 1582, ilusionado con hacer fortuna allende los mares, solicitó un puesto de trabajo que estaba vacante en Cartagena de Indias, en América. Se lo negaron. Se presentó entonces para ser comisario de abastos y recaudador de impuestos para la Armada Invencible, y por andar cobrándole a la Iglesia lo que ésta estaba obligada a tributar, terminó excomulgado y en la cárcel de nuevo.

Allí, tras los barrotes, lejos de los otros, castigado, agotado, hambriento y sediento, sin un céntimo, comenzó a escribir esa magnífica historia de un hombre que decide cambiar el mundo sólo mediante el ejercicio de su voluntad, sólo con el lenguaje, que es su única arma y su único poder.

El doctor Sergio Fernández, experto en Cervantes, asegura que la mayoría de los prisioneros que intentaban fugarse en Argel terminaban torturados y empalados. A Cervantes siempre lo perdonaron. La respuesta está en que posiblemente era amante de Hazán Veneciano. La sodomía era una práctica normal en la región y para nada censurable.

No hay que olvidarlo: la obra cumbre de la literatura de nuestra lengua la escribió un marginal sin remedio, un presidiario perseguido por la justicia, hermano de dos putas y quizás un homosexual clandestino. Maravilloso. Formidable.

EL TREN DE FINLANDIA

El tren de Finlandia, de Toni Negri, es uno de los más bellos alegatos a favor de la democracia en el siglo xx. A Negri lo acusaron de pertenecer a las Brigadas Rojas, de liderarlas, de brindarles apoyo intelectual y, en consecuencia, de matar al exprimer ministro italiano Aldo Moro. También le endilgaron diecisiete asesinatos más. En abril de 1979 lo detuvieron y lo mandaron a la cárcel. Luego se exiliaría en París.

Este filósofo y pensador se volvió comunista después de haber pasado un tiempo en un kibutz en Israel. En los kibutz no hay clases sociales, ni estratos, ni trabajos denigrantes separados de trabajos importantes. Todo el mundo realiza de todo, todo el mundo colabora, desde trapear, cocinar, limpiar, sembrar, recoger huevos, hasta estudiar, enseñar, teorizar políticamente o escribir artículos. No hay obreros e intelectuales, trabajadores y políticos. No. La comunidad entera se defiende, cultiva, ordeña, lee o hace política. Ese ritmo de vida marcó a Negri, quien de allí en adelante defendió la posibilidad de una igualdad real, sin distancias ni explotaciones.

Y ese fue su error: creer que las democracias modernas permitían esa libertad de pensamiento, esa defensa. Negri es el gran chivo expiatorio de nuestro tiempo. Desde los años ochenta, los que detentan el poder estaban planeando cómo quitarles a los sindicatos todas las prerrogativas conquistadas durante los últimos ciento cincuenta años. Ese ataque se consumó en el año 2008, y a causa de esto los obreros europeos y norteamericanos ya están contra las cuerdas. Acumular y acumular riqueza implica despojar a los otros, asfixiarlos, ahorcarlos, dejarlos en villas miseria. El modelo es el tercer mundo.

Bien, Negri es el meollo de este enfrentamiento y por eso había que perseguirlo y encarcelarlo. Con mayor razón después de la publicación de *Imperio* (escrita a dúo con Michael Hardt), en la que deja en claro que los estados-nación ya no tienen el control ni jurídico ni económico de sus propias sociedades. El capitalismo transnacional es ahora el dueño, el nuevo gran jefe, el imperio. Y cualquiera que se oponga al establecimiento (un establecimiento ladrón, inmoral y genocida), será tildado, como Negri, de terrorista, de peligroso, de defensor de la violencia armada. Ese mundo que se inauguró

después del 11 de septiembre de 2001, en realidad había comenzado mucho antes con la persecución a Negri, con su satanización, con su detención.

Este filósofo regresó voluntariamente a Italia en 1997 para dar la pelea y poner sobre la palestra este gran pleito: el ciudadano común frente al imperio. Lo increíble es que, aunque no lo sepamos ni seamos conscientes de ello, Negri nos representa a todos. Si él pierde, perdemos nosotros también.

UNA TORTA DE BERENJENA

Una de las experiencias más demoledoras es la cárcel. Estar preso es algo que jamás se olvida, no importa si es una cuestión de días o de años. Es una marca imborrable que se lleva para siempre. Sin embargo, como suele suceder en las zonas límite de la realidad, en la prisión también hay lecciones que engrandecen, momentos en los cuales aparece de repente lo mejor de nuestra vilipendiada condición humana.

En 1988 me detuvieron de manera preventiva en Jerusalén y me condujeron a una guarnición del ejército. Allí estuve varios meses. Parte de esa dureza que aprendí en la cárcel la reflejé luego en novelas como *Cobro de sangre* y *Buda Blues*. No es fácil aguantar sin desmoronarse en una situación semejante. Hay que quedarse quieto y aguantar. El equilibrio puede perderse en cualquier momento y de allí en adelante todo es abismo.

Me hice en una barraca con otros latinoamericanos, la mayoría de ellos detenidos por asuntos de drogas. Yo estaba bajo el rótulo de «Investigación por apoyar a grupos terroristas palestinos». Todo se debía a una camaradería con unos integrantes radicales de la OLP que vivían en el Hotel Faisal, lugar donde me habían detenido.

Un domingo en la mañana, uno de los guardias paró a una muchacha palestina cuando ya estaba ingresando en el patio, le revisó de nuevo una cesta en la que había un poco de comida y le decomisó una torta de berenjena sin mayores explicaciones. El novio de la joven era un compañero argentino de mi barraca, René, un tipo gentil y tranquilo al que habían detenido con el pretexto de que estaba traficando comida en un campo de refugiados. La muchacha palestina le contó a René, con los ojos anegados en lágrimas, que le habían quitado la torta que con tanto cariño le había horneado el día anterior. René asintió, no dijo nada, no emitió una sola queja e intentó calmar a su novia con una imperturbabilidad envidiable.

Esa misma noche se declaró en huelga de hambre. No fue posible hacerlo entrar en razón. Estaba al límite de sí mismo. Los guardias creyeron que René fanfarroneaba y que tarde o temprano el hambre lo vencería hasta el punto de obligarlo a recibir algún bocado. No, los días pasaban y mi compañero sólo bebía agua, nada más. Se recostó en su camastro y se dedicó a leer y a dormir. La noticia se filtró más allá de los muros de la prisión y varios camaradas de

derechos humanos empezaron a presionar. René bajó de peso con rapidez y adquirió un color amarillento, enfermizo, como si la piel fuera de caucho. Las autoridades lo visitaron y le dijeron que recapacitara, pero nada, él ya había cruzado esa línea donde la cordura es algo irrelevante.

Intentaron darle una torta idéntica a la que habían decomisado, pero él alegó que no, que la primera la había cocinado su novia y que era especial, irremplazable. Lo sacaron a la enfermería ya muy débil y días después nos enteramos de que había contraído una neumonía y que había muerto en un hospital en Ramala.

El siguiente domingo entró, como siempre, la joven palestina. Un sacerdote católico daba misa en nuestra barraca al mediodía. Yo escuchaba de lejos y nunca participaba. Ella llegó, nos saludó a todos con cierta complicidad triste y dejó sobre una mesa improvisada una torta de berenjena. Cuando el sacerdote terminó la ceremonia en nombre de René, partimos la torta y todos comimos un pedacito. Mientras masticaba, cerré los ojos y repetí mentalmente: «Este es mi cuerpo y esta es mi sangre».

Fue la primera vez —y la última— que comulgué.

EL DESOBEDIENTE

En 1846, David Thoreau se negó a pagarle impuestos al gobierno de Estados Unidos. Dijo que no estaba de acuerdo con la guerra contra México ni con la esclavitud, y que si pagaba impuestos apoyaría dos aberraciones como éstas. Una posición de libertad de conciencia en contra del Estado. Lo llevaron a la cárcel y un amigo suyo terminó pagando por él la deuda para que lo dejaran salir. Pero el debate quedó planteado y Thoreau escribiría uno de los mejores libros de la contracultura norteamericana: *De la desobediencia civil*.

Este libro fue clave para Gandhi (quien, por cierto, lo leyó estando preso) y su práctica de la no violencia en la independencia de la India frente al poder británico. Lo mismo diría más adelante Martin Luther King en su lucha contra el racismo. Es un texto que no se estudia a nivel escolar y que siempre me ha parecido fundamental. Nos enseña que el Estado no tiene más poder que el que nosotros mismos le otorguemos. Si el Estado es criminal, asesino, ladrón, pícaro, nuestro deber es no tributar, no pagarle impuestos. Incluso negarnos a trabajar. No hay que disparar una sola bala ni organizarse militarmente para derrocar al gobierno de turno. Ni siquiera salir a las plazas públicas a arengar al pueblo. Basta con llamar a la desobediencia civil y ya está. Así se derrotará a cualquier poder.

Me encanta imaginarme a Thoreau sentado esa noche en su celda, con las manos entrelazadas en la nuca, mirando el firmamento a través de los barrotes de su celda. Allá afuera estaban los sometidos, los obedientes, los cómplices. Ahí adentro estaba un hombre libre. Por eso escribió más tarde: «Bajo un gobierno que encarcela injustamente a cualquiera, el verdadero lugar de un hombre justo es también la prisión».

EDIPO MARXISTA

En 1980, el filósofo Louis Althusser entró a las dependencias de un colega y le dijo atropelladamente:

—Vengo de asesinar a mi esposa. La estrangulé.

Era verdad. Althusser le estaba haciendo un masaje a su mujer para relajarla un poco y calmarle un dolor de espalda, y de repente pasó por debajo de su cuello una sábana enrollada y la estranguló de manera frenética, sin darle alivio ni formas de defenderse. Estaba pasando por una de sus peores crisis existenciales. Ya lo habían recluido muchas veces en instituciones mentales por una psicosis maniaco-depresiva. Y después del crimen no terminaría en la cárcel, sino de nuevo en una clínica psiquiátrica.

Se ha dicho que la clave de su enfermedad mental estaba en su reclusión en un campo de prisioneros de guerra alemán a comienzos de los años cuarenta. Quizás. La línea psicoanalítica asegura que la clave está en su madre, quien vivió enamorada de Louis Althusser, no el padre del filósofo, sino su tío, el hermano de su padre. Cuando éste nació, la madre le puso el nombre de su antiguo amado. Así, el teórico marxista quedaba condenado, en el rol de Edipo, a amar a su madre y a hacerla feliz. De hecho, el mismo Althusser aludió a esa situación tan perversa varias veces.

Tal vez sea cierta esta hipótesis. Otros aseguran que tenía una amante más joven, una mujer bella y graciosa que contrastaba con el mal genio y la aspereza de su esposa. Posiblemente. Pero yo siempre he sospechado que Althusser fue víctima de eso que en el siglo XIX se llamó «melancolía abstracta», que era un hundimiento central de la mente, una caída en un abismo sin fondo, una precipitación en los vacíos insondables del ser mismo. Y cuando el sujeto ha vislumbrado ese precipicio tenebroso, queda anonadado, sumido en su propio desaliento, en su propia nimiedad. Y pierde su yo. De ahí en adelante, da igual lo que haga o deje de hacer.

MASCARÓ

Mascaró, el cazador americano, de Haroldo Conti, es uno de los mejores libros que he leído en mi vida. Hace referencia al peligro político que significa ser muchos, multiplicarse, subdividirse. El Circo del Arca lleva en su viaje un mensaje inquietante: somos legión. Y por eso Mascaró es buscado, perseguido y torturado por agentes estatales.

Bien, parece mentira, pero agentes del gobierno argentino leyeron la novela de Conti y la catalogaron como peligrosa. En el folio 2516 de la Asesoría Literaria de la Dipba (Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires), está el análisis que hicieron estos sabuesos del libro. Lo catalogaron como peligroso, como una apología del comunismo, de la revolución, como un ataque a la Constitución.

Y desde ese mismo año le empezaron a avisar a Conti que estaban tras él.

Y en efecto, al año siguiente lo detuvieron en su casa, lo torturaron y lo desaparecieron. Hay un bello texto de García Márquez preguntando por su paradero. También hay un artículo de Ernesto Sábato aclarando algunos detalles del escrito de García Márquez y mostrando toda su tristeza ante un hecho tan atroz.

Siempre me he imaginado a Conti golpeado, sangrando, hecho pedazos, en algún calabozo clandestino en las afueras de Buenos Aires. Supongo que lo más increíble para él fue constatar que todo lo que le sucedía ya lo había escrito, que su inconsciente se había anticipado a la realidad. Ahora padecía lo mismo que su personaje, ahora él era su personaje. ¿La novela estaba en el mundo, o el mundo se había convertido en su novela? Esa frontera difusa entre la ficción y la realidad debió ser lo más difícil de precisar durante aquellas horas nefastas. Por fortuna, Mascaró sobrevivió y ningún policía pudo borrarlo del mapa. Esa es la supremacía de los personajes sobre su autor. Gracias a ellos, los escritores nunca se mueren del todo.

EL CHE

Le dio la vuelta en bicicleta a Argentina mientras preparaba sus exámenes de medicina. Era asmático y, sin embargo, jugaba rugby. Siempre se sintió atraído por la lepra y trabajó en leprocomios con una devoción casi sacerdotal. No le interesaba la política, sino la aventura. Leía a Conrad, a Stevenson, a Salgari. Le encantaba el ajedrez y amaba a Cantinflas, a quien imitaba a la perfección. Llegó a Leticia navegando por el Amazonas y fue arquero de fútbol del Sporting Leticia. Luego subió por la intrincada geografía colombiana hasta el leprocomio de Agua de Dios. Se identificó con Fidel en México porque ambos eran reacios a la vida social y no se vestían muy bien. Se unió a la revolución en calidad de médico y aventurero. Resultó siendo un ídolo. Al final, en Bolivia, preso, herido, sucio, hambriento, hizo un enorme esfuerzo y se puso de pie para que lo fusilaran. No quería morir sentado ni de rodillas. Quería morir como había vivido. Su cadáver guardó una extraña y aterradora semejanza con Jesús.

ANTES QUE ANOCHEZCA

El escritor Reinaldo Arenas estuvo preso en la infernal prisión de El Morro porque la Revolución cubana lo consideraba una amenaza debido a su condición de homosexual. Lo persiguieron, lo torturaron física y psicológicamente, lo obligaron a renegar de sí mismo, lo aniquilaron. Su autobiografía, *Antes que anochezca*, logró salir de la cárcel gracias a que otro recluso, también homosexual, escondió los originales en el recto. Luego Arenas escaparía de Cuba y se exiliaría en Nueva York. Ya no era él, era la sombra de sí mismo. Tenía sida y la vida se le había convertido en un fardo difícil de cargar. La vejez tampoco era para él. Había renegado de ella muchas veces y la consideraba «un insulto». Se tomó una dosis letal de alcohol y barbitúricos, pero en los segundos finales se asfixió con una bolsa que decía I Love New York.

Un libro que es introducido por el ano y que consigue burlar la vigilancia policial de este modo me parece uno de los destinos más extraordinarios y casi inverosímiles de la literatura. Y, curiosamente, muy consecuente con la vida del autor, con sus deseos más profundos, con sus obsesiones. El lenguaje como fluido corporal, el recto como matriz, el ano como vulva a través de la cual un nuevo ser llega a la vida antes que anochezca del todo.

DOCTOR MUERTE

La lucha del doctor Kevorkian a lo largo de su vida por el derecho a morir con dignidad me parece no sólo encomiable, sino que no comprendo cómo su legado no ha hecho cambiar a los médicos, a los legisladores, a la sociedad en general. Kevorkian ayudó a más de cien pacientes a terminar con su vida, que ellos mismos consideraban una fuente de tortura, de ignominia y de vergüenza. Su máquina principal se llamaba Mercitron: máquina de misericordia.

A veces el cuerpo es la maravilla del placer y la plenitud, pero a veces también es el origen del dolor y la postración. Nunca he entendido por qué esta cultura enaltece tanto el sufrimiento, por qué lo admira, lo glorifica y lo patrocina. Y si quieren sufrir y humillarse, está muy bien, que lo hagan si eso los hace felices. No obstante, deberían dejar la puerta abierta para los que no deseamos terminar de ese modo, los que no sentimos la obligación de purgar nada, los que no queremos someter a nuestros seres queridos a un voyerismo perverso y culpable. Democracia es eso, libertad de opinión y de acción.

Me gusta la imagen de Kevorkian en la cárcel, cuando lo condenaron después de una de sus muertes asistidas. Se la pasaba leyendo sobre el cuerpo en la antigüedad, en Grecia, en Roma, en Egipto. Tomaba notas, meditaba, les hablaba a los otros presos sobre la dignidad, sobre el derecho al suicidio, sobre cómo liberarse de sí mismos. Viejo, achacoso, con un humor negro a toda prueba, les dijo esto a los medios de comunicación a la salida de la cárcel:

—Fue estupendo, uno de los periodos más interesantes de mi vida.

El día en que murió, el 3 de junio de 2011, sentí que habíamos perdido a uno de los precursores de una de las luchas políticas más necesarias de nuestro tiempo. Y me sentí también un poco huérfano.

7. LA MÁQUINA CORPORAL

SUPERHÉROES 1

Son gente del común, ciudadanos que estudian, que trabajan, que hacen turnos en una librería o en un almacén de ropa. Un día, cansados de la rutina, de cierta frivolidad que se va imponiendo de mala manera en las acciones más cotidianas como cocinar, ir al baño o pagar las facturas, estas personas deciden convertirse en otras, inventarse un álter ego, transformarse en un superhéroe que, en cierta forma, es superior a ese ser banal y miserable de la vida rutinaria de todos los días.

Por ejemplo, Phoenix Jones es un muchacho de veintidós años que vive en Seattle. En el día trabaja en una tienda de cómics y se la pasa leyendo historietas y hablando sobre ellas con los clientes. En la noche, entonces, se transforma en el gran Phoenix Jones y sale a vigilar las calles a ver quién necesita ayuda. Se mandó hacer un traje de goma a prueba de balas y anda armado con una pistola de descargas eléctricas y un *spray* de gas mostaza.

Pero Jones no es el único. Están también dc Guardian, Citizen Prime, Knight Vigil o el antiguo y flacuchento toxicómano Crimson Fist. Algunos de ellos han recibido entrenamiento militar, clases de defensa personal e incluso hay expertos en artes marciales mixtas. Viven en apartamentos con escasa luz, son gente de clase media y ninguno de ellos es un *yuppie* exitoso ni un hombre de negocios adinerado. Es la clase trabajadora dura que tiene problemas en los bancos para pedir un préstamo y que los últimos días de mes no tiene con qué hacer mercado. No obstante, más allá de esa crudeza y de esa escasez que los atosiga sin descanso, ellos han logrado ir un paso más allá y convertirse en seres que antes sólo habitaban en los cómics. Incluso varios se han agrupado en una legión: Real Life Superheroes (Superhéroes de la Vida Real), y se reúnen cada mes para intercambiar estrategias, ideas y proyectar ataques conjuntos al hampa de sus respectivas ciudades.

Me encantan. Escribir un libro sobre ellos sería algo fascinante. Conocer cómo fue su niñez, quiénes eran sus padres, cómo los trataban en el colegio, cuándo y cómo y de quién se enamoraron la primera vez. Saber cuánto ganan, quiénes son sus jefes en el trabajo, de qué enfermedades sufren, qué les gusta cocinar cuando están solos en su apartamento, en pijama, recién levantados un sábado o un domingo después de una noche intensa de patrullaje.

Imposible no recordar a Don Quijote en los primeros capítulos, cuando un vecino lo recoge todo apaleado y le dice que sabe quién es él, el granjero

Alonso Quijano. Y Don Quijote responde con mucha dignidad:

—No me diga quién soy, que yo sé muy bien quién soy y quién puedo llegar a ser.

SUPERHÉROES 2

En México hay dos superhéroes salidos de lo normal. El primero de ellos surgió después del terremoto de septiembre de 1985 en Ciudad de México. Varios de los inquilinatos en el centro histórico quedaron arrasados, caídos, deshechos. Los propietarios recibieron ayuda gubernamental para recuperar sus viviendas, pero los arrendatarios no, los echaron a la calle y ya está. Era gente de trabajos humildes, de abajo, del país profundo, que se quedó sin techo, a la intemperie. Entonces apareció Superbarrio, el superhéroe de los damnificados, de los trabajadores explotados, de los humildes, y empezó una campaña por la justicia social que lo llevó a enfrentarse con las autoridades y con la policía. En la línea de El Santo y de Blue Demon, e incluso del encapuchado Subcomandante Marcos, Superbarrio surgió de un momento a otro de las calles olvidadas y en ruinas de las colonias más necesitadas del Distrito Federal para recordar ciertos ideales de la Revolución mexicana de 1910.

Vale la pena citar parte del texto que escribió Eduardo Galeano sobre él:

Medio siglo después del nacimiento de Superman en Nueva York, Superbarrio anda por las calles y las azoteas de la Ciudad de México. El prestigioso nortea, mericano de acero, símbolo universal del poder, vive en una ciudad llamada Metrópoli. Superbarrio, cualquier mexicano de carne y hueso, héroe del pobrerió, vive en un suburbio llamado Nezahualcóyotl. Superbarrio tiene barriga y piernas chuecas. Usa máscara roja y capa amarilla. No lucha contra momias, fantasmas ni vampiros. En una punta de la ciudad enfrenta a la policía y salva del desalojo a unos muertos de hambre; en la otra punta, al mismo tiempo, encabeza una manifestación por los derechos de la mujer o contra el envenenamiento del aire; y en el centro, mientras tanto, invade el Congreso Nacional y lanza una arenga denunciando las cochinas del gobierno.

Hay una foto de Superbarrio con Noam Chomsky que es de no creer. El viejo lingüista está a su lado, muy orgulloso, y es evidente que el personaje importante no es Chomsky, sino Superbarrio Gómez, con su máscara roja y amarilla.

El otro superhéroe mexicano de renombre es Fray Tormenta, un sacerdote que ingresó primero a la Orden de las Escuelas Pías y que luego llegaría a ser profesor de Filosofía en la Universidad Católica Romana de México. Por esa época era el padre Sergio Gutiérrez y fundó un orfelinato que al poco tiempo se vio en apuros para poder sostener a los muchachos pobres que allí vivían. El sacerdote había sido un aficionado a la lucha libre desde joven y decidió

probar en el cuadrilátero con el fin de recaudar fondos para sus huérfanos desamparados. Así nació Fray Tormenta y durante muchos años el sacerdote llevó esa doble vida sin que nadie descubriera su verdadera identidad. Hoy en día es un personaje popular mexicano muy estimado.

Hay una foto suya que recuerdo siempre con profundo respeto: está él con su atuendo sacerdotal y su máscara de luchador oficiando la eucaristía con la hostia en alto. Los dos seres fusionados, que conforman una deidad bifronte, y que alzan el cuerpo de Jesucristo como prueba y ofrenda al mismo tiempo.

SÚPER CÍVICO

Este fue el superhéroe que creó Antanas Mockus cuando era alcalde de Bogotá. El vestido era amarillo y rojo, con capa, y Antanas solía ocultarlo detrás de una gabardina un tanto trajinada. Era el héroe que nos enseñaba a todos los ciudadanos a respetar el semáforo en rojo, a cuidar a los niños, a no contaminar nuestro medio ambiente.

A comienzos de 2012 le hice a Antanas una entrevista que publiqué en el periódico *El Tiempo*. Habló de la importancia de la ley, de la Ola Verde, del descalabro de su última campaña a la presidencia de la república. Estábamos en el barrio Teusaquillo y afuera lloviznaba apaciblemente. Cuando terminamos de hablar salí a la calle, con una tristeza inmensa que me embargaba y me impedía celebrar ese diálogo tan enriquecedor que acabábamos de tener.

Mi estado de ánimo no mejoró durante los días siguientes. Todo lo contrario, empeoró y terminé resfriado y con fiebre. No lograba recuperarme. Pensé que la sinceridad de Antanas me había conmovido hasta el punto de deprimirme.

Semanas después di con la clave. No era nada referente a un discurso político o intelectual. Salí destrozado de esa entrevista porque, inconscientemente, recordé a Súper Cívico, el superhéroe de mi ciudad al que alguna vez le encomendé mi obra en la plaza del chorro de Quevedo en La Candelaria. Lo vi de lejos y le grité:

—Un día esta ciudad será una ciudad de la literatura. Ya estoy en eso, Súper Cívico. Bendíceme.

—Cuenta con ello —me respondió Súper Cívico sonriente, mientras se tocaba el corazón que latía debajo de su traje en un gesto de solidaridad y camaradería.

Ahora, vestido de paño, apagado y leyendo un libro sobre psicología circunstancial, mi superhéroe estaba muy lejos de poder echarme una mano. Me había abandonado. Mi obra y yo nos encontrábamos completamente solos, a la deriva. Y asimilar esto fue devastador.

ISABELLE CARO

La célebre modelo francesa Isabelle Caro, que lideró una campaña contra la anorexia exponiendo su propio cuerpo, su propia enfermedad, murió en noviembre de 2010 a sus escasos veintiocho años de edad. En el año 2006 llegó incluso a pesar veinticinco kilos y entró en coma. Alguna vez afirmó: «Tengo psoriasis, el pecho caído y un cuerpo de persona mayor. La delgadez engendra la muerte y es todo salvo belleza. Es todo lo contrario».

Desafortunadamente, el mundo de la moda le ha puesto poco caso. Siguen patrocinando a esas jovencitas con pinta de insectos, cariacontecidas, depresivas, que parecen condenadas a desaparecer por fuerzas que ellas mismas desconocen.

Por un lado, es curioso que los diseñadores de moda hombres, muchos de ellos homosexuales, no se sientan inspirados por las curvaturas femeninas, por el volumen de las caderas, los senos y el culo, y que en consecuencia hayan decidido masculinizar esos cuerpos hasta convertirlos en figuras rectilíneas que evocan las de los adolescentes varones. Los transexuales, que han soñado toda la vida con ser mujeres, jamás toman como modelo esta delgadez enfermiza. Antes bien, se rigen por el cuerpo de Brigitte Bardot, de Marilyn Monroe o de Jennifer López, cuerpos redondos, plenos de voluptuosidad. Es como si en la medida en que las mujeres se van convirtiendo en muchachitos hambrientos, los transexuales a su vez llegaran para recordarnos el poder de la maja de Goya y de las mujeres de Rubens.

Por otro lado, es inevitable no pensar en dos imágenes cuyo paralelo es evidente: los campos de exterminio alemanes y los cuerpos africanos agonizando de hambre mientras las moscas revolotean a su alrededor. Es como si la modernidad, que nos prometió la igualdad y la justicia, nunca se hubiera dado cuenta de que en su seno iban la revolución industrial, el capitalismo salvaje y, en consecuencia, la animalidad voraz de media humanidad que iba a dejar a la otra media literalmente en los huesos. Los cuerpos de los campos de concentración y de la inanición africana, cuerpos masacrados por el capital, cuerpos traicionados por la modernidad, parecen reaparecer misteriosamente, por un efecto especular, en las pasarelas de moda, en los afiches publicitarios o en los comerciales de ropa interior. Y quizás lo hacen para recordarnos algo fundamental, algo que no hemos querido reconocer y enmendar.

CRONONAUTAS

En los últimos años, quizás el más famoso viajero del tiempo ha sido John Titor, el soldado norteamericano que afirma venir del año 2038 en unas misiones un tanto triviales. A comienzos de los años 2000 y 2001, este visitante del futuro afirmó, muy en la línea de la NASA y de las teorías de físicos prestantes como Hawkings, que era posible desplazarse en el tiempo si se encontraba un agujero de gusano que permitiera recorrer el espacio-tiempo en bloque, esto es, cambiar de un punto a otro modificando a su vez el tiempo de entrada y el de salida. Titor confirmaría a su vez la teoría de Einstein sobre la ergoesfera, es decir, sobre un agujero negro en rotación que permite viajar a una velocidad superior a la de la luz para quien está por fuera del agujero. La implicación de ese movimiento es que podría llegarse a un punto temporal anterior al momento del despegue. En otras palabras, viajar al pasado.

Lo maravilloso de John Titor es que explicó su máquina, habló en distintas páginas de internet sobre sus dispositivos especiales y sobre las teorías que avalaban su viaje en la física contemporánea. Afirmó también que no era el único viajero, sino que había muchos más, gente que venía del futuro para intentar modificar ciertos comportamientos y ciertos errores graves que acarrearían desastres más adelante. Eso significaría que estaríamos rodeados por gente que viene de un futuro que ni siquiera sospechamos. Titor aclaró también que hablaba desde un universo paralelo, no desde el nuestro, y que por lo tanto lo que sucedía en ese universo paralelo no necesariamente tenía que corresponder con éste. Por ejemplo, anticipó una guerra civil en Estados Unidos y dijo que el imperio se dividiría en cinco naciones. Eso puede que no suceda en este universo, sino en uno paralelo, en el de Titor. Él mismo era un sobreviviente de esa gran guerra.

Lo curioso de este crononauta, como de otros a los cuales nos referiremos más adelante cuando hablemos de experimentos oficiales del gobierno estadounidense, es que asegura que hay una dificultad para vislumbrar con precisión el futuro a partir del año 2012 y hasta el 2030 o 2040. Es como si en ese lapso se creara una zona de indeterminación, un bloqueo, un remolino extraño y confuso que no se pudiera analizar precisamente por su composición aleatoria y difusa. Parecería un tiempo clave, definitivo, esencial, pero difuso, sombrío, atravesado por una serie de elementos

gaseosos, neblinosos, evanescentes. Algo parece estar terminando, y eso significa que algo está empezando también simultáneamente. Y de la manera como terminemos depende la forma como iniciaremos. Lo curioso es que al ser aleatorio, permanentemente, a cada segundo, el modelo gira, se tuerce y se modifica a sí mismo.

Unos científicos han construido una máquina que, según ellos, ya permite desplazamientos temporales: la Qabala. Y hay una compañía, llamada Time Machine Inc, que invita a los viajeros del futuro que nos están visitando ahora a que se pongan en contacto, para que nos hablen, nos digan, nos adviertan.

Titor desapareció así como había irrumpido, de un modo intempestivo, y muchos de los especialistas en estos temas afirman que regresó a su tiempo inicial. Otros están seguros de que todo se trató de imaginación, de pura ciencia ficción. Da igual. Porque lo que importa no es la verdad, sino la verosimilitud.

PASEO EN BICICLETA

En medio de la segunda guerra mundial, el 19 de abril de 1943, el doctor Albert Hofmann ingirió en su laboratorio, por accidente, una dosis de LSD. El mundo a su alrededor era un infierno de muerte y devastación: bombas, masacres, genocidios, torturas, hambrunas... Sin embargo, ese día, el Día del Ingreso en Otra Realidad, el doctor Hofmann ingirió la dosis y salió de su laboratorio en bicicleta. En ese famoso paseo, mientras pedalea hacia su casa, este psiconauta abrió las puertas de la percepción y viajó a través del mundo fractal. Sufrió un desdoblamiento temporal y logró la disolución de su ego, dos experiencias que redimensionaron la conciencia contemporánea. En uno de sus diarios escribió:

Viernes 16 de abril, 1943: me vi forzado a interrumpir mi trabajo en el laboratorio a media tarde y dirigirme a casa, encontrándome afectado por una notable inquietud, combinada con cierto mareo. En casa me tumbé y me hundí en una condición de intoxicación no desagradable, caracteriza, da por una imaginación extremadamente estimulada. En un estado parecido al del sueño, con los ojos cerrados (encontraba la luz del día desagradablemente deslumbrante), percibí un flujo ininterrumpido de dibujos fantásticos, formas extraordinarias con intensos despliegues caleidoscópicos. Esta condición se desvaneció dos horas después.

Mientras unos científicos trabajaban en el Proyecto Manhattan, que desembocaría en ese genocidio que fueron Hiroshima y Nagasaki, y mientras otros desequilibrados ponían a trabajar a tope los campos de exterminio nazis, el simpático doctor Hofmann inauguraba un nuevo viaje para los occidentales: la aventura de la conciencia, la precipitación a los abismos de la mente irracional, al inconsciente, a los sótanos desconocidos de nuestro cerebro. Ese famoso día, el llamado Día de la Bicicleta, la realidad se abre, se fractura, se diluye, y ya jamás volverá a ser la misma. Por fortuna...

LA DISTANCIA DEL PSICONAUTA

Timothy Leary fue considerado en su momento por Richard Nixon como «el hombre más peligroso de Norteamérica», lo cual no deja de ser el colmo del cinismo. Lo que tanto molestaba al establecimiento gringo era que Leary, un psicólogo e investigador a fondo de los efectos del LSD en pacientes psiquiátricos, descubriera que en el cerebro hay una serie de fuerzas aún no exploradas por los occidentales. El concepto del trabajo y del ahorro, un esquema vulgar y alienante, ha creado un comportamiento robotizado en el que hemos perdido la grandeza, lo sagrado, la conexión con el misterio. Leary abogó por una forma de vida plural, donde se respetara el uso de ciertos alucinógenos, como el LSD. De hecho, fundó la Liga para el Descubrimiento Espiritual y exigió para su congregación todos los derechos constitucionales que tenía cualquier otra religión. Obviamente, lo único que consiguió fue que se desatara una persecución en su contra, que lo encarcelaran y que el régimen se dedicara de allí en adelante a prohibir el uso de sustancias psicoactivas. En una de esas condenas fue el vecino de Charles Manson, con quien solía conversar de celda a celda.

Entre los muchos encarcelamientos que padeció este profesor de psicología, hay uno, el de 1972, en el que se ve cómo un grupo de agentes estatales vestidos de negro, encorbatados y con los zapatos bien lustrados, llevan esposado a un Leary de pantalones anchos, zapatos tenis, chaqueta deportiva (con un libro en uno de sus bolsillos) y andar desgarrado. Los cuatro detectives van serios y molestos. En cambio, la cara de Leary está cruzada por una enorme carcajada, por una hilaridad incontrolable, por un humor que lo hace retorcerse de la risa. Qué foto. Está en un archivo de la DEA de ese año. Cómo se nota en esa imagen la distancia, la supremacía de Leary sobre ese sistema paquidérmico, mortuorio y criminal. Hay que ver esa foto más a menudo. Nos recuerda algo esencial.

DIMENSIONES BOTÁNICAS

El etnobotánico Terence McKenna ha sido uno de los grandes exploradores de la psique bajo los efectos de ciertas llaves químicas como la ayahuasca, el LSD o los hongos alucinógenos. Fue uno de los grandes profesores de las universidades norteamericanas en temas de chamanismo, religiones primitivas y estados alterados de conciencia.

Siempre me ha fascinado su teoría de la onda de tiempo cero. A comienzos de los años setenta, McKenna y su grupo estuvieron en Colombia y participaron en rituales chamánicos bajo el efecto del yagé y otras plantas de la zona amazónica. En estado de trance, McKenna vislumbró un modelo del universo basado en el *I ching*, el famoso libro de las transformaciones chino. En esa teoría del tiempo hay una serie de progresiones matemáticas, de cambios y modificaciones que respetan ciertos patrones. Es un fractal de la historia humana en el que aparecen la caída del imperio romano, el descubrimiento de América y los horrores de las guerras mundiales del siglo xx. El quinto nivel de ese fractal empezó en 1945 y corresponde al mundo computarizado, en el cual el tiempo se acelera 64 veces más que en los cuatro mil años anteriores. El sexto nivel va del 3 de diciembre del 2011 al 16 de diciembre de 2012. El séptimo nivel son sólo seis días, del 16 de diciembre hasta el solsticio de invierno, el 21 de diciembre de 2012. El octavo nivel durará apenas unos cuantos minutos.

Lo curioso de ese solsticio de invierno del 2012 es que McKenna publicó su teoría en 1975, doce años antes de que José Argüelles y su libro *El factor maya* pusieran sobre la mesa esta fecha como un posible fin del mundo. McKenna postuló su teoría sin haber investigado nada sobre el calendario maya. Lo hizo como una revelación matemática en un estado alterado de conciencia en medio de la Amazonia colombiana.

AIMEE MULLINS

Rubia, de rasgos finos, impactante por una mezcla de candor y fuerza, de ternura y potencia física desmedida, con una sonrisa bondadosa que le ilumina la mirada, la Mullins estableció dos marcas personales extraordinarias: 15,77 segundos para los 100 metros planos, 34,6 segundos para los 200 metros y 3,5 metros en salto largo. Lo increíble es que ella no tiene piernas, que está amputada desde niña. Sin embargo, a finales de los años noventa los diseñadores de las grandes pasarelas de moda la descubrieron y ha desfilado varias veces en distintos países. Ha sido portada de *Sports Illustrated* y la revista *People* la incluyó entre las cinco mujeres más bellas del planeta. Como el tamaño y el diseño de sus prótesis cambian, la Mullins puede medir de 1,80 metros de estatura hasta 1,95. Y sus prótesis de competencia no son las mismas que usa cuando se viste de etiqueta o cuando desfila en pasarelas. Lo cierto es que después de verla uno jamás la olvida.

EL POETA QUÍMICO

El mexicano Jorge Cuesta es reconocido hoy en día como un extraordinario poeta y ensayista, pero en realidad era químico de profesión. Y esa visión científica sobre la materia fue la directriz de su vida. Consideraba su propio cuerpo una cosa, un objeto de estudio, algo dissociado de sí mismo, de su psique, de su conciencia.

Fue el jefe del laboratorio de la Sociedad Nacional de Azúcar y Alcoholes, donde se la pasaba probando líquidos y mezclas raras ideadas por él: una bebida que impedía que el alcohol hiciera efecto en el cuerpo, una pócima que podía convertir el agua en vino, una sustancia que le produjo una catalepsia de pocos minutos. Todo lo probaba él mismo, como si fuera por un lado el científico y por otro el conejillo de Indias. Era callado, introspectivo, melancólico.

Poco a poco, esa extrañeza con respecto a la propia materia que lo componía lo hizo llegar a un punto que no dejó de asombrarlo: no podía sentir de verdad, no lograba que las pasiones lo afectaran así como a los demás. Los sentimientos le parecían sólo un derivado de la materia, una consecuencia, un efecto más. Los otros se enamoraban, sentían celos o envidia, deseos de venganza o ganas de matar, pero él era sólo un espectador de pasiones ajenas, alguien que estaba condenado a analizar a los otros desde lejos. Esa distancia le hizo daño, lo aisló, lo dejó a merced de sus propios delirios.

En un momento determinado, Cuesta empezó a experimentar con enzimas que debían incluso modificar el comportamiento de género. Se convertiría en un Adán Kadmón, en una deidad bisexual, en un viajero transexual que rompería para siempre esa división absurda entre lo femenino y lo masculino. Me parece extraordinaria la imagen del poeta inyectándose fórmulas preparadas por él mismo al fondo de su laboratorio, solo, mientras la luz desaparece lentamente a través de las ventanas. Es difícil encontrar a un escritor que haya tenido tan claro el hecho de que la literatura sucede, nace, se gesta en el cuerpo.

Un día, Cuesta sangró debido a unas hemorroides. Pensó que se trataba de su primera menstruación y se alegró. Terminó en el psiquiatra, y la familia y los amigos lo vigilarían de allí en adelante. Pero ya no había nada que hacer. El poeta se había saltado los límites hacía rato. Lo llevaron a un hospital mental, donde estuvo recluido un tiempo. En una de sus salidas sufrió una

recaída brutal e intentó cercenarse los genitales. Lo recluyeron de nuevo en el sanatorio del doctor Lavista, en la colonia Tlalpan. Un día los enfermeros que tenían la orden de vigilarlo sin descanso se descuidaron y el poeta se ahorcó con las sábanas de su propia cama. Era agosto de 1942. Afuera, más allá de la clínica, el horror también se estaba apoderando del mundo entero.

LOS OJOS

Los ojos están diseñados para ver el mundo, los contornos, las atmósferas, los colores. Distinguen, precisan, detectan, vigilan. Pero los ojos no pueden verse a sí mismos, no están hechos para autoobservarse; por ende, no podemos tampoco ver nuestro rostro, el centro de nuestra identidad. No sabemos cómo somos, qué rasgos, qué gestos nos definen. Para ello necesitamos un espejo, un vidrio, una vitrina, un charco de agua, una cámara fotográfica. Esto es, requerimos herramientas, prótesis, objetos que están allá afuera y que nos pueden echar una mano para saber en realidad cómo es nuestra apariencia, cómo miramos, quiénes somos.

Parecería que se tratara sólo de una cuestión de diseño de la máquina corporal. Sospecho que es algo más grave. De un modo paralelo, no podemos analizarnos a nosotros mismos, no logramos medirnos correctamente, no sabemos sopesar nuestras fuerzas ni nuestras flaquezas. Siempre nos calculamos mal. Si estamos juzgando a los demás, percibimos con facilidad sus errores, sus vicios, las fallas que los han conducido a tropezarse o a caerse definitivamente en la vida. Los *vemos*. Pero cuando estamos haciendo un examen de conciencia, un balance, un ajuste de cuentas con nosotros mismos, casi siempre fallamos, nos mentimos, nos engañamos, no damos en el blanco. Por lo general, el asunto es mucho más grave de lo que creemos. Y todo radica en que no estamos diseñados para un ejercicio semejante.

Cuántas personas no andan por la vida extraviadas, hundidas, sometidas a vicios, depresiones y conductas autodestructivas sólo porque no han sabido pedir ayuda, es decir, porque no han podido reconocer que necesitan un par de ojos ajenos para verse a sí mismas.

GABRIELLE ANDERSEN

Miles de veces he querido rendirle un homenaje al deporte, a todo lo que le debo, a todo lo que he aprendido de él. Durante meses tomé notas para una novela sobre un atleta, revisé las calles donde iba a vivir mi personaje, las tiendas vecinas, el restaurante donde trabajaría. No sé qué pasó, pero no pude escribir ese libro. Algo me sacaba siempre de la historia, me lanzaba allá afuera, a ese sitio donde uno se queda mirando la página durante horas sin saber cómo continuar, qué decir. Ese intermedio tenebroso es uno de los peores lugares de la literatura. Unos meses después compartí mis anotaciones con el director de cine Rodrigo Triana, y terminamos escribiendo a dúo un guion cinematográfico sobre un deportista que lleva una vida terrible mientras entrena y da lo mejor de sí mismo. Una película que no tengo ni idea si algún día podremos realizar.

Desde mis años en el colegio Refous el atletismo, el fútbol, el baloncesto, el ciclismo, y ya más tarde, de adulto, el squash, han sido mi verdadera educación temperamental. Como nadie nos enseña cómo templar el carácter, yo decidí darme una educación propia a través de los deportes. Y le debo a esa otra vida mía el aguante y la reciedumbre que he tenido que ejercitar en esta profesión tan dura y compleja. Lo más importante es que me ha enseñado que la escritura pasa por el cuerpo, que es cuerpo. Nadie escribe una novela sin sentir el cansancio extremo, la angustia, la desesperación. Es uno de los géneros más exigentes, más crueles, donde toda la resistencia física y mental se pone a prueba. Es muy difícil escribir una novela sin disciplina, sin terquedad, sin ser un necio. Y muchos escritores jóvenes claudican o terminan derrotados por las distintas pruebas, sencillamente porque no están bien entrenados, porque no se prepararon lo suficiente para la fatiga extrema, el dolor, la soledad y la ausencia absoluta de apoyo.

A este respecto, el escritor japonés Haruki Murakami ha dejado un testimonio magnífico en el que es, para mí, su mejor libro: *De qué hablo cuando hablo de correr*. Es un bello testimonio de por qué la afición de este escritor por correr maratones ha sido el verdadero secreto que está detrás de su obra.

Varias veces, cuando he estado a punto de tirar la toalla, de decir «No más, me retiro de esta pesadilla», recuerdo la imagen de la célebre maratonista Gabrielle Andersen en las Olimpiadas de 1984 en Los Ángeles, y

vuelvo a mirar por enésima vez ese momento increíble. Habían tomado la largada cincuenta atletas y era la primera vez que esta dura competición formaba parte del programa femenino en los Juegos Olímpicos. Las favoritas, una norteamericana y una noruega, ganaron, en efecto, los primeros puestos. Pero lo curioso fue cuando entró al estadio, bastante tiempo después, una competidora suiza, Gabrielle Andersen. Ingresó a la pista con los últimos arrestos que traía, y de pronto el cuerpo colapsó, se negaba a continuar, quería parar y echarse al piso hasta que llegaran los médicos con la camilla. Fue un momento tremendo, único en la historia del deporte: la Andersen daba tumbos de lado a lado, pasando de un carril a otro, deshidratada, ida, con las piernas temblando, como si fuera un robot al que se le ha trabado algún mecanismo interno. Los músculos y los tendones ya no le obedecían. Los calambres la tenían casi paralizada. La región lumbar no soportaba ya el peso de las piernas. Los médicos le rogaban que se recostara en el piso para poder ayudarla y ella se negaba, decía que no, manoteaba, y lo único que hacía era mover las piernas en forma automática, de lado a lado, caóticamente, buscando la meta, olfateándola, intuyéndola. Era claro que el cuerpo ya se había detenido metros atrás y que lo único que la mantenía en pie era su voluntad, su mente. Y así, desfallecida, temblando, sin ver, sin oír, sin saber quién era ni dónde estaba, cruzó por fin la meta. Un momento épico. El estadio, todo de pie, no hacía sino aplaudir, llorar y ovacionarla. Los médicos se lanzaron sobre ella y la sacaron alzada. Su expresión era la de alguien que había cruzado un umbral misterioso, inenarrable, una zona más allá de sí misma.

Cuánto le debo a Gabrielle Andersen y a ese momento inolvidable, ejemplar...

DEREK REDMOND

Eran las semifinales de los 400 metros planos en los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992. Derek Redmond, atleta británico de origen caribeño, era uno de los favoritos para alzarse con el oro, pese a que había sido duramente golpeado por varias lesiones a lo largo de su carrera. Las cámaras lo enfocaban permanentemente. Sus zapatillas amarillas brillaban ese día. Partió con ímpetu por el carril 5 y se devoró en segundos los primeros metros. Su postura y su braceo impecables le permitían cortar el viento con una facilidad asombrosa. De repente, sintió un dolor punzante en la pierna derecha y quedó paralizado, inmovilizado. Se vio obligado a ponerse de rodillas. Los otros corredores continuaron sin prestarle atención y terminaron la carrera. Redmond sabía que se trataba de una lesión grave: el tendón de Aquiles. El dolor le subía por la pierna y se instalaba en la región lumbar. Estaba liquidado, no había nada que hacer. Un médico se acercó para prestarle ayuda. Redmond levantó la mirada y contempló la meta a lo lejos, *muy* lejos. Se había preparado durante meses y años para cruzarla, todo su ser había estado concentrado en esa línea. Eso era lo único que importaba, llegar, obligar al cuerpo a que se arrastrara hasta ese lugar donde lo estaba esperando lo mejor de sí mismo. Entonces hizo a un lado al médico y a los camilleros que ya se aproximaban, y, cojeando, con la pierna derecha deshecha, inservible, empezó a caminar hacia la meta. Un hombre saltó de las gradas y rompió los cordones de seguridad para llegar hasta la pista y prestarle ayuda. Los guardias se lo iban a impedir y él sólo atinó a decir:

—Es mi hijo, me necesita.

En efecto, Jim Redmond llegó hasta él, lo abrazó y lo ayudó a continuar hasta la meta. Derek lloró desconsoladamente. Sabía bien que era el fin de su carrera, que esos eran los últimos segundos de su vida como atleta de alta competencia.

Lo curioso es que nadie recuerda quién cruzó de primero en esa carrera. Derek Redmond es un ejemplo de cómo ganar llegando de último.

RAP

Y la calle ahí, siempre dispuesta a sorprendernos, a lanzarnos a aventuras imprevistas o a masacrarnos en cualquier descuido. La calle no es un lugar, un espacio, sino un estado del cuerpo y de la mente, una actitud, una rebelión. El andén como sublevación, como resistencia, como un modo de ser en medio de una época que tanto valora el confort, la sosa comodidad de la clase media, la quietud mortuoria de la pequeña burguesía emergente.

Una ciudad puede ser un entrecruzamiento de líneas, de calles y carreras, de avenidas y diagonales, sí, una cuadrícula tediosa y aburrida, pero también puede ser una entrada en otro mundo, un laberinto misterioso, un pasadizo que nos lleve al otro lado del espejo. Cuántas veces no nos hemos extraviado en este espejismo multidimensional que es nuestra ciudad. Hay carros y peatones, sí; droguerías y restaurantes, sí; banqueros y oficinistas, sí, pero también hay monstruos y ángeles, alienígenas y guerreros, aventureros y magos, posesos y zombis.

Y de repente, en medio de esa inmovilidad perversa del espacio privado, un cuerpo comienza a moverse en el parque, en la esquina, en la cancha, y una voz empieza a rapear con toda la potencia de su desesperación, de su rabia, de su marginalidad: la voz del poeta que se conecta con el misterio, con la otredad, con la cara oculta de la realidad. Esas voces nos recuerdan las pruebas en medio del desierto para los derviches, los cantos chamánicos, las letanías de los practicantes sufíes entre sus instrumentos y sus danzas sagradas, las voces de *blues* de los esclavos negros bajo el sol implacable de las plantaciones sureñas.

Me gusta verlos en parche, siempre juntos, tragándose la ciudad como nómadas antiguos desplazándose por la estepa o como monjes zen recién rapados. En una época en que se hace la apología de la individualidad, del triunfo solitario, del éxito personal, ellos nos dan una lección tremenda: solo no eres nadie, no existes, no aguantas y terminarás reventándote. Lo único que te puede salvar es la tribu, los tuyos, tu ejército...

Los carros devienen letras de *hip hop* y de *rap*, el pavimento se transforma en ritmos pausados, la angustia urbana es metamorfoseada en versos que se elevan entre la lluvia y que enuncian la esencia misma de la ciudad: el caos, el vértigo, las fuerzas de la locura llamándonos una y otra vez hacia el abismo...

Como en todo arte verdadero, lo mejor y lo peor de nosotros están en esas letras y esos ritmos. Bienvenidos esos jóvenes que cantan y aúllan entre los muros de Ciudad Gótica sus historias potentes de fuerza y de resistencia colectiva. De algún modo, todos estamos en deuda con ellos.

Gracias, muchachos. No saben cuántas veces me he recargado y he resucitado en sus canciones, en sus consignas, en sus gritos de guerra...

LA ENFERMEDAD

De repente, sin saber cómo ni por qué, una noche cualquiera llegó la enfermedad. La fiebre se apoderó de mí, una tos despiadada me condujo al ahogamiento, un temblor persistente me recorría a la madrugada, me visitaron unas pesadillas atroces en las que figuras malignas me aprisionaban la garganta y me cortaban el aire. Los espasmos de la tos me dejaban adolorido, casi sin poder caminar. El insomnio me impedía descansar y buscar la tan anhelada recuperación. Los médicos intentaban con antibióticos, con terapias respiratorias, con corticoides. Nada. Por momentos sospeché que no lo iba a lograr, que era el fin.

Y entonces, por entre las nebulosas de mi inconsciente, una voz me recordó vagamente una palabra griega: *peripeteia*. Es cuando el héroe pierde el norte, cuando los dioses le quitan todo respaldo, cuando todas sus certezas se van a pique, cuando duda de sí, cuando se queda completamente solo y la realidad se invierte, se da la vuelta, y él ya no es un héroe sino un ser insignificante tanteando en la oscuridad. El descenso a los infiernos. Esa peripecia también sucede a la inversa, pues en algún momento la realidad vuelve a girar y se restablece el orden.

Me levanté en las horas de la mañana y consulté «Ítaca», el poema de Kavafis. En algún momento dice:

*Cuando emprendas tu camino a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias...*

La palabra griega usada por Kavafis originalmente es *peripeteia*, «peripecia», y el traductor la interpretó en español como «aventura». Si seguimos fielmente el original, sería así:

*... pide que el camino sea largo,
lleno de peripecias, lleno de experiencias...*

Y comprendí. Pidamos que el camino sea largo, y que en ese transcurrir no todo sea rectilíneo, plano, siempre igual. No. Pidamos también que el camino se dé la vuelta y que quedemos a veces bocabajo, invertidos, mirando hacia las profundidades. Porque si eso no sucede, no conoceremos nuestro

lado más oscuro, nuestro misterio, nuestro horror, nuestra bajeza, nuestros miedos, nuestros fantasmas, nuestras culpas más inconfesables, nuestra indignidad. Y si no estamos familiarizados con nuestra vulnerabilidad y nuestra incertidumbre, ¿cuál es entonces el verdadero conocimiento de nosotros mismos que tenemos? ¿Cómo más se construye sabiduría?

¿Cómo llevar una vida hermosa sin peripecias?

8. EL PLACER DE LA AVENTURA

EXTRAVIADO

La historia de Rudolf Fenz es difícil de superar. Este misterioso personaje apareció en el verano de 1950 y surgió de la nada en pleno Times Square, en Nueva York. Tenía unos treinta años de edad y miraba los edificios y los carros con temor, alucinado, como si estuviera atrapado en una pesadilla. No entendía nada. Iba vestido con un abrigo grueso y con unos zapatos de hebilla muy antiguos, como si acabara de salir de una fiesta de disfraces. Fueron tales su angustia y su extravío que tropezaba con la multitud, miraba las vitrinas sin comprender qué estaba pasando e intentaba hablar, pero las palabras se quedaban atragantadas y sólo alcanzaba a balbucear sonidos incomprensibles. Al fin trastabilló en una esquina y un carro lo atropelló.

En la morgue no dejaban de sonreír por la vestimenta del sujeto. No obstante, la cosa se complicó cuando encontraron en sus bolsillos una carta con matasellos de 1876 dirigida a él, el señor Rudolf Fenz, y unos cuantos billetes y monedas de esa época. El agente Hubert Rihn, de la Oficina de Desaparecidos del Estado de Nueva York, se puso al frente de la investigación. Supuso que por el apellido tal vez el hombre sería alemán o austriaco. Revisó los archivos de los inmigrantes de la segunda guerra mundial, muchos de los cuales se habían refugiado en Estados Unidos en busca de una nueva vida. Nada. Por ningún lado apareció el señor Fenz. Después de infructuosas pesquisas dio con una guía telefónica de 1939 en la que aparecía un tal Rudolf Fenz Jr. Averiguó acerca de este individuo, pero ya había fallecido. Finalmente, encontró a su viuda y ésta quedó sorprendida con la historia. En efecto, el padre de su esposo, el señor Rudolf Fenz, había salido una noche de 1876 a dar una vuelta y fumarse un cigarrillo, y había desaparecido sin dejar rastro. El detective investigó los archivos del año 1876 y corroboró esta información. La familia del señor Fenz lo había reportado ese año como desaparecido.

Los físicos y matemáticos que conocen esta historia elaboran hipótesis que son características de la ciencia ficción: portales interdimensionales, agujeros de gusano, universos paralelos, un viaje cuántico a través del tiempo, una breve caminata de setenta y cuatro años. Los seguidores de las teorías extraterrestres afirman que al señor Fenz lo secuestraron seres de otro planeta y que luego lo dejaron un día de verano cualquiera en el centro de Nueva York. Tal vez, por qué no.

Lo que a mí me gusta imaginar es ese momento en el que Fenz enciende su cigarrillo mientras camina por su granja, mira la llama, aspira, levanta la mirada y de repente ya está entre el gentío y el fragor de Times Square, setenta y cuatro años después. ¿No es así la vida? ¿No estábamos ayer montando en bicicleta y disfrutando de la adolescencia, y en un soplo, en un parpadeo, nos vemos ya con una familia, con hijos, llenos de canas? ¿No es la vida un viaje en el tiempo, un viaje que creemos al comienzo que va a durar mucho, y cuando menos pensamos nos han engañado y ya estamos arrugados y con achaques de salud? ¿Hace unos segundos no éramos jóvenes, redactando en máquinas de escribir manuales y viendo televisión en blanco y negro, y de repente, de un momento a otro, abrimos los ojos y nos encontramos rodeados de iPods, computadores portátiles y teléfonos celulares? ¿No somos todos el extraviado señor Fenz?

CRUSOE

Se llamaba Alexander Selkirk y vivió cuatro años y cuatro meses completamente solo en una isla del océano Pacífico. En él se basó Daniel Defoe para su famosa novela *Robinson Crusoe*. Según cuenta la leyenda, cuando lo encontraron parecía un animal salvaje, iba vestido con pieles de cabra, melenudo, barbado, y gruñía y emitía sonidos guturales. Selkirk regresó a Europa e intentó rehacer su vida como un individuo normal, pero no pudo. Extrañaba su isla, el mar, el cielo nocturno del Pacífico tachonado de estrellas, el viento contra los arrecifes.

Cuentan que en la ladera de una montaña, en su pueblo, Selkirk construyó dos refugios con maderas, lianas y juncos, y que solía escaparse para allá y pasar días enteros durmiendo sobre el piso y a la luz de la luna.

Me encanta esa imagen del antiguo pirata, como un lobo nocturno, echado sobre la grama contemplando el firmamento. Hay algo en esa escena muy antiguo, una búsqueda profunda, un sentido religioso contenido que está muy cerca del arte y de la poesía. El aire, el sonido del viento contra los árboles, las siluetas del mundo insinuadas en medio de la oscuridad, los ruidos de los animales nocturnos, y el hombre ahí, frente a frente con los elementos, con la materia, con la vida que susurra su existencia ineluctable. Esa es la sabiduría del solitario.

Quizás por eso mismo, al final, Selkirk volvió a embarcarse y dejó atrás ese intento fallido de estabilidad. Y se murió como lo que era, un marino, un itinerante. Y lo enterraron donde él se merecía, en el mar, frente a costas africanas.

DIAMANTES

Cuando todo se puso feo en Israel y no conseguía trabajo por ninguna parte, tuve que emplearme diariamente para oficios que iban desde cargar piedras hasta cortar troncos gigantes con motosierras que hacían un ruido infernal. Varios extranjeros madrugábamos y nos parábamos en una esquina determinada, frente a un restaurante palestino. Hasta allí llegaban los contratistas con sus camiones y nos iban señalando: «Usted, usted, usted».

Me hice muy amigo de un ruso que se llamaba Joseph, alto, robusto, de pocas palabras. Dormíamos en el mismo hostel y nos solían contratar al tiempo. La idea de Joseph era recoger algo de dinero e internarse en África en busca de diamantes. La aventura plena, a la antigua, según las reglas de la vieja escuela. El corazón de las tinieblas. Todas las noches hablábamos de lo mismo, revisábamos los mapas, hacíamos cuentas.

Finalmente, llegó el día. Joseph se echó su morral al hombro y se alistó. Yo miré mi máquina de escribir toda llena de arena, apaleada, mugrienta, valiente, leal, y supe, sin que nadie tuviera que aclarármelo, que estaba en una de esas encrucijadas definitivas ante las cuales nos enfrenta la vida: la literatura o la aventura. Suspiré. Joseph me miró a los ojos, miró mi máquina destartada en un rincón del cuarto y comprendió sin que yo le explicara nada. Me dio un abrazo y me dijo en un tono fraternal:

—Adiós, hermano. Escribe cosas cojonudas, valientes. Que no te vaya a temblar la mano...

Y salió. No he vuelto a saber nada de él. Muchas veces me he preguntado cómo le fue, si hizo dinero, si se casó, si se murió de fiebre o picado por algún bicho traicionero. Y me pregunto también si en algún universo paralelo yo habré tomado el otro camino, el de la aventura, y cómo me habrá ido, si seré millonario gracias al negocio de los diamantes, si estaré casado con una mujer negra de turbante, si me habré muerto de malaria o de algún virus desconocido...

OKUPAS

La diferencia entre ocupar un espacio, un garaje, una habitación o una bodega, y *okupar* esos mismos lugares, radica en que la segunda acción es un acto político, contracultural, subversivo. Se trata de defender el derecho a la vivienda, pero también, en ese acto de okupar una casa abandonada, un edificio viejo y destartado o un almacén olvidado, hay una protesta, una estrategia de lucha y un compromiso social. Desde los años ochenta, el movimiento okupa es uno de los más importantes y significativos. Muchos jóvenes se dieron cuenta de que había una cantidad de inmuebles de «engorde», vacíos, desocupados, cuyo único objetivo era dejarlos quietos para ir ganando la valorización. Mientras tanto, cientos de miles de personas no tenían dónde vivir. Así que decidieron entrar, tomarse esos sitios, okuparlos y empezar una lucha política y muchas veces militar para defender su derecho a tener una vivienda. De sus lemas y carteles durante las marchas hay uno que los define bien: «El que okupa, preocupa».

Me gustan las historias de esos jóvenes que cualquier noche llegan con su morral, su portátil y sus herramientas a una casa en ruinas y toman posesión de ella, la mejoran, la pintan, la arreglan, conectan la luz y el agua en forma clandestina, y hacen de ella un verdadero hogar, una guarida, un refugio en medio de una sociedad hostil e irracional. Es más, me gustaría que mi propio apartamento fuera un día okupado, que llegara y me tropezara en él a dos o tres jóvenes instalados ya y con el espacio repartido. Creo que no diría nada, me haría en el lugar que me correspondiera y comenzaría a compartir con ellos sin tocar el tema. Muy posiblemente empezaría a escribir uno de mis mejores libros.

FREEGANS

De las tribus urbanas contemporáneas, ésta es una de las más lúcidas. Se mueven casi siempre en bicicleta, patines, patinetas o a pie. Han decidido no consumir más, no seguir esa locura general de comprar y comprar, de sacar montañas de basura, de engordar y engordar. Los *freegans* son recolectores de objetos de todo tipo, los reutilizan, los arreglan, los convierten a veces en piezas de arte. Han establecido unos lugares estratégicos, como supermercados, tiendas y fábricas de enlatados o de galletas, y sacan de la basura alimentos en perfecto estado, frutas, verduras, pan, lácteos, y por lo tanto no tienen que hacer mercado ni andar gastando dinero a todas horas. Y ojo, no se trata de indigentes ni de gente necesitada. Es un movimiento político en el que hay profesores universitarios, médicos, artistas y amas de casa de clase media o alta. Salen con su morral al hombro una o dos veces por semana, revisan la basura de las bodegas y los almacenes que ya conocen, y regresan a la casa con la mochila llena de alimentos limpios y con las fechas de caducidad vigentes. También encuentran ropa, zapatos o libros. Ellos saben muy bien que algunos de los peores comportamientos que están destruyendo el planeta son el consumo desmesurado, el gasto sin control, la conducta insaciable de una sociedad enloquecida por comprar y tener. Y así es, no hay la menor duda.

TÁNGER

Alguna tarde, caminando por las calles estrechas de la capital marroquí, di con un pequeño bar al que entré a refrescar la garganta en medio de un calor implacable. Me hice en la barra y pedí una cerveza bien fría. Un hombre moreno, de ojos claros y cejas bien delineadas, se acercó, me dio un abrazo muy conmovido y me dijo en árabe unas palabras que le salían del corazón. Le expliqué al barman en español y después en inglés que no sabía nada de árabe, y él le tradujo al otro lo que yo acababa de decir. El hombre asintió, se entristeció mucho, me dijo algo (otra vez en árabe) con los ojos llenos de lágrimas, y salió del lugar. Le pregunté al barman qué era lo que había pasado. Me contestó con seriedad:

—Dice que usted es su primo, que llevaba muchos años sin verlo y que entiende perfectamente por qué no quiere hablarle. Que él está muy arrepentido por lo que le hizo a su familia y que espera que algún día pueda perdonarlo.

Han pasado más de veinte años desde aquella tarde. Cuando voy caminando solo por la calle, con las manos entre los bolsillos, me pregunto si ya perdoné a ese hombre. Durante mucho tiempo me dije que no, que aún no, que tenía que pagar por lo que hizo. Y desde hace unos cuantos meses siento que sí, que ya lo perdoné, que ya purgó sus errores y sus ofensas. Ahora me encantaría viajar a Tánger, regresar a ese mismo bar y dejarle una nota de perdón. Al fin y al cabo, es sangre de mi sangre.

MOLOKÁI

El padre Damián llegó a la isla de Molokái cuando ésta era un refugio para los leprosos del archipiélago. Temiendo el contagio, las autoridades de Hawái habían exiliado en esa isla a todos los enfermos de lepra verificados y anotados previamente. Era un campo de la muerte donde no sobrevivían mucho tiempo y donde se iban pudriendo en vida en medio del calor y las necesidades. Algunos testimonios de la época hablan de violencia salvaje entre los enfermos, condiciones infrahumanas y un dolor extendido más allá de lo soportable por un ser humano. Las lanchas llegaban hasta la playa, arrojaban a los enfermos y se retiraban con temor del lugar. A veces veían zombis deformados y monstruos que emergían de los matorrales a contemplar el nuevo desembarco.

A esa isla llegó el padre Damián con su Biblia. Construyó una iglesia, predicó la palabra de Dios, reunió a todos los enfermos y les propuso vivir en comunidad de manera civilizada. Hay una foto extraordinaria en la que incluso logra convocar a unas jóvenes isleñas para hacer un coro y él les enseña las lecciones básicas de canto.

Hasta que un día el padre Damián mete los pies en agua caliente y no los siente. Entonces descubre que ha contraído la enfermedad, que él es también ahora un leproso. A partir de entonces diría en sus homilías y escribiría en sus cartas: «Nosotros los leprosos». Y murió así, entre su gente, entregado por completo a su causa.

Robert Louis Stevenson publicó una carta en 1890 en la que ensalza su labor y que le daría la fama mundial. Mahatma Gandhi también se referiría a él como una inspiración para su lucha de la no violencia en la India.

Damián es el padre espiritual de los leprosos, de los enfermos incurables, de los olvidados, de los enfermos de sida, de los marginados. Es decir, una línea poderosa de margen, de alguien que no busca las posiciones de privilegio, sino las otras, las de los bordes, las de los extramuros, las que están prohibidas, las que dan miedo. Pocos navegan por las aguas que están más allá de lo permitido. Cuando él llega a Molokái se decía que era «el infierno en la tierra», y aun así sintió que era su deber establecerse allí y luchar. Las fotos que todavía perduran lo muestran con sombrero, corpulento, barbado, rodeado por unos seres fantasmales, deformes, grotescos, desdentados, amputados.

Si hay algo que me apasiona del cristianismo auténtico es precisamente la fuerza de esa línea marginal. Jesús no anda entre sacerdotes reconocidos, gente rica y dirigentes opulentos. No, es entre pescadores humildes, prostitutas, enfermos, posesos, leprosos, ciegos y pecadores. De hecho, termina crucificado en medio de dos ladrones. Si hay que criticarle algo con dureza al Vaticano y al catolicismo oficial, es que se haya olvidado justamente de esa línea marginal. Esa que con tanta vehemencia defendió la Teología de la Liberación, esa que hizo suya Damián de Veuster hasta el punto de terminar con todo el cuerpo llagado y supurante.

Es al padre Damián al que le he encomendado toda mi obra.

MARIPOSA

Tendría trece o catorce años cuando vi la noticia en un noticiero de televisión: habían dado de baja a un preso colombiano de la costa caribe (no recuerdo si en Barranquilla o en Santa Marta) que se había fugado poco antes. La policía lo había perseguido a lo largo de dos días y por fin lo había podido cercar en un barrio popular, atrincherado en un patio humilde, entre unas gallinas y unas matas de yuca. Lo que me impactó de la noticia es que ese preso se había fugado en un ataúd (casi idéntica a la fuga del conde de Montecristo), haciéndose pasar por el muerto, y después había emprendido la huida. Un detalle me conmovió profundamente: el tipo había corrido durante esos dos días con un libro metido entre una mochila barata: *Mariposa*. Así dijo el presentador: *Mariposa*. Cuando iba a saltar la barda de esa casa miserable con su libro entre la mochila, los agentes le dispararon varias veces y cayó tendido en el polvo. No soltó la mochila y se murió agarrado a su libro.

Durante semanas me pregunté de qué diablos hablaba ese libro para que el fugitivo lo considerara la clave de su vida. Pregunté, pero nadie me daba respuesta. Por fin mi padre me sacó de la duda. Se sonrió y me dijo que habían pronunciado la traducción al español y no el nombre original en francés. El libro se llamaba *Papillon* y era una novela muy famosa.

Al día siguiente me fui para las casetas de libros de la calle 19, en pleno corazón de Bogotá, y conseguí la edición del Círculo de Lectores. Su autor: Henri Charriere, un preso famoso que se había escapado de varias prisiones en circunstancias asombrosas.

Recuerdo haber leído esa novela a mis catorce años con el corazón palpitándome a toda velocidad, embebido en su lectura durante horas cada día, y no hice nada más sino seguir el hilo de su historia, transportado a ese mundo de presos duros y aventureros que estaban dispuestos a morir en libertad antes que regresar a sus celdas infames.

El problema fue que llegó el examen de literatura de ese bimestre y todo el mundo había leído *María*, una novela romántica que habla de un amor imposible. Yo no tenía el menor interés en ese libro porque me había pasado semanas completas leyendo y releendo pasajes de *Papillon*, y era ducho en la Isla del Diablo, en los tipos de lepra que se extendían a lo largo de las islas caribeñas, en los indígenas guajiros que acogían al protagonista con una

hospitalidad paradisíaca, y en la infinidad de tormentos que solía aplicarle Francia a sus reos en la Guayana francesa.

Mi profesora de Literatura me rajó con una calificación humillante. Aseguró que *Papillon* no era literatura seria. Así dijo, como si nada, sin sonrojarse siquiera. Ahora que lo pienso, dudo mucho que en ese bimestre alguien de mi colegio hubiera leído tanto y en forma más apasionada que yo.

Eso me enseñó algo clave: la lectura obligatoria es absurda. Un buen profesor es aquel que sabe dar con el libro adecuado para sus estudiantes y no el que impone textos, convencido de la importancia de un canon soso y sin sentido.

Y luego, como escritor, tuve claro también que quería escribir libros a partir de la vida, intensos, potentes, en los que se sintieran la fuerza y el dolor de nuestro paso por el mundo. Lo importante no era la opinión de uno o dos académicos acartonados y cobardes, sino que alguien quisiera morirse con un libro de uno entre su mochila sucia y polvorienta.

HACIA RUTAS SALVAJES

Es una novela-crónica de Jon Krakauer (*Into the wild*) que cuenta la historia real de un joven norteamericano de comienzos de los años noventa, Christopher McCandless, que decidió convertirse en un vagabundo, en un viajero sin estabilidad de ninguna clase, sin trabajo fijo, sin dinero ni ahorros. Más tarde, hacia el año 2007, el actor Sean Penn escribió un guion y dirigió una película basada en el libro.

Chris terminó sus estudios universitarios y siente que ese mundo de títulos y de la búsqueda de un éxito individual no es para él. Todo le parece soso, banal, instituido para la glorificación de un ego que sólo se regodeará en el futuro del dinero y las propiedades alcanzadas. Trabajar, consumir y ahorrar le parecen no sólo objetivos triviales, sino estúpidos. Y luego tener una familia para transmitirles a las siguientes generaciones las mismas tonterías sería ya el colmo. Así que decide empacar un morral con lo estrictamente necesario y comienza una aventura que no sabe dónde terminará.

Después de experimentar la vida de trotamundos por varios estados se dirige hacia el norte, hacia Alaska, y sueña con vivir entre animales, rodeado sólo por la naturaleza, en el corazón mismo de lo salvaje. Así lo hace y se instala en un viejo autobús destartado que le sirve de guarida. Caza, recoge algunas frutas, se las arregla. Pero se descuida, no calcula bien los cambios climáticos y la crecida de un río le impide el retorno para pedir ayuda. Las municiones se terminan, las reservas se agotan, se intoxica con unas plantas que lo envenenan y, al final, muere en su refugio delgado y hambriento. Lo que más extraña, justamente, es aquello que lo hizo alejarse: la gente, un poco de compañía. Es una tremenda reflexión sobre la alteridad, sobre la importancia del otro, sobre los enormes peligros de alejarse en exceso. Recuerdo una de las últimas frases que escribió Chris, ya escuálido y moribundo, con su cuchillo de cacería en una tablilla de madera:

«No hay felicidad completa sin compañía».

EL LLAMADO

Es como un aullido salvaje, como una petición, como una orden que nos llega de una guerra lejana donde ejércitos enemigos están masacrando a ciertos hombres valientes. No hay que pensar ni calcular nada. Cuando en la mitad de la noche escuchamos esa voz que cruza el aire gritando nuestro nombre, hay que tomar las armas y atravesar corriendo el desierto para ir al enfrentamiento. Si no acudimos en el momento justo, después la cobardía no nos dejará vivir en paz. Nos enteraremos de cómo murieron los otros, de cómo entregaron su vida con heroísmo y grandeza mientras nosotros nos escondíamos miserablemente. Hay que acudir al campo de batalla y dejar en él lo mejor de nosotros mismos.

Cuidado: no estoy hablando de la guerra, sino del arte y la literatura.

9. LOS ESPEJOS DEL AMOR

SÍNDROME DE CLERAMBAULT

Un amigo escritor se levantó la mañana de un domingo, muy temprano, porque el timbre de su apartamento sonaba insistentemente. Vivía solo y pensó que se trataba de un error. ¿Quién iba a llegar a su casa a las seis de la mañana de un domingo? Abrió la puerta y se tropezó con la imagen de una joven de dieciocho años, muy bella, con una maleta en el piso. Ella le dijo en voz baja, con un tono que estaba a medio camino entre la confesión criminal y la seducción sexual:

—Hola, soy Adela; por fin nos reunimos y podremos estar juntos. Yo sé que tú me amas y he venido a decirte que estás correspondido, que no puedo vivir sin ti y que jamás te abandonaré ni te traicionaré. Nos podemos casar cuando tú digas. No pude venir antes porque era menor de edad. Acabo de cumplir los dieciocho.

Había que ver la cara de mi amigo mientras contaba esto. Se quedó estupefacto, inmóvil, sin saber qué decir ni cómo comportarse. Cuando pudo reaccionar, lo único que se le ocurrió fue llamar a los padres de la chica y avisarles lo que estaba sucediendo. Temía una demanda por secuestro. La familia llegó por ella y la internó en una institución mental. El diagnóstico no se demoró: síndrome de Clerambault.

Esta es una fantasía por medio de la cual la persona cree que un individuo (por lo general reconocido, de cierto renombre o aceptación pública) la ama en secreto y le envía mensajes que sólo ella puede interpretar: una cita de un libro, una canción, la alusión a alguna película. También puede interpretar gestos, chistes o incluso silencios. Todo confirma que el sujeto la ama de manera clandestina.

Un caso magnífico de este síndrome fue el intento de asesinato de Ronald Reagan el 30 de marzo de 1981. John Hinckley Jr. había visto infinidad de veces la película *Taxi driver*, dirigida por Scorsese, y se había identificado con el protagonista, el taxista solitario y vagabundo Travis Bickle, representado por Robert de Niro. En esa película, Jodie Foster hace el papel de una prostituta joven, menor de edad, casi una niña. Y en la soledad de las salas de cine, en medio de la oscuridad, en las incontables funciones a las que asistió en los cientos de teatros donde proyectaron la película, nació en Hinckley ese amor desbocado y sin control por la actriz. La siguió por todo Estados Unidos, la llamó un par de veces, le escribió algunas cartas y al final

decidió asesinar al presidente Reagan para llamar su atención y obligarla a que ella saliera públicamente y confesara su amor por él. Sobra decir que Hinckley no fue a la cárcel y que desde entonces está recluido en una institución mental.

Me pregunto si todos no hemos padecido variantes menores de este síndrome. ¿Quién no se ha enamorado de una actriz o de un actor, de una cantante, de un pintor o de una deportista? ¿No hemos presenciado varias veces la misma película sólo por verla a ella sonreírse en una escena, correr por la playa o emprender una fuga que la conducirá a la locura y a la muerte?

En mi caso, confieso un amor juvenil absoluto y perfecto por sendos personajes que encarnó la actriz Meryl Streep en *La amante del teniente francés* y *La decisión de Sofía*. Amé con locura a esa mujer que sale a caminar misteriosamente por el malecón en medio de la tempestad, la heroína romántica que está invadida por una fuerza extraña que la acerca a una melancolía difícil de clasificar. Y un año después, en 1982, volví a amar a la misma actriz en *La decisión de Sofía* cuando hace el papel de una mujer que sobrevivió a los campos de concentración y que esconde un secreto terrible e inhumano. Vi esas películas no sé cuántas veces en las funciones de matiné, vespertina y nocturna, y me curé de ese amor sólo cuando caí en otro: Isabelle Adjani en el papel de *Adele H*, la hija de Víctor Hugo.

LEJOS DE CASA

En 1988 trabajaba en el kibutz Mefalsim, al sur de Israel, muy cerca de Gaza. En la sección de voluntarios había un gringo con el que congenié de inmediato: Michael Willig. Era un joven de cabello largo, de sonrisa dulce, siempre dispuesto a compartir y a conversar un rato. Se vestía con *jeans* y con camisas *hippies* de colores. Los fines de semana se la pasaba de viaje, en Jerusalén, en Tel Aviv, en Eilat, con un pequeño morral al hombro donde llevaba una muda de ropa, los útiles de aseo y uno o dos libros que subrayaba con un marcador verde brillante. Había recorrido también Egipto, Jordania, Líbano y Turquía. Tendría por aquel entonces la misma edad mía, unos veintitrés o veinticuatro años. Lo curioso es que llevaba viajando desde los dieciocho años, solo, lejos de su clase media acomodada, sin preocuparse por entrar a la universidad y estudiar alguna carrera profesional.

A Michael los sueños de un futuro estable no le importaban. No tenía ambiciones de ninguna clase, no deseaba grandes cosas. Llevaba ya varios años acostumbrado a vivir con muy poco, cargando su morral de un país a otro y desempeñando diversos trabajos allí donde de repente decidía detenerse por uno o dos meses. La verdad es que era la primera vez que yo conocía a un vagabundo de verdad, un vagabundo ilustrado cuyo único objetivo era continuar en el camino, seguir la ruta, no detener ese vector que lo impulsaba siempre hacia adelante.

Una noche nos metimos en Gaza y nos quedamos donde unos periodistas palestinos con los que habíamos hecho alguna amistad. Bebimos unas cervezas y le pregunté si no extrañaba su casa, las comodidades, la seguridad de un cuarto limpio y un buen plato de comida caliente todos los días. Entonces me contó que cuando tenía diecisiete años su hermanita menor, que era una niña de escasos nueve años, había enfermado de cáncer. La familia hizo todo lo posible por salvarla, la llevó a las sesiones de quimioterapia necesarias e incluso pagó de su propio bolsillo tratamientos extras que no estaban contemplados en el seguro médico. Nada. La chiquita finalmente murió en brazos de Michael, de su hermano adorado que la llevaba al colegio todos los días, que la acompañaba al cine, que le regalaba libros cada vez que podía y se los leía él mismo por la noche antes de dormir. Y fue entonces, con el cadáver de su hermanita entre los brazos, que él sintió la muerte muy cerca, casi rozándolo allí mismo en esa habitación fría e impersonal del hospital, y

supo que si se llegaba a quedar quieto lo alcanzaría muy pronto a él también. Más que una premonición lo sintió como una advertencia, como si la muerte misma se lo estuviera susurrando al oído.

A los pocos meses cumplió dieciocho años, escribió una nota de despedida y empezó la fuga, la huida, la carrera para esquivar y despistar a la muerte. Ocasionalmente llamaba por teléfono a su casa y avisaba que estaba en Europa, en África, en el Medio Oriente. Prometía regresar pronto y continuaba con ese viaje perpetuo que no conducía a parte alguna.

Nos despedimos un viernes por la tarde en una calle empedrada de la Jerusalén antigua. Había decidido, con unos pocos ahorros que tenía, llegar hasta la India. Le di un abrazo y le deseé buena suerte. Lo vi partir por ese callejón estrecho y me dije que no huía de la muerte, sino que buscaba el camino que lo condujera de regreso a su hermanita. En alguna ciudad del planeta, en algún templo, en algún otro niño él la encontraría de nuevo y se sanaría de ese vacío que le devoraba las entrañas.

Aún hoy, tantos años después, me pregunto si el bueno de Michael habrá encontrado ese recodo del sendero donde ella ha estado esperándolo para lanzarse a sus brazos y pedirle que le lea un cuento antes de dormir.

UN PRIVILEGIO MISERABLE

Estar solo es a veces una decisión estética, una necesidad literaria. Muchos escritores, pintores o actores continúan negándose a entrar en la rutina y la comodidad, en la atrofia de la costumbre. Es curioso, pero en medio del sopor, de la paz del amor rutinario y repetitivo, algo se adormece en el artista, algo sucede y ciertas facultades de percepción ingresan en un marasmo del cual es muy difícil salir. Quizá la creación sucede justamente en el caos, en las saturnales, en el ir y venir de una existencia múltiple que necesita la escritura como una forma de equilibrio para contrarrestar la locura y la muerte. Nosotros somos distintos no porque seamos mejores, pues ser un creador es un privilegio miserable. Somos distintos porque nuestro cuerpo se mece entre la desmesura y la catástrofe, entre la pluralidad y la entropía. Nuestro cuerpo requiere ir siempre un paso más allá de la conyugalidad, la estabilidad y la fidelidad, y por otro lado necesitamos estar solos, más acá de la compañía, sin nadie a nuestro lado, sabiéndonos exiliados y atrincherados para que entonces llegue el arte y pueble con toda su fuerza ese vacío, ese agujero negro donde combatimos día y noche contra el paso del tiempo, contra la muerte. Necesitamos que nuestro cuerpo delire, así como también que nuestro cuerpo se aíle: he ahí nuestra dicha suprema y nuestra condena. Necesitamos la libertad y la soledad como dos estrategias de guerra para no ingresar en esa zona pantanosa donde la costumbre puede matarnos. Por eso somos tan peligrosos, porque somos animales salvajes que se niegan a domesticar su deseo.

CIBERAMANTE

La historia me la contó uno de los protagonistas. Aburrido de una vida sosa y sin sentido, decidió ingresar a un juego por internet en el que era posible llevar una segunda vida. Decidió ser un tipo alto, de aspecto atlético, simpático, muy hábil para vender finca raíz. El personaje funcionó a la maravilla hasta que descubrió en el juego a una muchacha apocada y religiosa que le compró uno de sus apartamentos virtuales. La joven había decidido independizarse y dejar de vivir con sus padres. Era discreta, tímida, ferviente creyente y muy piadosa. La relación se entabló en forma natural y empezaron a cartearse, a chatear durante horas, a intimar cada vez más hasta que se enamoraron perdidamente. Hasta aquí no deja de ser una de tantas historias de internet.

La joven decidió violar la regla sagrada: no salir nunca de lo virtual, no traspasar el umbral hacia este lado. Llevaban dos años escribiéndose y contándose mil asuntos íntimos, mil situaciones que los habían marcado, mil gustos que compartían. Le pidió que salieran del juego, que se encontraran, que se pusieran una cita. Mi amigo no supo qué decir. Sentía que era muy bajito, delgado, medio calvo, y que la desilusión sería excesiva para ella, fuera quien fuera la persona que se escondía detrás del personaje que lo había cautivado. Esquivó el encuentro durante semanas, pero la solicitud era cada vez más insistente: «Por favor, encuéntrate conmigo, necesito conocerte, saber quién eres, verte, darte la mano, abrazarte». Una nota lo inquietó. Decía: «Es importante, no tengo mucho tiempo». Decidió salir del ciberespacio y enfrentar la situación. No le gustaba la idea de presentarse ante alguien que lo conocía tanto espiritualmente y decirle: «Éste soy yo, sí, un fracasado, un don nadie, un solterón que todavía vive con sus padres y que no sirve para nada». Pero reunió algo de coraje y al final respondió que sí. Entonces recibió una dirección, un día, una hora. Nada más.

Acudió a la cita. Era una casa enorme en un barrio elegante. Lo hicieron pasar a una sala y a los dos o tres minutos una empleada lo acompañó hasta un cuarto donde lo estaba esperando una anciana muy enferma, conectada a un balón de oxígeno. Era una mujer de unos ochenta años, bien vestida, distinguida, sonriente, que dejaba entrever una belleza fuera de lo común en su juventud. Un detalle conmovió a mi amigo: se había mandado peinar y maquillar para la ocasión. Le pidió que se acercara y lo abrazó con fuerza:

—Gracias, mil gracias por todo. Estos dos años han sido menos terribles gracias a ti —le dijo con una sonrisa llena de gratitud.

Le contó que le habían diagnosticado un cáncer de estómago, que había empezado los tratamientos, y que para pasar las largas horas de aburrimiento y depresión se había metido en ese juego de internet que una de sus nietas le había enseñado. Entre quimioterapia y quimioterapia, en medio del insomnio y los vómitos recurrentes, se había enganchado a la amistad y luego al amor con ese vendedor de finca raíz un tanto ingenuo y bonachón.

—Te quiero de verdad, con el corazón —le dijo al final de la entrevista, cuando se abrazaron fuertemente para despedirse.

A los pocos días, ella murió. Un abogado se comunicó con mi amigo y le dijo que tenía que pasar por su oficina porque estaba nombrado en un testamento. La mujer le había dejado una fuerte suma de dinero y una nota: «Inviértelo en finca raíz. Te irá bien, estoy segura».

LI-WAN

La foto es tremenda, magnífica.

Sucedió el 18 de mayo de 2011. Li-Wan iba a casarse con su novio dentro de poco. La boda ya estaba lista y todo arreglado, pero un poco antes de celebrarse, el prometido decidió decir la verdad: «No me voy a casar contigo, estoy enamorado de otra mujer y me voy a casar con ella muy pronto. Adiós». El mundo se vino abajo para Li-Wan. Es de suponer que, aparte del dolor causado por el rechazo y la negación a casarse, estaba el hecho de que ese hombre que se había presentado como su amigo, su amante, su futuro esposo, era en realidad un farsante, un actor, alguien que simuló una historia de amor sólo para atraparla y destruirla. ¿Quién era esa otra mujer? ¿Le decía a ella lo mismo, la acariciaba igual, le confesaba las mismas cosas?

Li-Wan no pudo aguantar tanta desilusión, se puso su traje de novia que ya tenía listo para el matrimonio y preparó su despedida. Primero se cortó las venas a la altura de las muñecas, pero pasaban los minutos y nada, ella seguía despierta, lúcida, imaginándose a su novio y a esa otra mujer felices, abrazados, casados. Se sentó en el alféizar de la ventana del séptimo piso donde vivía y se quedó ahí varios minutos, contemplando el vacío con las muñecas sangrantes. Algunos vecinos la vieron y dieron la voz de alarma. Al fin decidió saltar, pero un rescatista que ya estaba en el edificio se abalanzó sobre ella, la sujetó con fuerza y logró izarla y salvarla. En ese breve lapso, un fotógrafo alcanzó a captar la escena.

La imagen de Li-Wan vestida de novia suicidándose es reveladora y diciente porque une, fusiona esas dos fuerzas fundamentales que atraviesan nuestra vida: el amor y la muerte.

Y no hay que olvidar que, más allá de esa belleza tan dolorosa, está la historia de él, del novio, de ese mitómano que llevó una doble vida durante años, haciéndose pasar por otro, acomodando la realidad, inventando, fantaseando, planeando dos bodas al mismo tiempo. Un hombre que por un lado se iba a casar con la vida y por otro se iba a casar con la muerte...

AIKO

Su creador es un canadiense de origen vietnamita llamado Le Trung. Aiko es un robot de compañía diseñado por él a lo largo de varios años con mucho esmero. Le Trung siempre ha sido algo tímido con las mujeres y durante muchos años intentó establecer relaciones sentimentales estables con las mujeres sin lograrlo. Siempre algo pasaba y el vínculo se echaba a perder. Él es un tipo tranquilo, reposado, ingenuo, bonachón, infantil, que le gusta jugar videojuegos hasta la madrugada y leer sobre inteligencia artificial horas enteras. Tarde o temprano, las mujeres con las que salía se aburrían de él, lo encontraban inteligente pero algo extraño, poco divertido, monotemático y encerrado en un mundo propio. Entonces Le se dijo que lo mejor no era seguir buscando a una compañera que lo quisiera y lo comprendiera de verdad, sino diseñarla, hacerla, construirla él mismo. Así nació la bella Aiko.

Lo que más me sorprende de este *cyborg* dulce es su expresión de timidez, de candor, de absoluta lealtad. Parece, en efecto, una novia enamorada y diligente. Aiko reconoce un promedio de 13.000 palabras, responde, lee, prepara sándwiches que acompaña con una buena cerveza helada, realiza operaciones matemáticas, come torta de manzana y nos puede recordar sin problemas a qué horas tenemos que tomarnos un medicamento o hacer una llamada. Y todo con ese rostro de niña buena presta a servirnos.

Hay una foto en la que Le Trung anunció a los medios internacionales que había pasado la Navidad con Aiko y que ambos habían compartido una cena inolvidable. La cara de Le es jovial, se le nota que está radiante junto a su androide bien vestida y sentada a su lado con una mano sobre su pierna. Y ese es el gesto inquietante. Hay algo insinuante en esa mano que descansa sobre la rodilla de Le, algo sensual, carnal, íntimo, y entonces uno entiende de dónde le viene a él esa expresión de dicha y satisfacción.

Qué curioso... Esta niña robotizada está diseñada para acompañar a hombres solitarios a los que no les gustan la vida social, ni el ruido, ni el licor, ni las parrandas de dos y tres días con los amigos de toda la vida. No. Aiko está diseñada para la soledad, para no hacer ruido, para estar ahí, para acompañar de corazón a corazón sin hacer alarde de ello. Es la compañera perfecta para un escritor como yo. Desde que la vi me sentí atraído por ella y no he podido olvidarla. Apenas salga al mercado ahorraré lo necesario para adquirirla. Y espero pasar mi vejez a su lado y morir entre sus brazos,

mientras me recita con su voz pausada y cadenciosa versos de Kavafis o de Roberto Juarroz.

REAL DOLLS

La empresa se llama Abyss Creations y su fundador es Matt McMullen. Este artista trabaja desde su taller en California y fabrica por encargo la compañera sexual perfecta. Uno puede elegir las medidas, la altura, el color de los ojos, los rasgos, las uñas, todo. Los videos que hay en la red sobre su taller nos muestran un lugar excepcional, un templo de creación de Nexus 6 modelo de placer (el término es de la película *Blade runner*).

Obviamente, miles de fanáticos religiosos, de puritanos y de moralistas recalitrantes han salido a gritar a los cuatro vientos que estas muñecas son pornográficas, ilegales y hasta diabólicas. Pero basta echar un vistazo al trabajo de McMullen para notar en él una altísima dosis de poesía. Y cuando le preguntan si el suyo le parece un oficio grosero para perversos y viciosos, el hombre se sonríe y habla de la soledad de millones de hombres en todo el globo, de las largas horas de silencio frente al televisor, de la depresión que destruye vidas y las aniquila por completo.

Cuánta razón tiene. Sus mujeres de caucho y silicona han salvado incluso a hombres que estaban al borde del suicidio y que ahora comparten sus días y sus noches con esas compañeras calladas que los esperan desde la cama o desde un sillón escondido en la oscuridad. Y entonces uno entiende que hay algo de angelical en estas mujeres que un día llegan en una caja para darles un poco de calor a esos apartamentos helados y escuálidos.

EN EL DESIERTO

La historia de Everett Ruess muestra hasta qué punto es peligrosa la belleza. Este escritor, artista y aventurero estadounidense fue desarrollando poco a poco una fascinación por los espacios abiertos, por los caminos solitarios y polvorientos, por el firmamento, por el viento, por la naturaleza a campo traviesa. Llegó a un punto en el que no pudo quedarse quieto, sedentario y decidió vivir en el desierto, acampando donde lo cogiera la noche. Lo llamaban «El vagabundo por la belleza». Encontraron los dos burros que lo acompañaban siempre, pero él desapareció por completo. Sus pinturas y notas de viaje son de un misticismo conmovedor. Se elaboraron varias hipótesis: un accidente escalando una pared en un acantilado, un atraco y posterior asesinato para robarlo, un ahogamiento en un río crecido. Quizás.

A mí me gusta imaginarme una posibilidad que suelen comentar los habitantes de los pueblos que colindan con el desierto de Escalante, donde este talentoso artista desapareció. Dicen que el mismo Ruess decidió borrar todo rastro de su antigua vida y que se escapó, con el nombre cambiado, a vivir en una reserva navaja de Utah con una india de la que estaba enamorado.

Sí, perfecto. En sus largos desplazamientos por el desierto debió descubrir que la belleza es salvaje, violenta, agresiva, primitiva, brutal, y que todos aquellos que pretenden convertirla en mensajes edulcorados e inofensivos no son más que cobardes alardeando de algo que no conocen y que jamás conocerán. Y si la belleza es así, despiadada e imposible de domesticar, el amor de Ruess debió ser por una mujer que encarnara su estética, que fuera como sus cuadros y sus poemas: bestial, inculta, montaraz.

Qué imagen. Ruess escapando de la civilización para vivir con su tribu, agarrado de la mano de una mujer que mira el cielo como una loba agreste, con sus ojos brillantes y al acecho.

10. ALGUIEN NOS MIRA DESDE LAS ESTRELLAS

GANÍMEDES

Estaba en cuarto de primaria en el colegio Refous cuando uno de mis compañeros llegó un día y empezó a hablarme de un libro extraordinario que acababa de leer: *Yo visité Ganímedes*. Era la historia de un tipo raptado por un platillo volador y llevado hasta Ganímedes, el satélite más grande de Júpiter y de todo el sistema solar. Mientras la maestra intentaba enseñarnos matemáticas o geografía, mi amigo y yo no hacíamos sino hablar de viajes interplanetarios, de seres de otros mundos, de naves de alta tecnología. A mis escasos diez años de edad, me volví adicto al universo.

Por esas semanas mi padre llegaba de una de sus especializaciones, procedente de Francia. En una llamada telefónica pasé al aparato y le supliqué que me trajera un telescopio. Le dije que iba bien en el colegio, que en la casa no había hecho desastres, que estaba juicioso esperando su regreso. Supongo que él sonreía al otro lado de la línea. Unos días después llegó mi viejo y, en efecto, traía un telescopio con trípode y con varios lentes de recambio. Mi alegría fue enorme. Salté por toda la casa de alegría, celebré, juré convertirme en un gran científico.

Ese mismo fin de semana llegó mi amigo del colegio a dormir a mi casa. Nos alistamos con chaquetas gruesas y con gorros de lana para el frío, y empezamos a vagabundear por los alrededores del barrio buscando un buen lugar para auscultar el firmamento. Cargábamos el telescopio al hombro y nos sentíamos como dos exploradores audaces, como dos fulanos que estaban a punto de hacer un gran descubrimiento. Al fin nos decidimos por un rincón oscuro, junto a un caño que pasaba a una cuadra de la casa. Nuestro objetivo, por supuesto, era encontrar Ganímedes, intentar vigilar sus cercanías a ver si veíamos despegar o aterrizar naves interplanetarias, y después, con algo de suerte, buscar la forma de establecer contacto. Porque de algo estábamos seguros: ambos queríamos irnos de este mundo.

Aseguramos el trípode en el pasto, preparamos el lente que necesitábamos y consultamos un manual de astronomía que yo había conseguido para dar con el lugar exacto hacia donde debíamos enfocar nuestra máquina. Mientras discutíamos las instrucciones y urdíamos hipótesis de dónde quedaba exactamente Júpiter, decidimos primero echarle un vistazo a la Luna, gigantesca y bien visible frente a nosotros. Nos quedamos fríos. Vimos las manchas lunares y los cráteres salpicando esa redondez blanquecina.

Gritamos, celebramos, nos reímos de ver cómo comenzaba de bien nuestra carrera de astrofísicos.

Sin embargo, del otro lado del caño vivía un viejo libanés cascarrabias, paranoico y medio chiflado que creía que lo iban a robar todos los días. Había protagonizado varios escándalos ya y estaba seguro de que existía un complot para robarlo. Los vecinos aseguraban que el comerciante guardaba todo el dinero de sus ganancias en la casa porque no confiaba en los bancos, y de allí le venía el temor de ser asaltado en cualquier momento. Nosotros no nos dimos cuenta de que el tipo había gritado un par de veces preguntando qué estaba pasando en el caño, y seguimos enfrascados en nuestras conversaciones cósmicas. Cuando menos pensamos, el vecino salió a la calle, nos amenazó y dio dos tiros al aire. El susto fue tremendo. Alcanzamos a agarrar el telescopio como pudimos, nos deslizamos por el terraplén y empezamos a correr por el caño mientras el agua nos empapaba los zapatos y buena parte de los pantalones.

Cuando llegamos a la casa estábamos hechos una miseria, sudábamos a chorros y el corazón nos palpitaba a toda velocidad. Pero lo peor fue cuando detallamos el telescopio: estaba lleno de tierra, lodo y pasto, pues en medio de la fuga no alcanzamos a proteger los lentes, que estaban mojados y arruinados.

Durante años el telescopio permaneció en un rincón del garaje, torcido, enclenque y oxidado. Pero me recordaba algo esencial, algo que no debía dejar morir dentro de mí.

LA FÓRMULA DE DRAKE

La concibió el radioastrónomo Frank Drake en 1961, cuando era uno de los encargados del Observatorio de Green Bank, en Virginia (Estados Unidos). El propósito de esta ecuación es intentar calcular cuántas civilizaciones habrá en nuestra galaxia, la Vía Láctea, capaces de establecer contacto con nosotros. Porque no basta con que haya vida, o que esas especies hayan logrado cierto grado de evolución, sino que sean capaces de comunicarse, que puedan emitir y recibir mensajes. Si nuestro sol es sólo una estrella más entre miles de millones, y nuestra galaxia apenas un punto entre cientos de miles de millones de galaxias, es imposible que estemos solos. El problema es cómo llegar hasta ellos, cómo hacerles saber que estamos aquí, en este planeta de este diminuto sistema solar.

Lo apasionante para mí de esta fórmula es que se cruza con otra, llamada la teoría del pulso transitorio o teoría de Olduvai, postulada por Richard C. Duncan, en la cual se afirma que nuestra civilización sólo será capaz de comunicarse por medio de alta tecnología durante cien años, de 1930 a 2030, más o menos. Luego las reservas energéticas de nuestro planeta se agotarán, llegaremos al límite y, como tantas otras civilizaciones anteriores a la nuestra, colapsaremos y nos veremos obligados a enfrentar formas de vida más elementales.

Eso significa que si combinamos la fórmula de Drake con la teoría de Olduvai, tenemos que encontrar allá afuera civilizaciones que estén exactamente en sus cien años de esplendor tecnológico y comunicativo, como nosotros. Porque después ninguna de las dos partes podrá ni emitir ni recibir saludos de bienvenida. En otras palabras, es ahora o nunca.

VOYAGER 1 Y 2

La nave Voyager 1, lanzada el 5 de septiembre de 1977, pasó por Júpiter y por Saturno dos años después. La Voyager 2 despegó el 20 de agosto de 1977 y diez años después logró llegar a Urano y Neptuno. Ambas naves llevaban un disco de oro con saludos en 55 idiomas de la Tierra, música de Mozart y de Beethoven, distintos sonidos como el canto de las ballenas o el llanto de un bebé que acaba de nacer, y mensajes del presidente de Estados Unidos de ese momento y del secretario de las Naciones Unidas. El propósito, por supuesto, es intentar comunicarnos con vida inteligente más allá de nuestro planeta.

Lo que más me divierte de esos dos mensajes, y de muchos otros proyectos de la NASA, es que los planeó el famoso astrónomo y divulgador científico Carl Sagan, un fumador regular de marihuana. Sagan aseguró que varias de sus ideas las concibió bajo el efecto de la hierba. Incluso intentó, a partir de 1971, que se reconsideraran y revisaran las leyes de prohibición sobre esta planta. Y bueno, quizás la única manera de salir realmente de este planeta y vislumbrar la grandeza de lo que está allá afuera sea apelando a algunas ayudas como la cannabis. Me gusta la imagen de Sagan fumándose su porro en su oficina de Cabo Cañaveral, con los pies sobre la mesa, relajado, sonriente y mirando a través de la ventana esos puntos titilantes dibujados en el techo celeste, esas cabezas de alfiler difuminadas en la inmensidad del firmamento...

JESÚS EN MARTE

En los años sesenta, la Metro Goldwyn Mayer no sabía cómo terminar su película sobre la vida de Jesús, *Rey de reyes*. Algún productor sugirió a un escritor muy talentoso para que propusiera un final contundente y poético: el narrador de ciencia ficción Ray Bradbury. Obviamente, la MGM nunca filmó el final propuesto por Bradbury, que era una imagen final cósmica de amor y fraternidad.

No obstante, el escritor se quedó con una pregunta rondándole la cabeza: si establecemos contacto con seres de otros mundos, ¿es válido predicarles acerca del amor cristiano? En otras palabras, ¿la historia de Jesús es válida sólo en este planeta, o es una historia cósmica que atraviesa el universo entero? ¿Es el concepto del pecado una idea que funciona en la constelación de Orión? ¿Es posible predicar la palabra de Jesús en Marte, en Saturno o en Alfa Centauro? Bradbury se entrevistó con sacerdotes católicos y con pastores de otras iglesias también, preguntó, discutió con ellos, tomó notas.

Así se fue gestando esa especie de misticismo cósmico bradburiano que cruza buena parte de la obra de este autor. Incluso llegó a afirmar: «Los escritores de ciencia ficción se inclinarán cada vez más hacia la teología». En *Los globos de fuego* hay unos sacerdotes cristianos en Marte preocupados por su fe y sus creencias. En *El Mesías*, el escritor vuelve sobre esa idea de un Jesús en otros mundos. Y en su magnífico ensayo *Cristo en planetas improbables*, deja muy en claro que considera la historia de Jesús como el mensaje verdaderamente universal.

LA COMUNIÓN EN LA LUNA

Cuando el módulo lunar del Apolo 11 alunizó en el Mar de la Tranquilidad, el 20 de julio de 1969, Armstrong pasaría a la historia como el primer hombre en caminar en una superficie que no fuera la Tierra. Fue el astronauta que se llevó todos los méritos y dijo su famosa frase:

«Increíble que el pequeño paso de un hombre sea un salto tan grande para la humanidad».

Sin embargo, el astronauta que hizo algo verdaderamente extraordinario no fue él sino el segundo en bajar, Edwin Aldrin. Este piloto, héroe de la guerra de Corea, se preparó con enorme entrega para este viaje y se dirigió a su iglesia presbiteriana de Texas para preguntarle al ministro si sería posible llevar en el Apolo 11 una hostia y un poco de vino para recibir la comunión en la Luna. En efecto, su ministro le preparó un diminuto cáliz de plata, una hostia bendita y un frasquito del tamaño de la uña de un dedo con vino de consagrar. Aldrin metió todo en empaques plásticos de seguridad, y cuando descendió del módulo lunar, en un minuto de recogimiento y con la radio apagada, abrió las bolsas, oró y comulgó con los ojos elevados al cielo.

Casi nada. Aldrin fue el primer hombre en llevar a Cristo por fuera de la Tierra. La NASA mantuvo el asunto silenciado, pero el astronauta después contó la historia completa y la escribió, dando todos los detalles. Al poco tiempo de regresar de la famosa misión, Aldrin se alejó de los demás, entró en profundas depresiones y se alcoholizó, hasta el punto de vagar por tabernas y bares de mala muerte a altas horas de la noche. Siempre me he preguntado si ese periodo negro de su vida, si ese descenso al infierno no tuvo que ver con el hecho de que un acto tan bello y poético, tan esplendoroso y lleno de amor universal, hubiera quedado enterrado en el olvido.

JOSÉ DE ARAGÓN

Benjamín Solari Parravicini fue un artista plástico argentino muy reconocido y premiado a mediados del siglo xx. En contacto con el surrealismo francés, Parravicini mantuvo siempre un proceso creativo ligado a este movimiento: el sueño, la irracionalidad, el inconsciente, el misterio, lo desconocido e inexplicable. Decía que presencias incorpóreas le dictaban, le decían, le sugerían cómo trazar sus dibujos y acuarelas. Entre esas voces había una en especial que se llamaba José de Aragón y que le anunciaba sucesos futuros. Las profecías de este artista van ligadas a su arte, como si un estado de conciencia alterado se ubicara en un tiempo donde pasado, presente y futuro conformaran un solo plano, y desde allí la mano trazara sus figuras, sus imágenes, sus formas. A esas obras las llamó psicografías, en una clara alusión a las investigaciones sobre el inconsciente (sobre todo el inconsciente colectivo) fomentadas por el surrealismo.

Entre esas visiones de Parravicini vale la pena recordar que una mañana se levantó oliendo a algas, presintiendo a su alrededor un oleaje marino y con el nombre de Alfonsina incrustado en la memoria. Hizo un par de llamadas y se enteró de que Alfonsina Storni se acababa de suicidar en el mar. También, bajo el dictamen de José de Aragón, un día de 1939 escribió:

La libertad de Norteamérica perderá su luz, su antorcha no alumbrará como ayer y el monumento será atacado dos veces.

Después del ataque a las Torres Gemelas (que no existían en la época de Parravicini), el presidente Bush dijo en su discurso:

Estados Unidos fue blanco de un ataque porque somos el faro más brillante de la libertad y oportunidad en el mundo. Y nadie hará que esa luz deje de brillar.

Pero uno de los episodios más curiosos de la vida de este pintor fue que aseguró haber sido raptado en la avenida Nueve de Julio por unos seres rubios muy altos, de ojos azules, a los que hoy se les reconoce como «los nórdicos», y transportado a una nave espacial donde le dieron un mensaje de compasión y fraternidad. Tres horas después, a las 18:40, lo dejaron exactamente en el mismo lugar. A partir de entonces, el artista haría alusión varias veces al retorno de estos seres a nuestro planeta, a cómo volverían para salvarnos de la

gran hecatombe final. Dijo también que en tiempos pasados, cuando la humanidad había corrido peligros de extinción, estos seres ya nos habían salvado transportando a muchos de nosotros a su planeta. Si sus visiones aciertan, estamos prontos a presenciar ese rescate.

Lo que más me gusta de este artista plástico es que me recuerda la cercanía, la proximidad del poeta, del pintor, del bailarín o del músico con lo desconocido, con lo inexplicable, con una suma de fuerzas que atraviesan el mundo de manera invisible. Un artista es un aventurero del misterio.

PROYECTO CAMELOT

Durante la segunda guerra mundial, y después de ésta, el gobierno estadounidense invirtió buena parte de su presupuesto nacional en investigaciones de armas biológicas (bacterias, virus, plagas de todo tipo, ántrax), armas químicas (saxitoxina, fosgeno, ricina, gas mostaza, agente naranja) y armas nucleares, que finalmente terminaron lanzando sobre Hiroshima y Nagasaki. Las químicas las usaron, sobre todo, en Vietnam. Sin embargo, la convención de 1993 sobre armas químicas prohíbe el uso de estos productos en cualquier circunstancia.

A partir de los años cincuenta, varios sociólogos adscritos al ejército estadounidense empezaron a hablar de guerra psicológica, de armas psíquicas, de control mental. Después de los juicios de Nuremberg, se preguntan cómo hicieron los nazis para alienar la mentalidad de toda una nación. Así nació el Proyecto Camelot en 1963, y 140 sociólogos comenzaron a investigar sobre cómo detener protestas sociales y revueltas populares sólo mediante el ejercicio de guerra psicológica, desinformación, desprestigio y manipulación de datos. Se invirtió un millón y medio de dólares anuales hasta 1965. El país donde se llevaron a cabo la mayoría de experimentos fue Chile, pero las denuncias de los periodistas y de algunos académicos echaron por tierra el proyecto.

Nació entonces la Operación MK Ultra, que se concentraba de lleno en cómo controlar la mente de los ciudadanos para mantenerlos dóciles e impedir emancipaciones de gran envergadura. Probaron con drogas como el LSD, con publicidad, con religión, con entretenimiento, con descargas eléctricas (Proyecto Montauk) que modificaban la conducta cerebral. Utilizaron a miembros del ejército y de la CIA (el famoso caso de Frank Olson), pero lo más escandaloso fue que probaron en ciudadanos del común, en instituciones mentales y en hogares de indigentes. Uno de los objetivos de esta operación fue también ocultar y desviar cualquier tipo de información sobre contactos con vida inteligente en los programas espaciales de la NASA.

En diciembre de 1974, el *New York Times* denunció los experimentos ilegales de la CIA de control mental y la Operación MK Ultra salió a la luz pública. Intervinieron el Congreso y la Comisión Rockefeller para aclarar los abusos a los que había sido sometido el pueblo estadounidense desde el

Proyecto Camelot. No obstante, muchos sociólogos han afirmado desde entonces que las operaciones continúan y que se trata, en el fondo, de crear un cierto tipo de realidad en la cual trabajen y vivan los ciudadanos del común, mientras que una élite bien informada se mueve en otro nivel y controla la situación...

Suena descabellado, pero no imposible.

PROYECTO SERPO O CABALLERO DE CRISTAL

Agentes de inteligencia estadounidenses renegados, que salieron del ejército, de la CIA o del FBI por diversas razones, han asegurado a los medios de comunicación durante los últimos treinta años que desde 1947 el gobierno de Estados Unidos ha mantenido en secreto el contacto con seres de otros mundos. Según ellos, en el famoso caso Roswell se estrellaron, en efecto, dos naves de otro planeta en el desierto de Nuevo México. Uno de los tripulantes sobrevivió y fue llamado ebe (entidad biológica extraterrestre). Después de muchos intentos, por fin lograron comunicarse con EBE y éste afirmó que venía de un planeta al que llamó Serpo, ubicado en el sistema Zeta Retículi. EBE murió en 1952, pero ya el contacto con los habitantes de Serpo estaba hecho. En 1964 llegó una expedición de Serpo a recoger los dos cadáveres accidentados en Nuevo México y empezó un programa de intercambio con el gobierno estadounidense. En 1965 viajó una misión de doce militares humanos a Serpo. En un informe de 1978 se habla de dos muertos, dos que no quisieron volver a la Tierra y ocho restantes que regresaron.

El tema ha generado guiones de cine, excelentes novelas de ciencia ficción y hasta un documental de HBO. A mí lo que más me gusta de la historia de Serpo es que, siendo un planeta un poco menor que la Tierra, y con un clima similar, tiene apenas 650.000 habitantes. Los EBE han controlado muy bien su tasa de natalidad y esa cifra es más que razonable. Sólo ese dato me parece suficiente para ponerlos como ejemplo de inteligencia real en cualquier escuela.

ALTAIR

Después del famoso Experimento Filadelfia, en el que la marina estadounidense probó con campos magnéticos cómo modificar la materia en 1943 (el conocido caso de la invisibilidad del navío destructor USS Eldridge de -173), algunos teóricos aseveran que los encargados de este programa también abrieron un agujero en el espacio-tiempo. A partir de entonces, viajar a otras galaxias y constelaciones no es necesariamente un desplazamiento espacial de años luz, sino que puede darse mediante un portal o un agujero de gusano: teletransportación. Según estos teóricos, el viaje a la Luna de 1969 ya era caduco cuando se realizó. Por eso no volvimos a intentarlo, porque en realidad, en secreto, estábamos viajando a otros mundos mucho más remotos.

Entre ellos, logramos establecer una colonia militar humana en el sistema Altair. El problema es que los integrantes de esa colonia se casaron entre ellos, conformaron familias, tuvieron hijos y crecieron mucho durante los últimos treinta o cuarenta años. Y empezaron a comportarse de una manera déspota, codiciosa, arrogante, y han llegado incluso a explotar y a esclavizar a los habitantes originales de Altair, que son pacíficos y tranquilos.

Este es el tema de muchos debates entre expertos en viajes interplanetarios: cómo impedir la explotación y la violación de los derechos fundamentales de los habitantes de Altair por parte de los humanos colonizadores.

No tengo cómo confirmar si hemos llegado o no a ese remoto lugar, pero la descripción que se hace de esa colonia humana me parece perfectamente verosímil. Sí, así somos, y no hay por qué pensar que en otro lugar del universo no nos comportaríamos en la misma forma: como ególatras, envidiosos, altaneros, avaros y malsanamente competitivos.

EXOPOLÍTICA

Esta es una corriente muy en boga en nuestros días, creada por el politólogo Michael Salla, y que busca discutir abiertamente hasta qué punto estamos preparados o no para el contacto con seres de otros mundos. De acuerdo con los seguidores de la exopolítica en los cinco continentes, desde hace varios años estamos ya en contacto con seres inteligentes de otros planetas: los grises de Espiga 4, los nórdicos, los reptilianos, los rigelianos, etc. El problema es que esos contactos los han hecho políticos de potencias económicas como Estados Unidos y, según estos nuevos expertos en ciencias políticas galácticas, no es justo que el resto de los terrícolas no tengamos una representación en esos diálogos. Así que, de un modo muy combativo, Salla y sus seguidores han comenzado campañas para exigirles a los gobiernos de Estados Unidos y de Europa que desclasifiquen sus archivos secretos sobre vida inteligente en otros planetas, y que nos permitan enterarnos de qué está sucediendo allá afuera, en el cosmos.

Para que el lector se haga una idea, en una página de exopolítica me tropecé hace poco la siguiente noticia:

En una entrevista exclusiva en TV-Exopolítica con un ser humano contactado, representativo del consejo de gobierno extraterrestre conocido como el Consejo de Andrómeda, se ha puesto de manifiesto que la guerra de liberación contra una fuerza de alianza Gris de 4q dimensión de Orión y reptiles Draco ha sido ganada por las fuerzas del Consejo de Andrómeda a partir del 3 trimestre de 2011. El intento de ocupación de la Tierra, de nuestra Luna y de Marte por esta alianza gris reptil, se ha terminado. Las derrotadas fuerzas grises-reptiles han sido enviadas a través de una Puerta Estelar a los lejanos confines de nuestro universo.

Más belleza es imposible. Y en algo coincido con los militantes exopolíticos: si nuestros gobernantes no tienen la capacidad para entender este mundo, mucho menos van a poder comprender el universo entero y relacionarse con él.

EL VENDEDOR DE PERIÓDICOS

No tuvo dinero para seguir estudiando después de terminar el colegio. Se vio obligado a vender periódicos en una esquina desde 1938 hasta 1942. Pero se prometió que no se quedaría así, ignorante, sin una carrera, sin una formación intelectual sólida. Y se convirtió en autodidacta. Terminaba de vender sus diarios, compraba algo de comer y se encerraba en las bibliotecas públicas a leer desahoradamente, hasta que los encargados tenían que sacarlo porque iban a cerrar. Jamás llegó a la universidad.

Desde 1942, en plena segunda guerra mundial, empezó a escribir esos cuentos de ciencia ficción únicos, de una poesía sombría y melancólica.

Hoy en día el cráter Dandelion, en la Luna, lleva el nombre de uno de sus libros: *Dandelion wine (El vino del estío)*.

Y un asteroide fue bautizado en su honor: el Bradbury 9766.

El día en que él muera, el mundo será un lugar más pequeño y más sombrío.

CONFESIÓN

EL MURAL

Este libro nació una noche en México, D.F. Visité en su casa al escritor Paco Ignacio Taibo II y a su esposa, Paloma, quienes han sido para mí un referente clave desde mucho antes de conocerlos personalmente, y nos sentamos a departir y a charlar en medio de esa dulce camaradería que suele presentarse cuando uno está con gente con la que se estima y se respeta de verdad. En algún momento, Paco me preguntó si conocía el estudio del pintor Joaquín Clausell en el centro de la ciudad. Le dije que había oído hablar de él, pero que nunca lo había visitado. Fue hasta una de las estanterías de su biblioteca, extrajo un libro y lo puso sobre la mesa. Fue un momento tremendo comenzar a detallar las escenas trazadas por Clausell en esos muros de su taller.

Este pintor mexicano es reconocido como un impresionista influenciado por la intelectualidad francesa de finales del siglo XIX. Paisajes, naturalezas, algún retrato. Un artista que se acomodó a las tendencias de la época y que adquirió algún prestigio entre la burguesía emergente de esos años. Sin embargo, en secreto, en silencio, en la soledad de su estudio, alguna tarde se acercó a uno de los muros y sintió la necesidad de romper todo código, toda regla, toda norma impuesta, y dejó allí el primer trazo, el primer manchón de pintura. Paco Taibo asegura que ese primer momento fue un accidente, que seguramente limpió uno de los pinceles en la pared y que la acción fue toda una revelación para él. Sí, suena convincente. Lo cierto es que ese primer gesto frente al muro, que lo emparentaba con los hombres prehistóricos pintando bisontes en las cuevas primitivas, lo condujo a un mundo enigmático. Fue como abrir una puerta, como encontrar un pasadizo oculto a un cosmos múltiple, caleidoscópico, que estaba esperando que él lo descifrara.

Puertas. Universos paralelos. Realidades seriales. Múltiples dimensiones. ¿Qué es lo real? ¿Existe, de verdad, una realidad? ¿Es posible defender la idea de que hay un grupo de personas cuerdas que están completamente seguras de qué es lo real? Muy difícil.

Clausell empieza a pintar en los muros de su estudio todo un viaje fantasmagórico, carnavalesco, delirante, surreal, en el que se va encontrando personajes extravagantes, ninfas, luces misteriosas, gestos sagrados, su propia muerte entre el agua. Por momentos, tuve la impresión de que Clausell había

pintado todas esas secuencias en un estado alterado de conciencia. ¿Peyote? ¿Mezcalina? ¿Era Clausell, en secreto, un psiconauta, un viajero de la conciencia? ¿Le recetaron algún opiáceo y desde entonces descubrió cómo abrir esa puerta que lo conducía a lo desconocido? Nunca lo sabremos con certeza.

Desde ese día, comencé a planear un libro que fuera como ese mural de Clausell. No un libro sobre él, sino un libro que fuera un viaje, un mural alucinante que llevara a cabo un desplazamiento vertiginoso donde la realidad fuera un enorme interrogante. En la soledad de mi estudio, por fuera de todo código, había que empezar a dibujar pequeñas escenas que conformaran un pliego, una especie de mapa multiforme, multidimensional. Y eso es lo que he hecho...

Afuera, en la calle, en Bogotá, mientras escribo estas últimas palabras, los obreros trabajan todos los días en unos edificios que colindan con el mío. Es el fragor de la vida que se impone. Pero yo no vivo ya aquí, y tampoco estoy seguro de ser yo. Desde hace meses vivo en la avenida Pino Suárez N.º 30, a dos cuadras de la plaza del Zócalo, en México, D.F., en la planta alta. Me llamo Joaquín y he descubierto el antiguo camino hacia el misterio. Este es un mapa de ruta para que otros, a su vez, puedan emprender la aventura. Las coordenadas son difusas e incluso variables, pero valió la pena haber dado con ellas...

AGRADECIMIENTOS

Obviamente, a Paco Taibo II, a Paloma Saiz Tejeiro y a Marina Taibo, por esa noche mágica en la que, de un modo extraño e irracional, nació este libro.

Deseo expresar también mis agradecimientos a Érika Buitrago, quien muy gentilmente me pasó algunos textos y cierto material visual que fueron claves durante la investigación previa a la escritura del presente libro.



MARIO MENDOZA (Bogotá, 1964), se licenció en Letras en Bogotá y se graduó en Literatura hispanoamericana en la Fundación José Ortega y Gasset Toledo. Es también Magister en Literatura. Autor de 17 novelas y ensayos entre las que se destacan *Satanás* (Seix Barral, 2002), galardonada con el Premio Biblioteca Breve; *La travesía del vidente*, Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura Turismo de Bogotá en 1995; *Buda Blues* (Seix Barral, 2010), finalista del Premio Dashiell Hammett en la Semana Negra de Gijón; *Diario del fin del mundo* (2018); *El libro de las revelaciones* y *La importancia de morir a tiempo*. El año pasado concluyó *El mensajero de Agarthá*, una saga juvenil conformada por diez títulos, y publicó la novela gráfica *Satanás*, junto con el ilustrador Keco Olano.

